

CIC

P, LOTI

AZIYADE

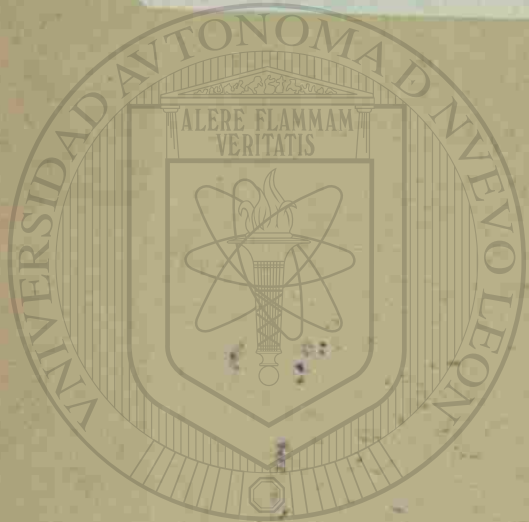
BQ2472

.A9
S6

99609



1020026855



UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

®



plano

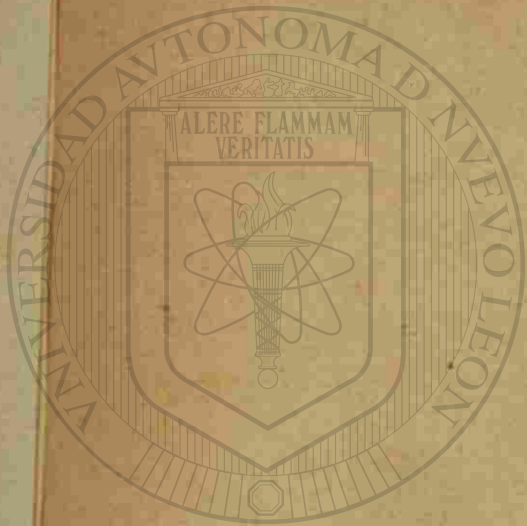
U A N L

AZIYADÉ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Núm. Clas. 92 (L83)
Núm. Autor 46322
Núm. Adq. 30457
Procedencia -8- ®
Precio _____
Fecha ECA
Clasificó 224
Catalogó 0



PIERRE LOTI

AZIYADÉ

(Stamboul, 1876, 1877).

EXTRACTOS DE NOTAS Y CARTAS
DE UN OFICIAL DE LA MARINA INGLESA
VERSIÓN CASTELLANA

DE
SIRO GARCIA DEL MAZO



MADRID
EL COSMOS EDITORIAL

ARCO DE SANTA MARÍA, 4, BAJO

1888

099609

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

30457

"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

843.

L.



P22472
.A9
S6

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imprenta de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis, Madrid.

AZIYADÉ

De William Brown & Plumkett.

Junio de 1877.

Mi querido Plumkett:

Loti ha muerto; Loti ha abandonado la sombría tierra, donde disipó locamente su vida.

Todo lo olvidó, todo lo dejó para seguir en esa carrera sin término, que al cabo lo matara, su FATUM, su singular destino.

Te envío estas notas sueltas; que el público saque de ellas el partido que pueda. Por mi parte, quisiera verlas publicadas tal y como salieron de la mano del amigo á quien tanto amamos.

W. BROWN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN





PREFACIO DE PLUMKETT

AMIGO DE LOTI

Es de rigor en toda novela de trama bien urdida, hacer el retrato del protagonista. Pero este libro no es una novela, ó al menos cuanto de nocesco hay en él, es la vida de su héroe. Además, describir al público indiferente lo que era ese Loti, á quien tanto amamos, es empresa difícil, en que los más hábiles fracasarían.

Respecto á su retrato físico, lector, busca á Musset, abre NAMOUNA, cuento oriental, y lee:

*Muy escovado, muy atildado...
con manos de patricio, de aspecto fiero y nervioso,
lo más hermoso en él eran los ojos.*

Como Hassán, era muy alegre y al mismo tiempo muy huraño; ingenuo hasta el cinismo y, sin embargo, de espíritu estragado. Siempre iba muy lejos, en lo malo como en lo bueno, pero le amábamos mucho más que á aquel Hassán, egoísta, y mejor lo compararíamos con Rolla...

*En más de un alma se ven dos cosas á la vez:
.....
el cielo—que tñe las aguas apenas removidas,
.....
y el lino—fondo tristo, horrible, sombrío y cenagoso.*

Victor Hugo (Los Ondinas.)

PLUMKETT.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO



I

SALÓNICA

—
DIARIO DE LOTI

I

18 de Mayo de 1876.

Un sonriente día de Mayo, un sol espléndido, y un cielo puro... Cuando los botes extranjeros atracaron, los verdugos daban en el muelle la última mano á su obra: seis ahorcados ejecutaban, en presencia de la multitud, la horrible contorsión final. La gente se agolpaba en ventanas y tejados; en un balcón inmediato, las autoridades turcas sonreían ante este espectáculo que les era familiar.

El gobierno del Sultán había gastado muy poco dinero en el aparato del suplicio; las horcas eran tan bajas, que los pies descalzos de los reos tocaban la tierra. Sus uñas, crispadas, arañaban la arena.

II

Terminada la ejecución, retiráronse los soldados, y los muertos quedaron expuestos al público hasta la caída de la tarde. Los seis cadáveres, sostenidos sobre las plantas de los pies, hicieron durante todo el día la fea mueca de la muerte al bello sol de Turquía, en medio de paseantes indiferentes y de grupos silenciosos de mujeres jóvenes.

III

Los Gobiernos de Francia y Alemania habían exigido, de común acuerdo, estas ejecuciones, como justa reparación del asesinato de los cónsules, que tanto conmovió á Europa al principio de la crisis oriental.

Todas las naciones europeas habían enviado á la rada de Salónica imponentes acorazados. Inglaterra había sido una de las primeras en hacerse representar; razón por la cual me encontraba á bordo de una de las corbetas de S. M.

IV

Cierta hermosa mañana de primavera, en los primeros días que se nos consintió circular por Salónica de Macedonia, poco después de la matanza, tres días cabales después de las ejecuciones, aconteció que me detuve ante la puerta cerrada de una antigua mezquita, para mirar cómo reñían dos cigüeñas.

La escena ocurría en una calle del antiguo barrio musulmán. Viejas casas limitaban estrechos caminos tortuosos, medio cubiertos por los vuelos de los *shahnísirs* (especie de observatorios misteriosos, grandes balcones cerrados y con rejas, desde donde se espía á los transeúntes á través de muchos agujerillos invisibles). Crecía la avena entre los intersticios que dejaban los negros guijarros, y ramas frescas y verdes se entrelazaban y corrían por encima de los tejados; el cielo, á intervalos entrevisto, era puro y azul; se respiraba por todas partes el aire tibio y el grato aroma de Mayo.

La población de Salónica se mantenía aún, respecto á nosotros, en actitud recelosa y hostil; por esta causa la autoridad nos obligaba á ir completamente armados; de vez en cuando

algún oficial turco, tocada la cabeza con el indispensable turbante, se deslizaba á lo largo de los muros. No se veía ninguna cabeza de mujer detrás de las discretas celosías de los *haremlikes*: se hubiese dicho que estábamos en una ciudad muerta.

Creía que me hallaba tan completamente solo, que experimenté extraña impresión, viendo cerca de mí, detrás de espesos barrotes de hierro, la parte superior de una cabeza humana con dos grandes ojos verdes, fijos en los míos.

Las cejas eran negras, ligeramente fruncidas, tan próxima una á otra, que casi se tocaban; la expresión de la mirada sorprendía por la mezcla de energía é ingenuidad que revelaba; parecía la mirada de un niño: tales eran su viveza y juventud.

La dueña de aquellos ojos se levantó, mostrando hasta la cintura su cuerpo envuelto en una muceta á la turca (*feredjé*), de pliegues anchos y rígidos.

La muceta era de seda verde, adornada con bordados de plata. Tocaba la joven su cabeza con un velo blanco, que sólo dejaba al descubierto los ojos y la frente. Las pupilas eran muy verdes, de ese verde mar, cantado tantas veces por los antiguos poetas orientales.

Aquella mujer era Aziyadé.

V

Aziyadé seguía mirándome de hito en hito. En presencia de un turco, se hubiera ocultado; pero un cristiano no es un hombre; cuando más, es un objeto de curiosidad que es lícito contemplar por vía de entretenimiento. Parecía sorprenderla que uno de aquellos extranjeros que habían venido sobre terribles máquinas de hierro á amenazar á su país, pudiera ser un joven cuyo aspecto no le causaba ni repulsión ni espanto.

VI

Cuando regresé al muelle, habían partido ya todos los botes de las escuadras. Aunque no había podido ver el hermoso rostro, oculto por el velo blanco, los ojos verdes me cautivaban ligeramente; no me dí cuenta de que avanzaba la tarde y volví á pasar hasta tres veces por delante de la mezquita de las cigüeñas.

El destino parecía complacerse en amontonar los obstáculos entre aquella mujer y yo; imposibilidad de cambiar con ella un solo pen-

samiento, de hablarla y de escribirla; prohibición de dejar el buque después de las seis de la tarde, ni de otro modo que armado; partida probable antes de ocho días para no volver jamás; y, sobre todo, la feroz vigilancia de los harenes.

Miré cómo se alejaban los últimos botes ingleses, próximo ya á desaparecer el sol, y me senté irresoluto bajo las telas flotantes de un café turco.

VII

Pronto me ví rodeado de multitud de hombres: eran todos costaleros ó barqueros, de esos que viven al raso en los muelles de Salónica. Deseaban saber por qué me había quedado en tierra, y permanecían á mi lado en la esperanza de que necesitase de sus servicios.

En este grupo de macedonios había un hombre provisto de hermosa barba, separada en pequeños bucles, como se ve en las estatuas más antiguas del país; estaba sentado en el suelo, junto á mí, y me miraba con gran curiosidad; mi traje, y sobre todo mis botinas, parecían llamarle vivamente la atención. Se despeñaba con movimientos voluptuosos, adoptaba actitudes de gran gato de Angora, y se sonreía

mostrando dos filas de dientes pequeñísimos, brillantes como perlas.

Su cabeza era arrogante; había extraordinaria dulzura en sus ojos, donde se leían la honradez y la inteligencia; estaba cubierto de harapos, las piernas al aire libre, los pies descalzos, la camisa hecha jirones, pero blanca como la nieve.

Este personaje era Samuel.

VIII

¡Samuel y Aziyadé! Dos seres encontrados el mismo día, que muy pronto iban á jugar un papel importante en mi existencia y á arriesgar su vida por mí durante tres meses. Mucha sorpresa me habría causado quien me lo hubiera predicho. Los dos debían abandonar á su país para seguirme, y el destino nos reservaba el pasar el próximo invierno bajo el mismo techo, en Stambul.

IX

Samuel cobró ánimo hasta decirme las pocas palabras que sabía de inglés:

—*Do you want to go on board?* (¿Tiene usted necesidad de ir á bordo?)

Y continuó en español:

—Te llevaré en mi barca.

Samuel entendía el español; pensé al momento en el partido que podía sacarse para la ejecución del plan que flotaba ya en mi mente, en estado de vago proyecto, de un mozo resuelto é inteligente, y que hablase una lengua conocida.

Con oro podía atraerme á este vagabundo, pero yo no era rico; por otra parte, Samuel me parecía honrado, y un hombre honrado no consiente, por interés, en servir de tercero en los amores de dos jóvenes.

X
 A WILLIAM BROWN, OFICIAL DEL TERCERO DE
 INFANTERÍA DE LÍNEA, EN LONDRES

Salónica 2 de Junio.

«...No ha sido en los primeros días más que una especie de embriaguez de la imaginación y de los sentidos; alguna otra cosa se le ha agregado después, algo como amor, ó cosa así; estoy sorprendido y encantado.

»Si usted pudiera seguir á su amigo Loti por las calles del antiguo barrio solitario, le vería entrar en una casa de fantástico aspecto. La puerta se cierra detrás de él con gran misterio. Es la casa elegida para estos disfraces, que le son familiares. (Antes, usted se acordará, era por Isabel B... la estrella; la escena pasaba en un fiacre, en el Hay-Market-street, ó en casa de la dueña del gran Martyn. Antigua historia la de estos cambios; apenas si el interés del traje oriental le presta todavía alguna novedad y atractivo).

»Principio del melodrama.—*Primer cuadro*; un ruinoso departamento oscuro. Aspecto bastante miserable, pero de color oriental muy pronunciado.

»Su amigo de usted, Loti, se coloca en medio, y tres viejas judías, de narices ganchudas, le rodean sin pronunciar una palabra. Sus trajes son pintorescos: amplios jubones adornados de lentejuelas, cequíes ensartados á manera de collares, y, por tocado, gorros de seda verde. Se apresuran á despojarle de su uniforme y á vestirle á la turca, arrodillándose para empezar por las polainas doradas y las ligas. Loti conserva el aire sombrío y preocupado, propio del héroe de un melodrama lírico.

»Las tres viejas colocan en su cintura varios

puñales, cuyos mangos de plata están incrustados de coral, y las hojas adamasquinadas de oro; le visten una chupa dorada con mangas flotantes y le ponen un turbante. Terminada la operación, expresan por medio de gestos que Loti está muy bien en aquel traje, y van á buscar un gran espejo.

»Loti cree que, en efecto, no está mal del todo, y sonrío tristemente á la vista de semejante disfraz, que pudiera serle funesto; después desaparece por una puerta trasera y atraviesa la ciudad, destartalada, poblada de mezquitas y bazares; pasa inadvertido por entre multitudes abigarradas que ostentan los colores brillantes que gustan en Turquía; sólo algunas mujeres, tocadas con velos blancos, se dicen al verle: «he ahí un albanés bien vestido: sus armas son hermosas.»

»Más lejos, mi querido William, sería comprometido seguir á su amigo Loti; al cabo de la excursión se encuentra el amor de una joven turca, mujer de un turco—empresa insensata siempre, y hoy más que nunca.—Loti va á pasar á su lado una hora de completa embriaguez; arriesga la cabeza, compromete la vida de muchos, y hasta se expone á ser la causa de serias complicaciones diplomáticas.

»Usted dirá que hace falta para este extremo

un terrible fondo de egoísmo; no sostengo lo contrario; pero en la actualidad pienso que es bueno todo lo que me agrada, y que debo salpimentar con toda clase de especias el soso manjar de la vida.

»No se quejará usted de mí, mi querido William; le he escrito largamente. No creo de ningún medo en su afecto, como no creo en el afecto de nadie; pero usted es, entre las personas que he encontrado acá y allá en el mundo, una de las pocas con quien me agrada comunicarme y cambiar mis impresiones. Si hay en mi carta demasiada expansión, no haga usted caso; he bebido vino de Chipre.

»Al presente estoy sereno. He subido al puente á respirar el aire vivo de la tarde, y Salónica me ha producido penosa impresión; sus minaretes me parecen viejas bujías, alumbrando una ciudad sucia y negra, donde florecen los vicios de Sodoma. Cuando el aire húmedo me empapa como una ducha helada, y la naturaleza toma estas tintas pobres y empañadas, me recojo en mí mismo; en el exterior no encuentro más que el vacío desconsolador y el intenso enojo de vivir.

»Proyecto ir muy pronto á Jerusalén, donde procuraré reunir algunas briznas de fe. Hoy por hoy, mis creencias religiosas y filosóficas,

mis principios de moral, mis teorías sociales, se resumen en esta gran personalidad: el gendarme.

» Volveré á ver á usted, sin duda, el próximo otoño, en el Yorkshire. En el entretanto, le estrecha la mano y queda suyo afectísimo

Loti.»

Los últimos días de Mayo de 1876 figuran entre las épocas más agitadas de mi existencia.

Por espacio de mucho tiempo había permanecido anonadado, con el corazón vacío, inerte á fuerza de sufrir; pero este estado transitorio tocaba á su término y la fuerza de la juventud me llamaba de nuevo á la vida. Me despertaba en la mayor soledad. Mis últimas creencias habían huído, y ningún freno me contenía ya.

Algo así como amor brotaba en estas ruinas, y el Oriente embellecía con su encanto este despertar que se manifestaba por la turbación de los sentidos.

XII

Aziyadé se había ido á habitar, con las otras tres mujeres de su señor, un *yali* de campo, situado en un bosque, en el camino de Monastir. Allí estaba menos vigilada.

No se nos permitía, como he dicho, que fuéramos á la ciudad sino completamente armados. Todos los días, con mar tranquila ó con mar gruesa, saltaba á tierra, confundiéndome con la multitud de barqueros y pescadores. Samuel, colocado á mi paso como por casualidad, recibía por señas mis órdenes para la noche.

He pasado muchos días vagando por el camino de Monastir. Es una llanura árida y triste, donde la vista resbala, hasta perderse á lo lejos sobre ruinas de antiguos cementerios. Tumbas de mármol derribadas, cuyas inscripciones misteriosas roe el líquen; campos plantados de *menhires* de granito; el suelo cubierto de sepulturas griegas, romanas, bizantinas; por todas partes el polvo en que se han convertido los grandes pueblos del pasado. De trecho en trecho se descubre la aguda silueta de un ciprés ó la ancha copa de un plátano inmenso, á cuya sombra se acogen los pastores

albaneses y sus cabras. En la yerma tierra, grandes flores de un lila pálido esparcen el suave olor de la retama, bajo un sol abrasador. Los menores detalles de este país están grabados en mi memoria.

De noche reina una calma tibia, inalterable; sólo interrumpe el silencio el canto de las cigarras; en el aire puro se respiran los gratos aromas del estío; el mar inmóvil, el cielo brillante, me recordaban mis noches de los trópicos.

Aún no me pertenecía, pero sólo nos separaban barreras materiales: la presencia de su señor y las rejas de hierro de sus ventanas.

Dejaba correr las noches esperando el momento, muy corto á veces, en que podía tocar sus brazos á través de los gruesos barrotes y estrechar en la oscuridad sus manos blancas, adornadas de sortijas, donde brillaban las piedras del Oriente.

Y después, á hora muy avanzada, antes de que rayase el día, ganaba mi corbeta, á través de mil peligros y gracias á la amistad de los oficiales de guardia.

XIII

Pasaba las veladas en compañía de Samuel; he visto en su compañía cosas extrañas en las tabernas de los barqueros. A pocos les ha sido dado hacer observaciones tan curiosas en las *cortes de los milagros* y en los tugurios inmundos de los judíos de Turquía. Me presentaba en estos sitios vestido de marinero turco, que es el menos comprometido para atravesar de noche la rada de Salónica. La figura de Samuel formaba singular contraste con las de aquellas gentes; su hermosa y dulce fisonomía radiaba en aquellos lugares sombríos. Poco á poco me iba cobrando más afecto, y su negativa á servirme en mis amores con Aziyadé me movía á estimarle más.

Pero repito que he visto cosas muy extrañas en compañía de este vagabundo; que he asistido á escenas de inconcebible prostitución en las cuevas donde se envenenan hasta caer en estado de completa embriaguez, con el *mas-tic* y el *rahi*.

XIV

Cierta noche templada de Junio, tendidos ambos sobre la hierba, esperábamos en medio del campo que dieran las dos, que era la hora convenida. Recuerdo esta hermosa noche estrellada, en que sólo se oía el débil murmullo del mar en calma. En la montaña, los cipreses semejaban puntos negros, los plátanos masas oscuras; de trecho en trecho, postes seculares señalaban el lugar olvidado donde algún derviche se entregaba á la oración en otros tiempos; despedían agradable olor la hierba seca, el musgo y el líquen. Era realmente una felicidad hallarse en medio del campo en semejante noche, y se gozaba plenamente del placer de vivir.

Pero Samuel parecía soportar esta especie de servidumbre nocturna con detestable mal humor, y apenas me respondía.

Entonces le tomé la mano, por primera vez en señal de amistad, y le dije poco á poco, en español:

—Mi buen Samuel: usted duerme todas las noches sobre la dura tierra ó encima de tablas; esta hierba es un lecho mucho más blando, y es-

parece suave olor. Entréguese usted al sueño, y despertará de mejor humor. ¿No está usted contento de mí? ¿En qué le he disgustado?

Su mano temblaba entre la mía, que estrechaba más de lo justo.

—¿Qué quiere usted? ¿Qué quiere usted de mí? me contestó en el mismo idioma, con voz turbada y sombría.

Algo de inaudito y tenebroso había pasado durante un momento por la pobre cabeza de Samuel. —¡En el gastado Oriente todo es posible!—Después se cubrió el rostro con los brazos y permaneció así, como con terror de sí mismo, inmóvil y tembloroso.

Pero desde entonces está á mi servicio en cuerpo y alma; se juega diariamente su libertad y su vida, entrando en la casa que habita Aziyadé; atraviesa de noche, para ir á buscarla, aquellos cementerios, llenos para él de visiones y nichos mortales, vela hasta la madrugada en su barca para guardar la nuestra, ó bien me espera horas y horas, echado con otros vagabundos en la quinta losa de piedra del muelle de Salónica. Su personalidad parece haberse absorbido con la mía, y cualesquiera que sean el lugar y el traje que yo haya elegido, le encuentro siempre en mi sombra, pronto á defender mi vida á riesgo de la suya.

XV

LOTI A PLUMKETT, OFICIAL DE MARINA

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

Salónica, Mayo de 1876.

«Mi querido Plumkett:

»Puede usted contarme, sin que nunca me moleste, todo cuanto triste ó alegre, y aun disparatado, le pase por las mientes: como usted está clasificado por mí fuera del «vil rebaño,» leeré siempre sus cartas con mucho gusto.

»Su última llegó á mi poder al fin de una comida en que hice abundante consumo de vinos de España, y recuerdo que al principio me aturdió un poco por su conjunto original. Usted es, en efecto, «un tipo curioso,» cosa que ya sabía; usted es también mozo de ingenio, lo que tampoco ignoraba. Pero no es ésta la única consecuencia que he deducido de su carta; se lo aseguro á usted.

»He visto en ella asimismo que usted ha debido sufrir no poco, y he aquí ya un punto de contacto entre nosotros dos. Yo también, hace diez largos años—tenía entonces dieciséis—me

lancé á la vida. He gustado algo todos los placeres, mas no hay dolor que no me sea conocido. Me encuentro muy viejo, no obstante mi juventud física, que conservo merced á la esgrima y á la gimnasia.

»Pero las confidencias son inútiles; basta que usted haya sufrido para que haya simpatía entre nosotros.

»Veo también que soy bastante feliz para inspirarle algún afecto: le doy las gracias. Cultivaremos, como usted dice, una especie de *amistad intelectual*, y nuestra correspondencia nos ayudará á resistir el fardo enojoso de la vida.

»En la cuarta carilla de su carta, la mano de usted corría sin duda demasiado de prisa, cuando usted escribe, «...una adhesión y una abnegación ilimitadas.» Si usted reflexiona en estas palabras, mi querido amigo, comprenderá que aún hay en usted exceso de juventud y de frescura, y que no todo se ha perdido. Nadie ha experimentado mejor que yo el encanto de esas amistades, en la vida, después de la muerte; pero... ¡ay! eso se escribe á los dieciocho años: á los venticinco, todo se acabó; nadie se sacrifica sino por sí mismo. Esto es desconsolador, mas es terriblemente verdadero.»

XVI

Salónica, Junio de 1876.

Es una felicidad vivir sometido en Salónica á estas correrías matinales, que le obligan á uno á ponerse en pie al rayar el alba. El aire es tan ligero, la frescura tan deliciosa, que no cuesta trabajo el vivir; siéntese uno penetrado de bienestar. Algunos turcos cruzan ya, vestidos con sus mantos rojos, verdes ó de color de naranja; las calles abovedadas de los bazares, apenas iluminados aún por un semifulgor transparente.

El ingeniero Thompson representa á mi lado el papel de confidente de ópera cómica, y juntos hemos hecho muchas correrías, con traje nada reglamentario, por los antiguos barrios de esta ciudad en las horas en que más prohibido nos está el circular por ellos.

Por la tarde se ofrece á los ojos un encanto de género muy distinto. Todo se ve rosa ó dorado. El Olimpo se semeja á una brasa gigantesca ó á metal en fusión, reflejándose en el mar, terso como un espejo. El aire está diáfano; parece que no hay atmósfera, y que las mon-

tañas se yerguen en el vacío: de tal modo se destacan, cortadas y agudas, sus aristas más distantes.

Nos sentamos con frecuencia delante de la bahía, que no riza el menor soplo de viento, en los anchos muelles por donde pasea la multitud. Los organillos tocan aires caprichosos, acompañados de campanillas y sombreros chinos; los cafeteros ambulantes interceptan la vía pública con sus mesillas siempre provistas, no dándose tregua en servir tabacos, refrescos, *lokoum* y *raki*.

Samuel se muestra fiero y orgulloso cuando le invitamos á nuestra mesa. Ronda por los alrededores, transmitiéndome por medio de signos convenidos alguna cita de Aziyadé, y por mi parte tiemblo de impaciencia esperando la noche, que se acerca.

XVII

Aziyadé había dicho á Samuel que aquella noche se quedase con nosotros. Contemplábala yo con sorpresa; me había rogado que me sentara entre ella y Samuel, y le hablaba en turco.

Quería que conversáramos, y que Samuel nos sirviera de intérprete. Al cabo de un mes,

subyugados por la embriaguez de los sentidos, no habíamos podido cambiar aún ni un solo pensamiento, permaneciendo hasta aquella noche extraños uno á otro, y desconocidos.

—¿En dónde has nacido? ¿Dónde has vivido? ¿Qué edad tienes? ¿Crees en Dios? ¿Has estado en el país de los hombres negros? ¿Tienes muchas amantes? ¿Eres un señor en tu patria?

Ella era circasiana, y había venido á Constantinopla hacía algunos años, con otra niña de su edad; un mercader la vendió á un turco viejo, que la quería educar para regalarla á un hijo suyo: el hijo murió, y el padre también; ella, de dieciséis años á la sazón, era muy hermosa: entonces fué comprada por su dueño actual, que se había fijado en ella con Stambul y quería que embelleciera su casa de Salónica.

—Dice, traducía Samuel, que su Dios no es el mismo que el tuyo, y que no está muy segura de sí, con arreglo al Korán, las mujeres tienen un alma como los hombres; piensa que cuando hayas partido, no os volveréis á ver, ni aun en la otra vida, y por esto llora, Ahora, añadió Samuel riéndose, pregunta si no quieres arrojarte en seguida con ella al mar; os dejaréis ir al fondo, estrechamente abrazados... Yo me alejaré con mi barca, y diré que no os he visto.

—Por mi parte, exclamé, al momento, con tal que no lllore; vamos inmediatamente: será cuestión de un instante.

Aziyadé lo comprendió; me ciñó el cuello con sus brazos temblorosos, y ambos nos inclinamos hacia el agua.

—¡No hagáis eso! gritó Samuel, sujetándonos con su puño de hierro. ¡Valiente beso os íbais á dar allá abajo! Cuando uno se ahoga, muere y hace horribles muecas.

Pronunció estas palabras en sabir, con una rudeza salvaje, que el francés es impotente para traducir.

.....
Era la hora en que Aziyadé debía marcharse, y un momento después nos abandonó.

XVIII

PLUMKETT Á LOTI

Londres, Julio de 1876.

«Mi querido Loti:

«Conservo el vago recuerdo de haber enviado á usted una carta sin pies ni cabeza, sin ton ni son; una de esas cartas que dicta la locura, en las cuales la imaginación galopa seguida de

la pluma, que apenas si va al trote y tropieza á cada momento como vieja mula de alquiler.

»Estas cartas nunca se vuelven á leer antes de cerrarlas; porque si así fuera, no se las mandarían á su destino. Digresiones más ó menos pedantescas, cuya oportunidad no es del caso averiguar, mezcladas con necedades indignas y escandalosas. Después, al final, á manera de ramillete, un autopanegírico de alma no comprendida, que se queja amargamente, con objeto de tener la satisfacción de recibir los elogios que usted ha sido bastante bueno para prodigarme; en una palabra, que todo esto es muy ridículo.

»¡Y las protestas de adhesión? ¡Aquí sí que se desbocó la vieja alquilona! Usted contesta á esta parte de mi carta como podría haberlo hecho aquel escritor del siglo dieciséis antes de nuestra Era, que después de ser gran rey, gran filósofo, gran arquitecto, después de tener seiscientas mujeres, acabó por aburrirse y disgustarse tanto de todas estas cosas, que, en fin de cuenta, exclamó: *Vanitas vanitatum, et omnia vanitas.*

»Sabía perfectamente la contestación que usted me daría, imitando el estilo del *Ecclesiastes*; hasta tal punto participo de su opinión, que dudo mucho me vuelva á suceder discutir con

usted de otro modo que como Pandera discutía con su Brigadier. Nada absolutamente tenemos que enseñarnos uno á otro, en punto á cuestiones del orden moral.

—»Las confidencias, dice usted, son inútiles.

»Perfectamente: eso mismo pienso yo: me gusta tener ideas generales acerca de las personas y de las cosas; me gusta adivinar los rasgos más salientes; respecto á los detalles, me inspiran horror.

»¡Adhesión y abnegación ilimitadas!...

»¿Qué quiere usted?... Fué uno de esos impulsos involuntarios, uno de esos relámpagos súbitos, á cuya luz se ve uno mejor de lo que es. Crea usted que hay sinceridad cuando uno se expresa en estos términos. Pero si sólo se trata de claridades fugaces, ¿á qué curarse de ellas? ¿Debemos hacerlo usted y yo, que no somos en modo alguno responsables de la imperfección de nuestra naturaleza? ¿No es acaso la culpa de quien nos creó, dejándonos como informes bosquejos, susceptibles de las aspiraciones más elevadas, pero incapaces de ejecutar actos que guarden relación con ellas? ¿No es lo mejor cruzarse de brazos? En la duda que estamos respecto al particular, me parece lo más cuerdo.

»Gracias por lo que usted me dice acerca de la frescura de mis sentimientos. Sin embargo, no creo en ella. Han servido demasiado, ó, para hablar con más propiedad, me he servido de ellos demasiado para que el uso no los ajara. Estoy por decir que son sentimientos de ocasión; y á este propósito puedo jurar á usted que se encuentran muy buenas ocasiones. También debo hacer observar á usted que hay cosas que ganan en solidez lo que pierden en brillantez y frescura. Como ejemplo tomado del noble ejercicio á que ambos estamos dedicados, le citaré á usted el acero.

»Quede, pues, sentado que le aprecio á usted mucho. De esto no hay que volver á hablar. De una vez para siempre, le declaro á usted que tiene excelentes cualidades, y sería una lástima que dejase atrofiar la mejor parte de su ser con la gimnasia. Esto dicho, dejo de molestarle con mi adhesión y mi admiración y concluyo con algunos detalles personales.

»Me encuentro bien, físicamente, y en pleno tratamiento respecto á la parte moral. Este tratamiento consiste en no permitir que dispare el cerebro, y en poner un regulador á mi sensibilidad. Todo está sujeto al equilibrio en este mundo, lo mismo fuera que dentro de nosotros. Si la sensibilidad se desenvuelve, es á

expensas de la razón. A medida que se es más poeta, se es menos geómetra (y en la vida hace falta un poco de geometría, y, lo que es peor, mucha aritmética). Creo, Dios me perdone, que acabo de escribir algo que casi tiene sentido común.

»Siempre suyo

PLUNKETT.»

XIX

Salónica, noche del 17 de Julio.

A las nueve, uno tras otro, ganan sus camarotes los oficiales de á bordo. Todos se retiran deseándome buena suerte y felices noches: mi secreto es ya patrimonio de todo el mundo.

Y yo miro con ansiedad el horizonte por el lado del viejo Olimpo, de donde parten á veces gruesas nubes cobrizas, indicio de tormenta y de lluvia torrencial.

Hoy, por aquel sitio, el cielo está despejado, y la cumbre de la montaña mitológica se destaca vigorosamente sobre el profundo cielo.

Bajo á mi gabinete, me visto y vuelvo á subir. Comienza entonces la espera ansiosa de todas las noches; pasa una hora, pasan dos horas, los minutos se arrastran, largos como días.

A las once percíbese un ligero rumor en el mar en calma; un punto lejano se aproxima, deslizándose como una sombra. Es la barca de Samuel. Los centinelas le dan el alto, no contesta, y sin embargo los fusiles se bajan; los centinelas tienen una consigna, que sólo á él se refiere, y hélo ya junto al vapor.

Se le echan redes y otros utensilios de pesca para mí; de este modo se salvan las apariencias. Salto en la barca, que se aleja. Me quito la capa con que ocultaba mi traje turco, y se opera la transformación. Mi chupa dorada brilla ligeramente en la oscuridad; la brisa es blanda y tibia, y Samuel rema en silencio en dirección á tierra.

En el camino nos encontramos con una pequeña barca que se para. Van en ella una negra, vieja y muy fea, envuelta en un pañolón azul; un criado albanés, también de mucha edad, vestido pintorescamente, y una mujer tan tapada con un velo, que sólo se divisa una informe masa blanca.

Samuel recibe en su barca á los dos primeros de estos tres personajes, y se retira sin pronunciar una palabra. Me quedo solo con la mujer del velo, muda á inmóvil como un fantasma de nieve; cojo los remos y bogo en sentido inverso, á lo largo de la costa. Fijos los

ojos en ella, aguardo con ansiedad que haga un movimiento ó algún signo.

Cuando, á su juicio, estamos bastante lejos, me tiende los brazos: es la señal que espero para ir á sentarme á su lado. Tiemblo al tocarla: este primer contacto me produce una languidez mortal: su velo está impregnado de los perfumes del Oriente.

He amado más á otra mujer, que al presente no tengo el derecho de ver; pero nunca mis sentidos han gozado de embriaguez semejante.

XX

La barca de Aziyadé está llena de tapices de seda, de cojines y de mantas de Turquía. Se encuentran en ella todos los refinamientos de la indolencia turca; más bien parece un lecho que flota, que no una barca.

¡Singular situación la nuestra! No nos está permitido cambiar una sola palabra; todos los peligros se han dado cita en torno de este lecho que boga á la ventura sobre el mar profundo. Parecemos dos seres que se han reunido para saborear los encantos embriagadores de lo imposible.

Dentro de tres horas, cuando la Osa Mayor

aparezca invertida en el cielo inmenso, habrá que partir. Seguimos toda la noche el movimiento regular de la gran constelación; es la aguja del cuadrante que cuenta nuestras horas de transporte.

De aquí á allá, olvido completo del mundo y de la vida; el mismo beso comenzado por la noche, que dura hasta por la mañana; algo comparable á esa sed ardiente de los desiertos arenosos de Africa, que se excita bebiendo agua fresca y que no apaga uno con hartarse.

A la una se oye un rumor inesperado en el silencio de la noche; suenan arpas y voces de mujeres; se nos grita «¡cuidado!» y apenas tenemos tiempo de apartarnos. Es un bote de la *Maria Pia*, que pasa volando á nuestro lado; va lleno de oficiales italianos, en alegre partida, ebrios casi todos. Hemos estado á punto de ser echados á pique.

XXI

Cuando nos acercamos á la barca de Samuel, la Osa Mayor había dado la vuelta por completo y se oía á lo lejos el canto de los gallos.

Samuel dormía bajo mi manta, en el fondo de la barca; la negra dormía, acurrucada ha-

cía adelante como un macaco; el viejo albanés dormía entre ambos, apoyándose en ellos.

Los dos viejos servidores se reunieron con su señora, y la barca de Aziyadé huyó sin ruido. Durante largo rato seguí con los ojos la forma blanca de la joven, tendida como masa inerte en el lugar donde la había dejado, vivo aún el fuego de mis besos y húmeda con el rocío de la noche.

Las tres daban á bordo de los acorazados alemanes; un fulgor blanco dibujaba en el Oriente el contorno sombrío de las montañas, cuya base se perdía en el espesor de su propia sombra, que se reflejaba profundamente en el mar en calma. Era imposible apreciar aún las distancias en la oscuridad proyectada por las montañas. Las estrellas palidecían.

La frescura húmeda de las montañas comenzaba á caer en el mar: el rocío se depositaba en apretadas gotas sobre las tablas de la barca de Samuel. Estaba vestido muy á la ligera; no cubría mis espaldas más que una camisa de muselina, de albanés. Busqué mi chupa dorada: ¡me la había dejado en la barca de Aziyadé! Frío mortal se deslizaba á lo largo de mis brazos é invadía poco á poco mi pecho. Faltaba aún una hora para volver á bordo sin ser visto por los centinelas. Traté de remar, pero sue-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

30457

no irresistible entorpecía mis brazos. Entonces levanté con precauciones infinitas la manta que envolvía á Samuel, para tenderme sin despertarle, al lado de este amigo que la casualidad me había deparado.

Y perdida la conciencia del mundo exterior, en menos de un minuto dormía lo mismo que él, con ese sueño profundo, contra el cual es vana toda resistencia. La barca avanzaba...

Una voz ronca y germánica nos despertó al cabo de una hora, gritando en alemán algo por este estilo:

—¡Alto el hotel!

Habíamos ido á dar en los acorazados alemanes, y nos alejamos á fuerza de remos; los fusiles de los centinelas nos apuntaban. Eran las cuatro; el alba, indecisa aún, iluminaba la masa blanca de Salónica y las masas negras de los navíos de guerra; salté á bordo como un ladrón, feliz con no ser observado.

XXII

La noche siguiente (la del 28 al 29) soñé que partía bruscamente de Salónica. Samuel y yo corríamos por la estrecha senda que conducía á la aldea turca, donde vive Aziyadé, para decirle adiós; la inercia de los sueños ataba

nuestros pies; pasaba el tiempo, y la corbeta largaba sus velas.

—Te enviaré sus cabellos, decía Samuel; una trenza completa de sus negros cabellos.

Y tratábamos siempre de correr.

En este momento me despertaron para hacer mi cuarto de servicio. El timonel encendió una bujía en mi habitación, vi brillar los dorados y las flores de la tapicería y me desperté por completo.

Llovía á torrentes, y me calé.

XXIII

Salónica 29 de Julio.

Recibo hoy, á las diez de la mañana, la orden inesperada de dejar inmediatamente mi corbeta y á Salónica, y de tomar pasaje en el correo de Constantinopla para trasladarme al *Deerhound*, que está de estación en Turquía y se pasea en las aguas del Bósforo ó del Danubio.

Una multitud de marineros invade mi habitación, recoge los muebles y prepara las maletas.

Habitaba en un rincón del *Príncipe de Gales*, el reducto blindado que confina con el polvo-

rín. Había decorado aquella cueva donde no penetraba la luz del sol, de una manera original; cubrían las planchas de hierro espesos tapices de seda roja con flores extrañas, las piezas de vajillas, los trastos viejos vueltos á dorar: las armas brillaban sobre aquel fondo sombrío.

Había pasado horas tristes en la oscuridad de aquel chiribitil, horas inevitables de conversación conmigo mismo, consagradas á los remordimientos y á los recuerdos punzantes del pasado.

XXIV

Tenía algunos buenos camaradas en el *Príncipe de Gales*, y era en cierta manera el niño mimado de á bordo; pero no cobro afecto á nadie y me importa poco separarme de ellos.

He aquí un nuevo período de mi existencia, que va á cerrarse, y un rincón de tierra, Salónica, que no volveré á ver.

¡He pasado, sin embargo, horas deliciosas en el agua tranquila de esta hermosa bahía; noches que muchos hombres comprarían muy caras, y amo casi á esta joven, tan singularmente encantadora!

No tardaré en olvidar estas noches tibias en

que el primer fulgor del alba nos hallaba tendidos en una barca, ebrios de amor y empapados en el rocío de la mañana.

Me inspira lástima Samuel, el pobre Samuel, que arriesgaba tan generosamente su vida por mí, y que va á llorar á mi partida como un niño. Aún soy débil; todavía me dejo coger en el lazo de las afecciones ardientes, ó que parecen serlo, prescindiendo de su móvil interesado ó tenebroso. Acepto, cerrando los ojos, cuanto puede llenar por espacio de una hora el vacío espantoso de la vida; todo aquello que afecta la apariencia del amor y la amistad.

XXV

30 de Julio, domingo.

Salimos de la bahía de Salónica á las doce del día, con un calor espantoso. Samuel llega con su barca, en el último instante, á decirme adiós.

Su aire es tranquilo y satisfecho; ¡otro más que pronto me olvidará!

—Hasta más ver, monseñor; piensa un poco en Samuel.

XXVI

—En otoño, me dijo Aziyadé, Abeddín-effendi, mi señor, se trasladará á Stambul con todas nosotras. Caso que no fuera, yo sola partiría en tu busca.

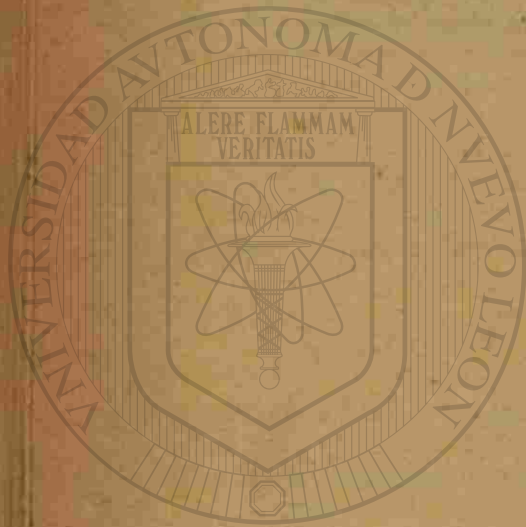
Va á Constantinopla, y me adelanto para esperarla. Se trata, pues, de volver á empezar un nuevo género de vida, en un país nuevo, entre nuevos rostros y por un plazo que ignoro.

XXVII

El estado mayor del *Príncipe de Gales* agita los pañuelos, y el país se aleja, bañado en el sol. Durante largo rato se distingue aún la torre blanca donde todas las noches se embarcaba Aziyadé, y el campo de piedra, plantado aquí y allá de viejos plátanos, recorrido por mí con tanta frecuencia en la oscuridad.

Salónica no es ya más que una mancha gris que se extiende al pie de las montañas amarillas y áridas, una mancha erizada de puntos blancos, que son minaretes, y de puntos negros, que son cipreses.

Después la mancha gris desaparece, sin duda para siempre, detrás de las altas torres del cabo Kara-Bournou. Cuatro cumbres mitológicas se elevan en la costa, ya distante, de Macedonia: el Olimpo, el Athos, el Pelión y el Ossa.



DIRECCIÓN GENERAL

II

SOLEDAD

I

Constantinopla 3 de Agosto de 1876.

Travesía de tres días, en tres etapas: Athos, Dedeagatch, los Dardanelos.

Han sido mis compañeros de viaje una hermosa dama griega, dos bellas damas judías, una alemana, un misionero americano y un derviche. ¡Sociedad algo heterogénea, sin duda! Pero ha reinado la mayor cordialidad y se ha tocado mucho. La conversación general ha tenido lugar en latín, ó en griego del tiempo de Homero. Entre el misionero y yo ha mediado algún aparte en lengua polinésica.

Desde hace tres días habito, á expensas de S. M. Británica, un pequeño hotel del barrio de Pera. Son mis vecinos un lord y una amable lady, con quien se pasan las veladas tocando al piano composiciones de Beethoven.

Espero sin impaciencia la vuelta del *Deerhound*, que se pasea, según creo, en el mar de Mármara.

II

Samuel me ha seguido como un amigo fiel; su conducta me ha conmovido. Logró colarse en otro buque de las Mensajerías y ha llegado hoy por la mañana; le he abrazado de todo corazón, dichoso con volver á ver su honrada y franca fisonomía, única que me es simpática en esta gran ciudad, donde no conozco á nadie.

—Todo lo he dejado, ha dicho; mis amigos, mi país, mi barca, y te he seguido.

Sé por experiencia propia que entre las pobres gentes se encuentra más abnegación absoluta y espontánea que en ninguna otra clase de la sociedad; las prefiero resueltamente á las personas cultas y bien educadas: no tienen el egoísmo de éstas, ni sus mezquindades.

III

Todos los verbos de Samuel terminan en *ate*; para expresar cualquier cosa que produzca ruido, dice: *fate boum* (hacer *pum*).

Si Samuel monta á caballo, exclama: Samuel hará *pum* (entiéndase, Samuel caerá).

Sus reflexiones son súbitas é incoherentes

como las de los niños. Es religioso con ingenuidad y candor; sus supersticiones son originales, y sus prácticas inocentes. Nunca tiene aspecto tan cómico como cuando se propone afectar seriedad.

IV

Á LOTI, DE SU HERMANA

Brightbury, Agosto de 1876.

«Querido hermano:

«Corres, bogas, vas de un punto á otro, te estableces hoy aquí, mañana allí... Hete ya partido como un pajarillo al cual nunca puede tendersele la mano. ¡Pobre y amada avecilla, caprichosa, herida, azotada por los vientos, juguete de espejismos, que no ha hallado todavía donde reposar su cabeza fatigada, sus alas temblorosas!

«¡Espejismo en Salónica, espejismo por todas partes! Vuela, vuela sin cesar hasta que, disgustado de tu vuelo inconsciente, te poses para siempre en alguna rama de verde frescura... No: no te romperás las alas y caerás en el abismo, porque el Dios de los pajarillos *ha hablado ya*, y hay ángeles que velan en torno de tu cabeza, tan ligera como amada.

»¡Es, pues, cosa resuelta! ¡No vendrás este año á sentarte bajo los tilos! ¡Llegará el invierno sin que hayas pisado el césped de nuestro jardín! Durante cinco años he visto brotar nuestras flores, adornarse nuestros prados, con el dulce, con el agradable pensamiento de que estaríais aquí los dos. Todos los veranos, esta idea era mi única dicha... Ya sólo se trata de ti, y tampoco te tenemos.

»La mañana está hermosa, una deliciosa mañana de Agosto, y te escribo en el salón que da al patio de los tilos; los pájaros cantan y los rayos de sol se filtran alegremente por todas partes. Es sábado, y las losas y suelo, recién lavados, cantan un verdadero poemita rústico é íntimo, al cual ya sé que no eres indiferente. Han pasado los grandes calores sofocantes y entramos en ese período de paz y encanto profundo que puede compararse con tanta exactitud á la segunda edad del hombre; las flores y las plantas, fatigadas de las voluptuosidades del estío, se yerguen ahora, vuelven á florecer vigorosas entre ramas de brillante verdor, mientras algunas hojas, ya amarillentas, forman contraste con la gracia viril de esta naturaleza que me rodea y está en su segundo brote. En este rinconcito de mi Eden todo lo esperaba, querido hermano; todo parecía crecer para

ti... y, sin embargo, morirá sin verte... Decididamente no volverás á ser nuestro.»

V

El barrio ruidoso del Taxim, en lo más alto de Pera; equipos y modas europeas chocando con las modas y equipos de Oriente; un calor extraordinario, un sol abrasador; un viento ardiente que levanta el polvo y las hojas amarillas de Agosto; olor de mirtos; el clamoreo de los vendedores de fruta, las calles obstruidas por cestas de uvas y montones de sandías... He aquí las imágenes que han grabado profundamente en mi memoria los primeros momentos de mi estancia en Constantinopla.

Pasaba las tardes á la orilla del camino del Taxim, aspirando el fresco bajo los árboles, ajeno á todo. Vivo el recuerdo de los últimos días, seguía con ojos distraídos este desfile cosmopolita; no la olvidaba un instante, asombrado de verla enseñorearse tan completamente de mi pensamiento. Durante tres meses permanecí en Pera, pensando en los medios de ejecutar el proyecto imposible de ir á habitar con ella á la otra orilla del *Cuerno de Oro*, vivir la vida musulmana, que era su vida, poseerla días

enteros, comprender y penetrar sus pensamientos, leer en el fondo de su corazón cosas frescas y salvajes, apenas sospechadas en nuestras noches de Salónica; en una palabra, hacerla mía por completo.

Mi casa estaba situada en un extremo retirado de Pera, dominando el *Cuernio de Oro* y el panorama distante de la ciudad turca; el esplendor del estío comunicaba singular atractivo á esta habitación. Estudiando la lengua del Islam, delante de mi ancha ventana abierta, mi mirada abarcaba la antigua Stambul, bañada por el sol. En el fondo, en medio de un bosque de cipreses, aparecía Eyoub. ¡Cuán grato sería encerrarse con ella en este sitio misterioso é ignorado! ¡Qué teatro tan extraño y lleno de encantos para dejar correr nuestra existencia, vivificada por el amor!

Alrededor de mi casa se extendían vastos terrenos, plantados de cipreses y de tumbas, terrenos baldíos, desde los cuales se descubría á Constantinopla, donde he errado más de una noche, persiguiendo aventuras imprudentes, que tenían por causa el pasajero capricho por alguna armenia ó griega.

En el fondo, mi corazón siempre fué fiel á Aziyadé; pero pasaban los días, y ella no venía.

De aquellas hermosas criaturas sólo he con-

servado el recuerdo indiferente que deja el amor febril de los sentidos; ninguna me inspiró una afección seria, y las olvidaba muy pronto.

Pero he recorrido frecuentemente por la noche estos cementerios y he tenido más de un encuentro desagradable.

Cierta madrugada, á las tres, un hombre que salió de detrás de un ciprés, me atajó el paso. Era un rondador nocturno; estaba armado con grueso bastón de hierro, dos pistolas y un puñal; yo, en cambio, no llevaba arma alguna.

Comprendí al momento lo que aquel hombre se proponía; habría atentado á mi vida antes que renunciar á su idea.

Consentí en seguirle; había concebido un plan. Caminábamos al borde de los profundos barrancos que separan á Pera de Kassim-Pachá. Busqué el momento favorable; salté sobre el rondador; le empujé, le faltó tierra, y perdió el equilibrio. Le ví rodar al fondo de la barranca, exhalando gemidos y dando tumbos sobre las piedras con un ruido siniestro.

Debía tener compañeros, y su caída podía haber sido oída muy lejos en medio del silencio de la noche. Huí de allí, emprendiendo tal carrera, que ningún ser humano me hubiese dado alcance.

El cielo blanqueaba en el Oriente cuando gané mi habitación. Mis caprichos me retenían frecuentemente en las calles hasta después de amanecer. No bien había conciliado el sueño, me despertó suavísima música, aires antiguos, melodías alegres y orientales, frescas como el alba, voces humanas acompañadas de arpas y de guitarras.

Pasó el coro y perdióse á lo lejos. Por mi ventana, abierta de par en par, sólo se divisaba el vapor de la mañana, el vacío inmenso del cielo. De pronto, algo se dibujó sobre su fondo de rosa: una cúpula y minaretes. La silueta de la ciudad turca se destacó poco á poco, como suspendida en el aire... Entonces recordé que estaba en Stambul y que Aziyadé había prometido venir.

VI

El encuentro que he referido me causó penosa impresión; interrumpí mis correrías nocturnas y no tuve más queridas, como no sea una joven judía que me conoció, en el barrio israelita de Pri-Pachá, bajo el nombre de Marketo.

Pasé los últimos días de Agosto y parte de Septiembre haciendo excursiones por el Bós-

foro. El tiempo estaba templado, y el cielo espléndido. Las umbrosas riberas, los palacios y los *yalis* se miraban en el agua azul y tranquila, que surcaban *caiques* dorados.

Se preparaba en Stambul la deposición del sultán Mourad y la consagración de Abd-ul-Amid.

VII

Constantinopla 30 de Agosto.

¡Media noche! La hora quinta en los relojes turcos; los vigilantes nocturnos golpean el suelo con sus pesados bastones de hierro. Los perros están en revolución en el barrio de Gálata y lanzan allá abajo aullidos lastimeros. Los de mi barrio guardan neutralidad, y me congratulo de ello; duermen apiñados delante de mi puerta. Todo está en calma en la oscuridad; las luces se han extinguido una tras otra durante las tres largas horas que he pasado tendido delante de mi ventana, abierta de par en par.

Yacen á mis pies las viejas casas armenias, oscuras y silenciosas; en lo más bajo de una profunda rambla, un bosque de cipreses seculares forma una masa completamente negra; estos árboles funerarios dan sombra á antiguas

sepulturas musulmanas y exhalan de noche balsámicos perfumes. El inmenso horizonte está puro y tranquilo: domino desde aquí todo el paisaje. Por encima de los cipreses diviso una sábana brillante: es el Cuerno de Oro; más arriba aún, en lo más alto, se alza la silueta de una ciudad oriental: es Stambul. Los minaretes, las elevadas cúpulas de las mezquitas se dibujan sobre un cielo estrellado, en el cual brilla un delgado cuarto de luna; el horizonte parece sembrado de torres que semejan manchas azules, destacándose en el tinte pálido de la noche; las anchas cumbres, coronadas de mezquitas, suben como fantasmas vagos hasta las nubes, hiriendo la fantasía con la impresión de lo gigantesco.

En uno de los palacios de Constantinopla, el Seraskierat, se desenlaza á estas horas un drama sombrío; los grandes pachás se han reunido en él para deponer al sultán Mourad; mañana le habrá reemplazado Abd-ul-Amid. Tal vez se estrangula en este momento en algún rincón del Serrallo al Emperador, cuyo advenimiento al trono, tres meses ha, celebramos con tantas fiestas, al mismo que ayer aún era reverenciado como un dios.

Constantinopla, sin embargo, parece una ciudad muerta. A las once, fuerzas de caballería

y de artillería pasan á galope en dirección de Stambul; cuando el ruido de los cañones se ha perdido á lo lejos, el silencio recobra su imperio.

Los mochuelos cantan en los cipreses, exactamente lo mismo que en mi país. Me agrada este canto, que me recuerda los bosques del Yorkshire, las hermosas veladas de mi infancia, pasadas bajo los árboles en el jardín de Bright-bury.

En medio de la calma que me rodea, revive en mi espíritu el pasado, me asalta el recuerdo de cosas desaparecidas para siempre, de seres que partieron para no volver.

Créí que Samuel estaría á mi lado esta noche, pero sin duda lo he perdido también. Mi corazón está angustiado, y la soledad me abruma. Hace ocho días le dejé marchar á Salónica, á bordo de mi navío, para que ganase algún dinero. Los tres buques donde pudiera haber venido han vuelto sin él, el último hoy por la tarde, y nadie ha oído hablar del pobre mozo.

La luna se oculta lentamente detrás de Stambul. En esta gran ciudad soy un extraño, un desconocido. Samuel era el único que sabía mi nombre y mi existencia, y comenzaba á quererle sinceramente.

¿Me ha abandonado él también, ó le ha ocurrido alguna desgracia?

VIII

Los amigos son como los perros: acaban siempre mal; lo mejor es no tenerlos.

Saketo, que va y viene de Salónica á Constantinopla en los transportes turcos, me visita con frecuencia. Muy tímido al principio, hoy entra en mi casa con la misma franqueza que en la suya. Es un bravo mozo, amigo de la infancia de Samuel, á quien trae noticias de su país.

La vieja Esther, la judía de Salónica que me disfrazaba de turco y me llamaba su *caro piccolo*, me envía por su conducto saludos y recuerdos.

El amigo Saketo es siempre bien recibido, sobre todo cuando es portador de los mensajes que le confía Aziyadé por medio de la negra.

—La *hanum* (la dama turca), dice, ofrece sus respetos al Sr. Loti; le encarga que no deje de esperarla, y le repite que antes del invierno estará en Stambul.

X

LOTI Á WILLIAM BROWN

«No he recibido su triste carta hasta ayer; la dirigió usted á bordo del *Príncipe de Gales* y ha ido á buscarme á Túnez y otros puntos.

»En efecto, mi pobre amigo, su carga es también muy pesada, y usted la siente más que otros, porque es mejor que ellos; porque, lo mismo que á mí, le han dado esa educación que desenvuelve el corazón y la sensibilidad.

»Usted ha cumplido, sin duda, sus promesas respecto á esa joven que ama. ¿Por qué mi buen amigo? ¿En provecho de quién y en virtud de qué moral? Si usted la ama hasta el punto que dice, y ella le ama á usted, no se pare en convenciones ni escrúpulos; hágala suya á cualquier precio; será usted dichoso durante algún tiempo; después se curará; no se fije usted en las consecuencias.

»Estoy en Turquía desde hace unos cinco meses, fecha que salí de ahí. He encontrado una mujer originalmente encantadora, que se llama Aziyadé, la cual me ha ayudado á pasar mi

temporada de destierro en Salónica, y un vagabundo, de nombre Samuel, con quien vivo en íntima amistad.

»Pero lo ménos posible en el *Deerhound*; mi presencia en él es intermitente (como ciertas fiebres de Guinea), no viéndoseme allí sino cada cuatro días para asuntos del servicio. Tengo un remedo de casa en Constantinopla, en un barrio donde nadie me conoce; llevo una existencia que arreglo á mi capricho, y una pequeña húngara es ahora mi querida.

»Este país conserva aún muchos atractivos; es más oriental de lo que se piensa. He logrado aprender en dos meses el turco; visto fez y caftán y juego al *effendi* como los niños juegan á los soldados.

»Me reía antes de ciertas novelas, cuyos jóvenes protagonistas pierden, por efecto de alguna catástrofe, el sentido moral y la sensibilidad; y sin embargo, cosa por el estilo me ha ocurrido á mí. Ya no padezco; ya no me acuerdo; pasaría indiferente al lado de aquellos seres que tanto he amado.

»He querido ser cristiano. ¡Vano empeño! Me ha sido negada esa ilusión sublime que eleva hasta el heroísmo el valor de algunos hombres, y de algunas mujeres, nuestras madres, por ejemplo.

»El cristianismo del vulgo me inspira risa; si tuviera fe, el mundo no existiría para mí; calado el hábito de misionero iría á hacerme matar al servicio de Cristo...

»Créame usted, mi pobre amigo; el tiempo y el placer son dos grandes remedios; el corazón se embota á la larga, y se cesa de sufrir. Esta verdad no es nueva, y confieso que Alfredo de Musset la ha expresado mucho mejor; pero de todos los antiguos adagios que los hombres se transmiten de generación en generación, no hay ninguno tan inmortalmente verdadero. Ese amor puro que usted sueña, es una ficción, como la amistad; olvide usted á la que ama por una bailarina. La mujer ideal se le escapa á usted; enamórese de una artista del Circo que tenga hermosas formas.

»No hay religión, no hay moral; no existe nada de lo que nos han enseñado á respetar; no hay más que una vida que pasa, á la cual es lógico pedir la mayor suma posible de goces, interín llega, con la muerte, el espantoso desenlace.

»Las verdaderas miserias son las enfermedades, la fealdad y la vejez; ni usted ni yo somos, por fortuna, víctimas de ellas; podemos tener aún multitud de queridas y gozar de la vida.

Voy abrirle á usted mi corazón, á hacerle mi

profesión de fe: mi única regla de conducta es seguir mi voluntad, á despecho de cualquier precepto moral y de toda convención humana. No creo en nada, ni creo en nadie; no amo á nadie, ni amo á nada; carezco de fe y de esperanza.

»He aquí la obra de mis veintisiete años. Si he caído más bajo que la mayor parte de los hombres, también he partido de más alto.

»Le abraza á usted,

LOTI.»

XI

La mezquita de Eyoub, situada en el fondo del *Cuerno de Oro*, fué construída en tiempos de Mahomed II, sobre la tumba de Eyoub, compañero del Profeta.

La entrada en ella les está prohibida á los cristianos, y hasta el aproximarse demasiado puede atraer sobre ellos graves peligros.

Este monumento es de mármol blanco; se encuentra en un lugar solitario, en medio del campo, y se halla rodeado de cementerios por todas partes. Su cúpula y sus minaretes apenas descuellan en el bosque de espesa verdura que los ciñe; hay allí como un apretado haz de plátanos gigantes y de cipreses seculares.

Los caminos que conducen á los cementerios que cercan la mezquita son muy medrosos y sombríos; están huecos en su mayor parte, y el piso es de losas de piedra ó de mármol. Hay á ambos lados edificios también de mármol, cuya blancura, no alterada todavía, se destaca vigorosamente sobre el fondo negro que forman los cipreses.

Se ven en estos senderos centenares de tumbas doradas y cercadas de flores; son sepulcros que guardan las cenizas de muertos venerados, de antiguos pachás y de altos dignatarios musulmanes. Los *Cheik-ul-Islam* tienen sus kioscos funerarios en una de estas sombrías alamedas.

En la mezquita de Eyoub se consagran los Sultanes.

XII

El 6 de Septiembre, á las seis de la mañana, pude entrar en el segundo patio de la mezquita.

El antiguo monumento estaba desierto y silencioso; dos derviches me acompañaban, temblando ante la audacia de la empresa. A aquella hora matinal la mezquita tenía la blancura de la nieve; millares de palomas torcaces revo-

loteaban y escarbaban en los patios solitarios.

Los dos derviches, vestidos de paño burdo, abrieron la puerta de cobre que cierra el santuario, y pude dirigir una mirada al interior de aquel lugar, el más venerado de los musulmanes, que nunca fué accesible á ojos de cristianos.

Era la víspera de la consagración de Abd-ul-Amid.

Me acuerdo del día en que el nuevo Sultán llegó con gran pompa á tomar posesión del palacio imperial. Había sido de los primeros que le vieron cuando dejó el retiro sombrío donde viven en Turquía los pretendientes al trono; grandes *caiques* de gala fueron á buscarle, y el mío estaba tocando con el suyo.

Los pocos días de poder que han pasado han envejecido ya al Sultán; tenía entonces una expresión de juventud y energía de que hoy carece. La extrema sencillez de su traje contrastaba con el lujo oriental que le rodeaba. Este hombre, á quien se sacaba de una oscuridad relativa para elevarlo al trono, parecía sumido en inquietas meditaciones; delgado, pálido, con profundas ojeras, estaba tristemente preocupado: su fisonomía era inteligente y distinguida.

Los *caiques* del Sultán son impulsados cada

uno por veintiséis remeros: su forma tiene la elegancia original del Oriente. Su magnificencia es extraordinaria; completamente cincelados y dorados, llevan en la parte anterior un espolón de oro. La librea de los lacayos de la corte es verde y naranja, con adornos dorados. El trono del Sultán, donde brillan multitud de soles, está colocado bajo un dosel rojo y oro.

XIII

Hoy, 7 de Septiembre, tiene lugar la ceremonia de la consagración del Sultán.

Abd-ul-Amid, á lo que parece, desea rodearse pronto del prestigio de los Califas; alguien se diría que su advenimiento al trono abre al Islam una era nueva, llamada á dar á Turquía algo de gloria y un postrer resplandor.

Abd-ul-Amid se ha ido á ceñir con gran pompa el sable de Otmán á la santa mezquita de Eyoub.

Después de lo cual, seguido de numeroso y soberbio cortejo, ha atravesado Stambul en toda su longitud para trasladarse al palacio del viejo Serrallo, descansando un momento y rezando una oración, según es costumbre, en las mezquitas y kioscos funerarios que encontraba en el camino.

Abrían la marcha los alabarderos, con plumas verdes de dos metros de alto en la cabeza, y vestidos con trajes de color escarlata, completamente recamados de oro.

Abd-ul-Amid avanzaba entre ellos, montado en un caballo blanco, gigantesco, de paso lento y majestuoso, con caparazón de oro y pedería.

El *Cheik-ul-Islam*, con manto verde; los emires, con turbantes de cachemira; los ulemas, con turbante blanco, adornado de cintillos de oro; los grandes pachás, los altos dignatarios, seguían en caballos ricamente enjaezados: ¡grave é interminable cortejo en que desfilaban singulares fisonomías!

Ulemas octogenarios, sostenidos por lacayos en sus pacíficas monturas, mostraban al pueblo sus blancas barbas, dirigiéndole torvas miradas, impregnadas de fanatismo y oscuridad.

Muchedumbre innumerable se apiñaba en torno de este cortejo; una de esas muchedumbres turcas al lado de las cuales las más turbulentas muchedumbres de Occidente parecen tristes y silenciosas. Estrados dispuestos en una extensión de varios kilómetros, se doblaban bajo el peso de los curiosos, viéndose mezclados allí todos los trajes de Asia y de Europa.

En las alturas de Eyoub se ofrecía á las mi-

radas la masa movediza de las damas turcas. Todos aquellos cuerpos de mujer, envueltos hasta los pies en telas de seda de brillantes colores; todas aquellas cabezas blancas, ocultas bajo los pliegues de los *yachmaks*, no dejando ver más que los negros ojos, se confundían entre los cipreses con las piedras pintadas é historiadas de las tumbas. Había tal colorido en todo, era un espectáculo tan extraño, que no realidad, sino composición fantástica de algún orientalista alucinado, se le antojaba al espectador extranjero.

XIV

La vuelta de Samuel ha venido á traer alguna alegría á mi triste casa. La fortuna me sonríe en las ruletas de Pera, y el otoño es espléndido en Oriente. Habito en uno de los países más hermosos del mundo, y mi libertad es ilimitada. Puedo recorrer á mis anchas las aldeas, las montañas, los bosques de la costa de Asia y de Europa, y muchas pobres gentes gozarían durante un año con las impresiones y peripecias de uno solo de mis días.

¡Conceda Allah dilatada vida al sultán Abd-ul-Amid, que ha hecho renacer las grandes fiestas religiosas, las grandes solemnidades del Is-

lam! Stambul iluminada todas las noches, el Bósforo alumbrado con fuegos de Bengala, los últimos destellos del Oriente que desaparece, una fiesta de hadas de gran espectáculo, que sin duda no se volverá á ver.

A pesar de mi indiferencia política, mis simpatías están por este bello país que se quiere suprimir; y, sin advertirlo, me convierto insensiblemente en turco.



XV

...Informes acerca de Samuel y de su nacionalidad; es israelita por su fe, turco de ocasión, español por sus padres.

En Salónica era casi un vagabundo, marinero y mandadero. Aquí también se busca la vida en los muelles; como tiene mejor presencia que los otros, no carece de clientela, y hay días que gana buenos jornales; por las tardes se come una ración de uvas y un pedazo de pan, y vuelve á casa contento de la vida.

La ruleta no me favorece ya, y hémos muy pobres á ambos, pero nada altera nuestra indiferencia; por otra parte, somos bastantes jóvenes para procurarnos gratuitamente satisfacciones que otros pagarían muy caras.

Samuel se pone un pantalón lleno de desgarrones, sobre otro que parece una criba; se imagina que los agujeros no coinciden y que va casi elegante.

Por las noches se nos encuentra, como á dos buenos musulmanes, fumando nuestras pipas bajo los plátanos de algún café turco, ó bien nos encaminamos al teatro de las sombras chinecas, á ver á Karagueuz, el Guignol turco que nos cautiva. Vivimos ajenos á todas las agitaciones, y la política no existe para nosotros.

Cunde, sin embargo, el pánico entre los cristianos de Constantinopla, y Stambul es objeto de espanto para las gentes de Pera, que tiemblan cuando tienen que pasar los puentes.

XVI

Atravesé ayer tarde Stambul á caballo para ir á casa de Izeddin-Alí. Se celebraba el Bai-ram, gran fiesta oriental, último cuadro del Ramazán; las mezquitas estaban iluminadas, los minaretes cuajados de luces en toda su extensión; había suspendido en el aire versículos del Korán, escritos con caracteres luminosos; millares de labios gritaban á la vez, al estampido del cañón, el nombre venerado de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Allah; una compacta muchedumbre, que lucía sus mejores trajes: paseaba antorchas y linternas por todos partes, mujeres, veladas, circulaban en grupos, vestidas de seda, plata y oro.

Después de haber recorrido Izeddin-Alí y yo todo Constantinopla, terminamos nuestra excursión á las tres de la mañana en un subterráneo de los arrabales, donde jóvenes asiáticas, con trajes vistosos, bailaban danzas lascivas delante de un público compuesto de todos los perdidos que vigila la policía otomana. ¡Espectáculo de desconsoladora novedad! Hago gracia del fin de esta saturnal, digna de los mejores días de Sodoma: amanecía cuando volvimos á casa.

XVII

KARAGUEUZ

Las aventuras y fechorías del Sr. Karagueuz han entretenido á un número incalculable de generaciones de turcos, y no hay ningún motivo para sospechar que el prestigio de este personaje se halle próximo á concluir.

Karagueuz ofrece muchas analogías de carácter con el viejo polichinela francés; después de dar de golpes á todo el mundo, su mujer in-

clusiva, es zurrado á su vez por Cheiton—el diablo—que al fin se lo lleva, con gran alegría de los espectadores.

Karagueuz es de cartón ó de madera; se presenta al público en forma de *Marionnette* ó de sombra chinesca; en ambos casos es igualmente bribón. Tiene entonaciones y actitudes que Guignol no habría sospechado; las caricias que prodiga á Mad. Karagueuz son de un sabor cómico irresistible. A veces Karagueuz interpela á los espectadores y se pelea con el público. Ocurre también que se permite libertades y ejecuta delante de todo el mundo actos inconvenientes, capaces de escandalizar á un capuchino. En Turquía no llama esto la atención; la censura nada encuentra que oponer, y todas las noches los buenos turcos, provistos de sus correspondientes farolillos, conducen á infinidad de niños á ese espectáculo que en Inglaterra haría enrojecer á un cuerpo de guardia.

He aquí uno de los rasgos característicos de las costumbres orientales. A juzgar por él, se creería que los musulmanes están mucho más desmoralizados que nosotros: conclusión completamente gratuita.

Los teatros de Karagueuz se abren el 1.º del mes lunar del Ramazán, y las funciones duran treinta días.

Pasado el mes, se desmonta y recoge el teatro. Karagueuz vuelve á entrar en su caja, de donde no le es permitido salir, bajo ningún pretexto, hasta el siguiente año.

Pera me aburría, y me he mudado. Habito en la antigua Stambul...; aún más allá de Stambul, en el barrio santo de Eyoub.

Me llamo aquí Arif-Effendi; mi nombre y mi posición son desconocidos. Los buenos musulmanes, mis vecinos, no se forjan ninguna ilusión acerca de mi nacionalidad; pero esto les importa tan poco como á mí.

Estoy á dos horas del *Deerhound*, casi en el campo, en una casa donde no vive nadie más que yo. El barrio es pintoresco y de puro aspecto turco; una calle de aldea, en la que reina durante el día una animación original; bazares, cafés, tiendas y graves derviches fumando sus pipas bajo los almendros.

Una plaza que adorna antigua fuente de mármol blanco es el punto de cita de todos los visitantes que llegan del interior, gitanos, saltimbanquis, domadores de osos. En esta plaza hay una casa aislada; es la nuestra.

En la parte baja se encuentran el vestíbulo, embadurnado de cal, blanca como la nieve, y un departamento vacío, que sólo abrimos por la noche para ver si alguien se ha escondido en él; Samuel piensa que es muy visitado.

En el primer piso está mi habitación, con tres ventanas que dan á la plaza de que he hablado, el cuartito de Samuel y el *haremlike* que se abre al Oriente, sobre el Cuerno de Oro.

Se sube aún otra escalera, y se halla uno en el tejado, dispuesto en forma de terraza, al uso árabe. Le da sombra una parra cuyas hojas amarillean ya al soplo del viento de Noviembre.

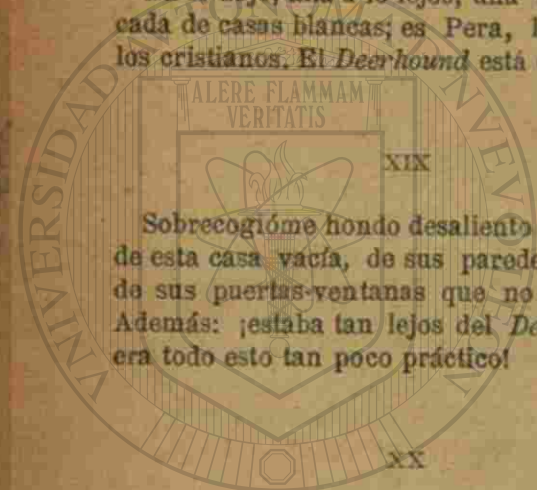
Junto á la casa se alza una antigua mezquita de aldea. Cuando el *muezzin*, que es amigo mío, sube al minarete, se coloca á la altura de mi terraza, y antes de cantar la oración me dirige un saludo amistoso.

Se goza desde aquí de una hermosa vista. En el fondo del Cuerno de Oro el sombrío paisaje de Eyoub, la santa mezquita que parece surgir en medio de un bosque misterioso de árboles antiguos, y detrás colinas tristes, matizadas de tintas oscuras, y sembrados de mármoles, cementerios inmensos, una verdadera ciudad de muertos.

A la derecha del Cuerno de Oro, surcado por millares de caiques dorados, toda Stambul, con-

templada á vista de pájaro, con sus mezquitas que se entrecruzan, confundiéndose cúpulas y minarettes.

En lo bajo, allá á lo lejos, una colina salpicada de casas blancas; es Pera, la ciudad de los cristianos. El *Deerhound* está detrás.



Sobrecogíome hondo desaliento en presencia de esta casa vacía, de sus paredes desnudas, de sus puertas-ventanas que no encajaban. Además: ¡estaba tan lejos del *Deerhound*! ¡Y era todo esto tan poco práctico!

Samuel se ha llevado ocho días fregando, blanqueando y calafateando. Hemos clavado en el suelo blancos lienzos, que lo tapizan por completo: uso turco, limpio y cómodo. Completan esta primera instalación, que es por el momento una instalación modesta, cortinas en las ventanas y un ancho diván, cubierto de tela, donde campean grandes ramos rojos.

Con esto ha cambiado ya la vista de la habi-

tación. Entreveo la posibilidad de transformar en casa estas cuatro paredes, donde soplan todos los vientos, y me parece su aspecto menos desolado. Sin embargo, es necesario su presencia; me había prometido venir, y acaso sólo por ella me he aislado del mundo.

Soy casi en Eyoub el niño mimado del barrio, y á Samuel también se le aprecia mucho.

Mis vecinos me miraban al principio con desconfianza; mas al cabo se han resuelto á colmar de atenciones al amable extranjero que Allah les envía, aunque todo lo consideren enigmático en su persona y en sus actos.

El derviche Hassán-Effendi ha sentado las siguientes conclusiones, después de una visita de dos largas horas.

—Eres un mozo inverosímil, y es tu conducta verdaderamente notable. Tienes muy corta edad, ó al menos así lo parece, y sin embargo gozas de una independencia tal que pocos ancianos logran conquistarla semejante. Ignoramos de dónde vienes, y careces de medios conocidos de existencia. Has recorrido ya las cinco partes del mundo; posees mayor caudal de conocimientos que nuestros ulemas; nada ignoras, y todo lo has visto; cuentas veinte años, quizás veintidós, y toda una larga vida humana no bastaría á explicar tu pasado misterioso. Ocu-

parías un lugar preeminente en la sociedad europea de Pera, y te encierras en Eyoub; llama la atención tu extraña intimidad con un vagabundo iraelita. En fin, te repito que eres un mozo inverosímil, pero no importa; me agrada mucho tu compañía, y me complace que hayas venido á establecerte entre nosotros.



XXI

Ceremonia del *Surréhumayoun*.—Partida de los regalos imperiales para la Meca.

Todos los años va, en nombre del Sultán, á la ciudad santa una caravana portadora de presentes.

Parte el cortejo del palacio de Dolma-Baghtché embarcándose en la escala de Top-Hane, con rumbo á Scútari de Asia.

Marcha al frente un grupo de árabes que danzan al toque del *tam-tam* y agitan en el aire largas lanzas, adornadas de banderolas doradas.

Avanzan gravemente los camellos, con plumas de avestruz en la cabeza, cargados de ricos fardos que contienen tejidos de brocado de oro, donde hay prendidas piedras preciosas. En estos fardos van los regalos más espléndidos.

Mulas empnachadas conducen el resto del

tributo del Califa, en cajones forrados de terciopelo rojo, bordado de oro.

Los ulemas, los grandes dignatarios, siguen á caballo, y las tropas forman en la carrera.

Hay cuarenta días de camino entre Stambul y la Ciudad Santa.

XXII

Eyoub es un país verdaderamente fúnebre en estas tristes noches de Noviembre; las primeras que pasé en esta soledad, la tristeza pesaba sobre mi corazón, y agobiaban mi alma extraños sentimientos.

Al cerrar la puerta, cuando la oscuridad invadió por vez primera mi pobre casa, mortal melancolía me envolvió como un sudario.

Encendí mi linterna (se lleva á la cárcel en Stambul á los transeuntes nocturnos que van á oscuras), y salí á la calle; pero en Eyoub todo está mudo y silencioso á las siete de la tarde. Los turcos se acuestan con el sol y aseguran sus puertas con cerrojos.

De trecho en trecho, alguna luz dibuja en el empedrado el enrejado de una ventana; pero no miréis hacia dentro; esta luz es una lámpara funeraria que sólo alumbrá grandes catafalcos, coronados de turbantes. Se os degollaría al pie

mismo de aquellas rejas, sin que ningún socorro humano pudiese venir en vuestro auxilio. Estas luces que tiemblan hasta que brillan los primeros resplandores del alba, son menos tranquilizadores que la oscuridad.

En todos los rincones de las calles se encuentra en Stambul esta habitación de cadáveres,

Y aquí, muy cerca de nosotros, no bien salva da la población, se halla en medio de grandes cementerios, recorrido por bandas de malhechores que, después de haberos saqueado, os entierran allí mismo, sin que después la policía turca pueda hacer nada para evitarlo.

Un vigilante nocturno me obligó á entrar en casa, después de haberse informado de la causa de mi paseo, que le pareció inexplicable y un tanto sospechoso.

Por fortuna, hay muy bravos mozos entre la vigilantes nocturnos, y en especial el encargado de vigilar las calles y avenidas misteriosas inmediatas á Eyoub, fué siempre de una discreción irrepachable.

XXIII

«Puede encontrarse un compañero, nunca un amigo fiel.»

«Si recorréis el mundo entero, no hallaréis tal vez un solo amigo...»

(Pensamientos de una antigua poesía oriental.)

XXIV

LOTI Á SU HERMANA, EN BRIGHTBURY

Eyoub... 1876.

«...Abrirte mi corazón es cada vez más difícil, porque á cada momento tu punto de vista y el mío se alejan más. La idea cristiana siguió flotando largo tiempo en mi imaginación, aun después que me hubo abandonado. Tenía para mí cierto encanto vago y consolador; hoy ha perdido todo su prestigio: no conozco nada tan vano, tan falaz, ni tan inadmisible.

»He pasado horas crueles; he sufrido horriblemente, bien lo sabes.

»Descaba casarme, te lo había dicho; te había confiado el encargo de buscar una joven digna de vivir bajo nuestro techo, al lado de nuestra anciana madre. Te ruego no pienses más en eso: haría, de seguro, desgraciada á la mujer con quien me casase; prefiero seguir mi vida de placeres...

»Te escribo en mi triste casa de Eyoub: de jo

mismo de aquellas rejas, sin que ningún socorro humano pudiese venir en vuestro auxilio. Estas luces que tiemblan hasta que brillan los primeros resplandores del alba, son menos tranquilizadores que la oscuridad.

En todos los rincones de las calles se encuentra en Stambul esta habitación de cadáveres,

Y aquí, muy cerca de nosotros, no bien salva da la población, se halla en medio de grandes cementerios, recorrido por bandas de malhechores que, después de haberos saqueado, os entierran allí mismo, sin que después la policía turca pueda hacer nada para evitarlo.

Un vigilante nocturno me obligó á entrar en casa, después de haberse informado de la causa de mi paseo, que le pareció inexplicable y un tanto sospechoso.

Por fortuna, hay muy bravos mozos entre la vigilantes nocturnos, y en especial el encargado de vigilar las calles y avenidas misteriosas inmediatas á Eyoub, fué siempre de una discreción irrepachable.

XXIII

«Puede encontrarse un compañero, nunca un amigo fiel.»

«Si recorréis el mundo entero, no hallaréis tal vez un solo amigo...»

(Pensamientos de una antigua poesía oriental.)

XXIV

LOTI Á SU HERMANA, EN BRIGHTBURY

Eyoub... 1876.

«...Abrirte mi corazón escada vez más difícil, porque á cada momento tu punto de vista y el mío se alejan más. La idea cristiana siguió flotando largo tiempo en mi imaginación, aun después que me hubo abandonado. Tenía para mí cierto encanto vago y consolador; hoy ha perdido todo su prestigio: no conozco nada tan vano, tan falaz, ni tan inadmisible.

»He pasado horas crueles; he sufrido horriblemente, bien lo sabes.

»Descaba casarme, te lo había dicho; te había confiado el encargo de buscar una joven digna de vivir bajo nuestro techo, al lado de nuestra anciana madre. Te ruego no pienses más en eso: haría, de seguro, desgraciada á la mujer con quien me casase; prefiero seguir mi vida de placeres...

»Te escribo en mi triste casa de Eyoub: de jo

que transcurran las horas sin dirigir la palabra á alma viviente, como no sea á un muchacho llamado Yusuf, á quien ya voy acostumbrando á que me entienda por signos, para ahorrarme el enojo de de hablar.

»Te he dicho que no creen el cariño de nadie; es verdad, y me ratifico en ello. Tengo algunos amigos, que aparentan profesarme verdadero afecto, pero no doy el menor valor á sus demostraciones. Samuel, que acaba de partir, es quizás el único que me quiere; pero tampoco me forjo ilusiones; no hay por su parte más que un gran entusiasmo daníño. Cualquiera día volará como humo y volveré á encontrarme completamente solo.

»Respecto de ti, hermana mía, creo hasta cierto punto en tu ternura: acaso no es más que cuestión de costumbre; pero, por otra parte, es menester creer en algo. Si se verdad que me amas, dímelo, házme lo ver... Tengo necesidad de ligarme á algo, á alguien... Siento que me falta la tierra bajo los pies; que el vacío se ahonda en torno mío... Experimento angustias profundísimas.

»Mientras viva nuestra buena y anciana madre, seguiré siendo en apariencia lo que ahora soy. Cuando no exista, iré á decirte adiós, y desapareceré sin dejar huella ninguna.»

XXV

LOTI Á PLUMKETT

Eyoab 15 de Noviembre de 1876.

»Detrás de esta fantasmagoría oriental que rodea mi existencia, detrás de Arif-Effendi, hay un pobre muchacho, triste la mayor parte del tiempo, que siente con frecuencia frío mortal en el corazón. Hay pocas personas con las cuales este pobre muchacho, muy reservado por naturaleza, converse de vez en cuando con alguna familiaridad; pero usted es de esas personas. Haga lo que quiera, Plumkett, no soy feliz; con ningún expediente logro aturdirme. Mi corazón es víctima del tedio y de la amargura.

»En mi aislamiento, he contraído estrechos lazos de amistad con un vagabundo, que he recogido en los muelles de Salónica; se llama Samuel. Su corazón es sencillo y recto. Como diría Raoul de Mangis, es un diamante en bruto, encerrado en una tosca piedra. Además, su carácter es ingenuo y original; me aburro menos cuando le tengo á mi lado.

»Le escribo á usted en esa hora melancólica

de los crepúsculos de invierno; no se oye en los alrededores más que la voz del *muezzin* que canta tristemente, en honor de Allah, su oración secular.

»Las imágenes del pasado se presentan á mi espíritu con punzante viveza; los objetos que me rodean tienen aspecto siniestro y desolado, y me pregunto qué es lo que he venido á hacer en este retiro de Eyoub.

»¡Si siquiera estuviese aquí *ella*... mi amada Aziyadé!...

»La espero siempre, pero ¡ay! como esperaba sor Ana...

»Echo las cortinas; enciendo la lámpara y el brasero; cambia la decoración, y con ella mis ideas. Continúo mi carta delante de una llama alegre, envuelto en un manto de pieles, con los pies sobre una gruesa alfombra de Turquía. Por un momento creo que soy un derviche, y esto me entretiene.

»No sé qué contarle á usted de mi vida, Plumkett, para distraerle; los asuntos abundan, pero la dificultad estriba en la elección. Por otra parte, lo pasado, pasado está; ¿no es así? Y ya no nos interesa.

»Varias queridas, de las cuales no he amado á ninguna; muchas peripecias, gran número de excursiones, á pie y á caballo, por

montes y valles, con un compañero singular, Samuel; no tengo otro amigo; no veo donde quiera más que rostros desconocidos, indiferentes ó antipáticos; no pocas deudas; judíos á mis alcances; pantuflas y trajes bordados; la muerte en el alma y el vacío en el corazón.

»He aquí cuál es la situación, hoy 15 de Noviembre, á las diez de la noche.

»Ha comenzado el invierno; una lluvia fina y fría y un viento impetuoso azotan los cristales de mi triste casa; no se oye más ruido que el suyo, y la vieja lámpara turca que pende sobre mi cabeza es la única luz encendida á esta hora en Eyoub. ¡Sombrio país éste de Eyoub corazón del Islam; aquí está la santa mezquita donde se consagran los Sultanes; no hay en este arrabal, el más musulmán y el más fanático de todos, otros habitantes que viejos derviches feroces y los guardianes de las santas tumbas!

»Decía á usted que su amigo Loti está solo en su casa, muy bien abrigado con su manto de pieles de zorra, y á punto de creerse él mismo un derviche.

»Ha echado los cerrojos á las puertas, y gusta el bienestar egoísta del propio domicilio; bienestar mayor cuanto peor se está fuera, expuesto á la tempestad, en este país poco seguro é inhospitalario.

»La habitación que ocupa Loti, como todas las cosas muy vetustas, inclina á los sueños y á las meditaciones profundas; el techo, de roble esculpido, ha debido cobijar singulares huéspedes y ocultar más de un drama.

»El aspecto del conjunto conserva el aire primitivo. El suelo desaparece bajo lienzos y tupidas alfombras, que constituyen todo el lujo de mi alojamiento; y para no manchar los unos ni los otros, se deja el calzado á la puerta, conforme al uso turco. Apenas hay otros muebles que un diván muy bajo y algunos cojines colocados en el suelo: tiene esta cámara el sello de la indolencia sensual que caracteriza á los pueblos orientales.

»Hay colgados en las paredes objetos decorativos y armas; se leen por todas partes versículos del Korán, mezclados con flores extrañas y animales fantásticos.

»Al lado está el *haremlike*, como decimos en turco, ó departamento destinado á las mujeres. Está vacío; también él espera á Aziyadé, que debería ya ocuparlo, si hubiese cumplido su promesa.

»Hay otra habitación, contigua á la mía como la anterior, que está igualmente vacía; es la de Samuel, que ha ido á Salónica en busca de noticias relativas á la mujer de los ojos verdes, y tampoco parece regresar.

»Sin embargo, si ella no viniese, otra la reemplazaría; pero el efecto producido sería muy distinto. Casi la amaba; por ella casi me he hecho turco.»

XXVI

Á LOTI, DE SU HERMANA

Brightbury, 1876.

«Querido hermano:

»Desde ayer vivo en la desesperación que me ha producido tu carta... ¡Quieres desaparecer! El día, tal vez próximo por desgracia, en que nuestra madre bien amada nos abandone, huirás, me dejarás para siempre. ¡Adiós nuestros recuerdos, adiós nuestro pasado, la vieja casa de Brightbury vendida, los objetos aún amados dispersos, y tú, que no habrás muerto, pero que tendrás clavadas en el alma las garras de Satanás, en algún oscuro rincón, ignorado y desconocido, donde sufrirás y envejecerás... ¡Que Dios te envíe más bien la muerte! Entonces lloraré, entonces sabré que es fuerza que se produzca el vacío; sufriré, me resignaré, bajaré la cabeza.

»Tus palabras me sublevan y me arrancan lá-

grimas de sangre. Lo harías, pues, como lo dices, con el semblante tranquilo, con el corazón seco, con los ojos enjutos, porque presumes seguir un hilo fatal y maldito, porque no soy nada en tu existencia... Tu vida es mi vida... No hay un solo rincón de mi alma donde no esté impresa tu imagen, que no sea tuyo; si me abandonas, se hará el vacío en mi ser, y moriré.

He perdido á mi hermano, ya lo sé—cuestión de tiempo, de algunos meses quizás;—lo he perdido para siempre en el tiempo y la eternidad: ha muerto de mil muertes. Y todo se hunde y todo se rompe. He lo ahí al niño querido, que ha caído en un abismo insondable, en el abismo de los abismos. Sufre, le falta el aire, la luz, el sol: se ve exánime; sus miradas no se apartan del fondo; no levanta la cabeza, no puede hacerlo; el príncipe de las tinieblas se lo prohíbe... A veces, sin embargo, quiere resistir la atracción. Oye una voz distante que le ha arrullado en la cuna; pero el príncipe infernal le repite: «¡vanidad, mentira, locura!» Y el pobre niño, atado, agarrotado, desagrándose, moribundo, habiendo aprendido de su maestro á llamar bien al mal, y mal al bien, ¿qué hace? Se sonríe.

»Nada me sorprende en tu pobre alma, traba-

jada y apenada, nada, ni aun la sonrisa burlona de Satanás... Todo lo encuentro material.

»Se ha apagado en ti, hermano mío, esa sed de honradez de que me hablas. Ya no buscas á la joven compañera, dulce y modesta, tierna, fresca y bonita; joven amable que hubiera sido la madre de algunos chiquitines ¡que yo habría querido tanto!... La veía yo en el antiguo salón, sentada bajo los viejos retratos...

»Un viento de corrupción ha soplado en tu alma. Este hermano, cuyo corazón no puede vivir sin afecciones, que tiene hambre y sed de ellas, las rechaza, rechaza todas las afecciones puras. Envejecerá, y no tendrá nadie á su lado que enjague y bese su frente; sus queridas se reirán de él; ¡ya nada podrá darles! Y entonces, abandonado, desesperado... entonces morirá.

»Cuanto más desgraciado, perturbado, combatido, desconfiado te veo, más te quiero. ¡Ah, mi muy amado hermano! ¡si volvieras á la vida! ¡Si Dios quisiera! ¡Si vieses el desconsuelo de mi corazón! ¡Si comprendieras el fervor de mis oraciones!

»Pero el miedo, el enojo de la conversión, los terrores sombríos de la vida cristiana... La conversión: ¿qué palabra tan innoble! Sermones enfadosos, una austeridad sin color, sin luz; nada más que palabras sonoras, *patois de Cha-*

naan... ¿Acaso puede esto seducirte? Pero esto no es Jesús, y el Jesús que tú te imaginas no es el dueño radioso que conozco y á quien adoro. No te inspirará temor, ni enojo, ni deseo de alejarte. Sufres mucho, te mata el dolor... Llorará contigo.

»Oro de continuo, mi querido hermano; nunca tu pensamiento ha llenado tanto mi corazón...

»No sé cuándo será; quizás dentro de diez años, quizás dentro de veinte; pero abrigo el convencimiento de que volverás á creer. Acaso yo no lo vea; ¡quién sabe si para entonces habrá muerto! pero entretanto esperaré y oraré.

»Pienso que he escrito demasiado. ¡Tantas páginas! ¡Qué fastidio tener que leerlas! ¿Llegará un día en que no leas mis cartas?»

XXVII

—¡Viejo Kairoullah, dije: tráeme mujeres!
El viejo Kairoullah estaba sentado en el suelo, delante de mí, recogido entre sí mismo como un insecto venenoso é inmundó: su cráneo calvo y puntiagudo brillaba á la luz de mi lámpara.

Eran las ocho de la noche, y el barrio de

Eyoub estaba negro y silencioso como una tumba.

El viejo Kairoullah tenía un hijo de doce años, llamado José, hermoso como un ángel, y á quien al parecer adoraba.

Aparte de este detalle, era el más perfecto de los miserables. Ejercía todos los oficios tenebrosos del viejo judío vagabundo de Stambul, y entre ellos, y principalmente, uno por el cual sostenía frecuentes relaciones con el Yuzbachi Suleiman, y varios amigos musulmanes.

Era, sin embargo, admitido y tolerado en todas partes por la razón sencilla que, desde hacía largo tiempo, se habían habituado á verle.

Cuando alguien se lo encontraba en la calle, le decía: «buenos días, Kairoullah,» y hasta tocaba la punta de sus largos dedos velludos.

El viejo Kairoullah reflexionó profundamente antes de contestarme; después exclamó:—Señor Marketo, en este momento las mujeres cuestan muy caras. Pero, agregó, hay distracciones más económicas, que esta misma tarde puedo ofrecer á usted. Un poco de música, por ejemplo, podrá agradaarle sin duda.

Pronunciada esta frase enigmática, encendió su farol, se puso la pelliza y los zuecos, y desapareció.

Media hora después, las colgaduras de la puerta de mi habitación se abrían para dar paso á seis muchachos israelitas, vestidos con túnicas de pieles, rojas, azules, verdes y de color de naranja. Kairoullah los acompañaba, y venía también otro viejo, aún mas horrible que él.

Todo el cortejo se sentó en el suelo, haciendo gran reverencia; yo, por mi parte, permanecía tan impasible é inmóvil como un ídolo egipcio.

Estos niños llevaban pequeñas arpas doradas, por cuyas cuerdas comenzaron á pasear sus dedos, cargados de anillos y sortijas. Resultó una música original, que escuché durante breve rato en silencio.

—¿Qué tal, Sr. Marketo? me dijo Kairoullah, inclinándose á mi oído.

Había comprendido la situación, y no manifesté la menor sorpresa; tuve, sin embargo, curiosidad por ver hasta dónde llegaba la abyección humana.

—Viejo Kairoullah, exclamé: tu hijo es mucho más hermoso...

El viejo Kairoullah reflexionó un momento, y contestó...

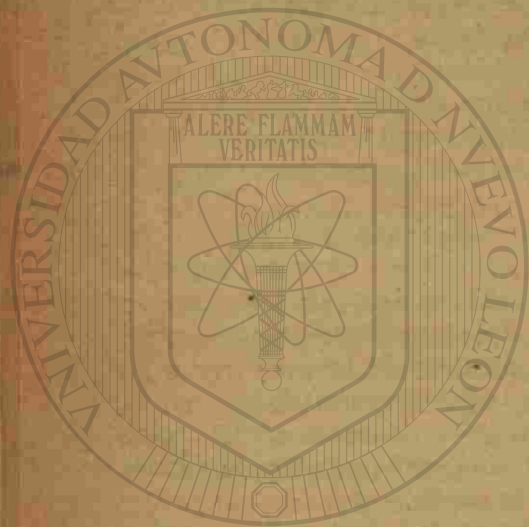
...Cuando hube arrojado á aquella gente como á un tropel de bestias inmundas, ví aso-

mar de nuevo la cabeza prolongada del viejo Kairoullah, que separó sin miedo la colgadura.

—Señor Marketo, dijo, ¡tenga usted piedad de mí! Vivo muy lejos y se cree que soy rico. Más valdría que usted me matase con su propia mano, que no me pusiera á la puerta á hora semejante. Déjeme usted dormir en un rincón de su casa, y le juro á usted partir antes del alba.

Me faltó valor para echar á aquel viejo que se habría muerto de frío y de miedo, suponiendo que no le hubieran asesinado. Me contenté con señalar un rincón, donde estuvo acurrucado toda la noche, tiritando bajo su ropón raído. Le oía chocar los dientes: una tos profunda, parecida al estertor, salía de su pecho; me dió compasión, y me levanté para tirarle un tapiz que le sirvió de manta.

Al despuntar el alba, le dí orden de desaparecer, aconsejándole que no volviera á cruzar el dintel de mi puerta ni á ponerse jamás en mi camino.



III

EYOUB PARA DOS

I

Eyoub 4 de Diciembre de 1876.

Me habían dicho: «¡Ha llegado!» Y desde entonces vivía con la fiebre de la esperanza.

—Esta noche, me confió Kadridja (la vieja negra que en Salónica acompañaba á Aziyadé en la barca, arriesgando la vida para complacer á su señora), esta noche un *caïque* la traerá á la escala de Eyoub, delante de tu casa.

Y yo esperaba desde hacía tres horas.

El día había estado bello y luminoso; en el *Cuerno de Oro* se notaba una actividad inusitada; á la caída de la tarde, millares de *caïques* ganaban la escala de Eyoub; en ellos regresaban á su tranquilo arrabal los turcos que por causa de sus negocios había ido á los centros populares de Constantinopla, á Gálata ó al Gran Bazar.

Ya empezaban á conocerme en Eyoub, y á decirme:

— Buenas tardes, Arif: ¿qué espera usted aquí?

Se sabía muy bien que no podía llamarme Arif, y que era un cristiano llegado del Occidente; pero mi capricho oriental no inspiraba recelos á nadie, y hasta se me daba el nombre que había elegido.

II

(Portia) ¡Rayo del cielo! ¡Portia, tu mano; soy yo!

(ALFREDO DE MUSSET: Portia.)

Dos largas horas llevaba ya de puesto el sol, cuando un último *caique*, saliendo de Azar-Kapou, avanzó solo; Samuel remaba; una mujer velada estaba sentada en la popa sobre cojines. Ví que era ella...

Al saltar en tierra Aziyadé, no quedaba nada en la plaza de la Mezquita; la noche estaba fría.

Tomé su mano sin decir una palabra y la arrastré corriendo hacia mi casa, olvidando al pobre Samuel, que se quedó en la calle...

Y cuando el sueño, imposible se vió cumpli-

do; cuando estuvo aquí, en esta cámara preparada para ella, á solas conmigo, detrás de las dos puertas protegidas por barras de hierro, sólo pude echarme á sus pies, abrazando sus rodillas. Comprendí que la había deseado locamente. Estaba como anonadado.

Entonces oí su voz. Por vez primera hablaba y la comprendía. ¡Qué grato arrobamiento! Y no hallaba yo una sola palabra en esta lengua turca que había aprendido únicamente para entenderme con ella; le contestaba en mi idioma nativo, en el viejo inglés incoherente, que yo mismo no entendía.

— *Severim, Loti!* (Te amo, Loti, decía; te amo.)

Antes que Aziyadé me habían dicho otras las mismas palabras; pero esta dulce música del amor hería por vez primera, en lengua turca, mis oídos.

¡Música deliciosa, olvidada por mí! ¿Es posible que vuelva á oír surgir del corazón puro de una joven; con tal embriaguez que me parece no haberla escuchado jamás, y que vibre como un canto celeste en mi alma fatigada?...

Entonces la levanté en mis brazos, coloqué su cabeza bajo un rayo de luz para contemplarla mejor, y exclamé:

— Repítelo; dílo otra vez.

Y mi pasión brotó en un raudal de palabras los pensamientos acudían á mi mente al par que las voces turcas. Le dirigí multitud de preguntas, diciéndole:

—¡Contéstame!

Ella me miraba con éxtasis, de hito en hito, absorta, transportada; pero parecía no entenderme.

—Aziyadé, le dije: ¿no me comprendes?

—No, respondió.

Y graves, acentuadas, salieron de su boca estas palabras, dulces y salvajes:

—*Senin laş yemek isterim!* (Loti, quisiera comerme el sonido de tu voz.)

III

Eyoub, Diciembre de 1876.

Aziyadé habla poco; se sonríe con frecuencia, pero no se ríe jamás; á su paso no se oye el menor ruido; sus movimientos son flexibles, ondulantes, tranquilos, silenciosos. Se la tomaría por un duendecillo misterioso que se desvanece al rayar el alba y que vuelve con la noche, á la hora de los aparecidos y de las fantasmas.

Tiene algo como luz propia, y parece iluminar los lugares por donde pasa. Se buscan ra-

yos en torno de su cabeza infantil y seria, y se encuentran, en efecto, cuando la luz se refleja en sus cabellos impalpables, rebeldes al peinado, que forman un marco encantador en torno de sus mejillas y de su frente.

Se figura que estos cabellos le afean, y pasa todas las mañanas más de una hora empeñada en la vana tarea de querer sujetarlos. Este trabajo, y el de pintarse las uñas de rojo naranja, son sus dos principales ocupaciones.

Es perezosa, como todas las mujeres criadas en Turquía; sin embargo, sabe bordar, hacer agua de rosas y escribir su nombre. Lo escribe por todas partes en las paredes, con tanta seriedad como si se tratase de una obra importante. Despunta todos mis lápices en este trabajo.

Aziyadé me comunica sus pensamientos más bien con los ojos que con los labios. La expresión de aquéllos cambia y varía con pasmosa rapidez. Está tan fuerte en la pantomima de la mirada, que podría hablar aún mucho menos, ó dispensarse de pronunciar una palabra.

Le ocurre á menudo contestar á ciertas preguntas, cantando pasajes de algunas canciones turcas; y esta manera de hacer citas, que sería insípida en una europea, tiene en ella un atractivo extraordinario.

Su voz es grave, aunque muy joven y fresca; generalmente no emplea más que notas bajas, y las aspiraciones de la lengua turca le dan á veces tonos broncos.

Aziyadé tiene dieciocho ó diecinueve años. Es capaz de tomar bruscamente por sí misma resoluciones extremas, y de seguir las después con tesón invencible, sin pararse en dificultades ni peligros.

IV

Antes, en Salónica, cuando era preciso arriesgar la vida de Samuel y la mía para pasar á su lado una hora solamente, me había forjado el sueño insensato de ir á vivir con ella en un rincón ignorado en cualquier parte del Oriente, adonde el pobre Samuel también nos acompañaría. Hoy casi he realizado este sueño, contrario á todas las ideas musulmanas, imposible bajo muchos aspectos.

Constantinopla es el único sitio donde puede hacerse semejante cosa; es el verdadero destierro de hombres, de que París era antes el tipo; un conjunto de extensas poblaciones en que cada cual vive á sus anchas, sin molestias de ningún género, donde es fácil tener simultá-

neamente varias personalidades: Loti, Arif y Marketo.

...Dejemos que sople el viento de invierno; dejemos que los huracanes de Diciembre doblen las cerraduras de nuestras puertas y las rejas de nuestras ventanas.

Protegidos por pesados barrotes de hierro, por todo un arsenal de armas cargadas, por la inviolabilidad del domicilio turco, sentados delante del brasero de cobre... ¡querida Aziyadé, qué bien se está en nuestra casa!

V

LOTI Á SU HERMANA, BRIGHTBURY

«Querida hermanita:

»Acúsame de dureza ó ingratitud por no haberte escrito más pronto. Tendrás razón. Te he hecho mucho daño; lo dices, y te creo. Desgraciadamente, cuando te escribía lo pensaba; lo pienso aún. Soy impotente para remediar el mal que te he causado; sin duda he obrado con torpeza al dejarte ver el fondo de mi corazón... pero tal fué tu voluntad.

»Creo que me amas; si faltasen otras pruebas, tus cartas bastarían á demostrármelo.

Por mi parte también te amo, y no lo ignoras.

»Me dices que necesitaría interesarme en alguna empresa buena y honrada y poner en ella todo mi corazón. Pero tenemos á nuestra buena y anciana madre: su cariño hoy es el único fin de mi vida, el fin que á mí mismo me he señalado. Por ella afecto cierta alegría y valor; por ella no renunció al lado positivo y razonable de mi existencia; por ella sigo siendo Loti, oficial de la Marina.

»Soy de tu opinión; no conozco nada tan repugnante como un viejo vicioso, extenuado por los excesos, lleno de alifafes; todo el mundo le abandona. Pero no llegaré á esta situación; cuando haya perdido mi vigor, mi salud, mi juventud; cuando no pueda ser amado, entonces desapareceré.

»Pero en este punto no me has comprendido bien; al decirte que desapareceré, quiero decirte que habré muerto.

»Por vosotras, por ti, haré á mi vuelta un supremo esfuerzo. Tal vez cambien ahí mis ideas; si vosotras me elegís una joven que améis, procuraré amarla en obsequio á vosotras y ligar mi existencia á esta afección.

»Puesto que he hablado de Aziyadé, puedo decirte que ha vuelto. Me ama con toda su alma, y no cree que sea capaz de abandonarla nunca.

Samuel ha regresado con ella; ambos me rodean de tanto cariño, que no me acuerdo del pasado; olvido á los ingratos, y algo también á los ausentes...»

VI

Poco á poco, la casa de Arif Effendi se ha ido transformando. Antes era una vivienda modestísima, hoy es una habitación lujosa; tapices de Persia, colgaduras de Smirna, vajilla vistosa, armas; he ido adquiriendo estos objetos uno á uno, no sin trabajo, y esta manera de amueblar y alhajar una casa tiene sus encantos.

La ruleta ha proporcionado telas de satén azul con rojas flores bordadas, despojos del Serrallo; y las paredes antes desnudas, están hoy tapizadas de seda. Este lujo, oculto en un tabuco aislado, parece una visión fantástica.

Aziyadé trae todas las noches algún objeto nuevo; la casa de Abeddin Effendi es un verdadero museo, lleno de antigüedades, y las mujeres tienen el derecho, dice ella, de hacer préstamos por cuenta de sus señores.

Cuando el sueño haya terminado, devolveré lo ajeno y venderé lo mío.

VII

¡Qué hermosa vida la de Oriente! ¡Qué bien se goza de la libertad! ¡Qué magníficos paseos al aire libre! ¡Qué algazara y bullicio en Sтамбуll!

Partir por la mañana del Atmeidán para llegar por la noche á Eyoub; dar, con el gorro en la mano, una vuelta por las mezquitas; detenerse en todos los cafés, en las tiendas, en los mausoleos, en los baños y en las plazas; beber rico café de la Arabia en las microscópicas tazas con pies de cobre; sentarse al sol y embriagarse dulcemente con el humo de la pipa; conversar con los derviches y los transeuntes; ser uno mismo una figura de este cuadro, lleno de movimiento y de luz; vivir libre; pasar desconocido en medio de la indiferencia general, y pensar que en casa os espera por la noche la mujer bien amada.

¡Qué buen compañero de excursiones es mi joven amigo Achmet, ora alegre, ora pensativo, hombre del pueblo dado en extremo á la poesía, riéndose á mandíbulas batientes, y fiel hasta la muerte!

El cuadro se cubre de sombras á medida que

uno se acerca al antiguo Sтамбуl, al aproximarse al santo arrabal de Eyoub y á los grandes cementerios. Aún alegran la vista la sabana azul del mar de Mármara, las islas y montañas de Asia; pero los transeuntes escasean y las casas son tristes; tiene todo cierto sello de vetustez y de misterio, y los objetos exteriores parecen contar las historias feroces de la vieja Turquía.

Casi siempre ha cerrado la noche cuando llegamos á Eyoub, después de haber comido en cualquier parte, en alguno de esos bodegones turcos donde Achmet inspecciona personalmente la bondad de los comestibles y el esmero y limpieza de la preparación.

VIII

Mi amigo Achmet tiene veinte años, según el cálculo de su anciano padre Ibrahim; veintidós años, según la cuenta de su anciana madre Fátima: los turcos no saben nunca su edad. Físicamente, es un muchacho bajo, pero fuerte como un Hércules. Delgado y de color bronceado, quien no le conociese, supondría en él una constitución delicada; tiene nariz aguileña, boca pequeñísima, ojillos muy expresivos, que ya velan

sombras de triste dulzura, ya centellean de alegría é ingenio. Ofrece un conjunto original y lleno de interés.

Mozo extraño que canta como un pájaro, que expresa las ideas más cómicas con la mayor originalidad, que alimenta sentimientos de honradez excesiva y de honor cosquilloso. No sabe leer y pasa la vida á caballo. De carácter generoso, siempre abierta la mano, reparte la mitad de su haber entre los viejos mendigos de las calles. Dos caballos que alquila al público continúan toda su fortuna.

Achmet ha tardado dos días en averiguar quién era yo, y me ha prometido guardar secreto á condición de ser considerado en adelante como amigo íntimo. Poco á poco se ha impuesto, y es hoy de la familia. Caballero sirviente de Aziyadé, está celoso por ella, más que ella, y me espía, en servicio suyo, con la destreza de un experto polizonte.

—Tómame por criado, me dijo un día, en lugar de ese pequeño Yusuf, que es ratero y poco limpio; me darás lo que quieras, si quieres darme alguna cosa; no seré más que un remedo de criado, pero viviré en tu casa y seré feliz.

IX

Un mes después, ofrecí, con aire irresoluto, dos *medjidiés* á Achmet, que es la misma paciencia; se puso verde de cólera y rompió dos cristales, que al día siguiente mandó colocar á sus expensas. Así quedó zanjada la cuestión de su salario.

X

Le ví una noche, en medio de mis estancias, golpeando en el suelo con el pie.

—*Sen tchok chéytan, Loti!... Andamadum sé nil!* (¡Eres el diablo, Loti!... ¡Eres muy malo, Loti! ¡No sé quién tú eres!)

Su brazo agitaba con cólera la ancha manga blanca; en su cabeza bailaba furiosamente la bellota de seda de su gorro.

Había trabado un complot con Aziyadé para retenerme en Turquía, y me ofrecía la mitad de su capital, uno de sus caballos; yo rehusaba, riéndome, y de aquí sus exclamaciones, su sorpresa y su cólera.

A partir de este día, le amo sinceramente.

¡Querida Aziyadé! Esfuerza su lógica; agota

sus lágrimas para que no me aleje nunca de Ştambul; el instante previsto de mi ida vela como negra nube sus horas de felicidad.

Y cuando nada le queda que hacer ni que decir, concluye:

Benim djan senin, Loti. (Mi alma es tuya, Loti.) Eres mi Dios, mi hermano, mi amigo, mi amante. Si te vas, ¡pobre Aziyadé! sus ojos se cerrarán; Aziyadé habrá muerto. Ahora haz lo que quieras, *ya lo sabes.*

Ya lo sabes, frase que no puede traducirse, que viene á significar, sobre poco más ó menos: «Soy una chiquilla; no soy capaz de comprenderte; me inclino ante tu resolución y te adoro.»

—Cuando te hayas marchado, me iré lejos, muy lejos, á lo más oculto de la montaña, y cantaré mi canción:

Cheytanlar, djinler
Kaplanlar duchmanlar,
Arslanlar, etc...

(Los diablos, los duendes, los tigres, los leones, los enemigos, pasan lejos de mi amigo...)

Y moriré de hambre en la montaña, cantando mi canción acordándome de ti.

Seguía la canción, entonada todas las noches con voz dulce; canción larga, monótona, com-

puesta sobre un ritmo extraño, con los intervalos imposibles y los tristes finales del Oriente.

Cuando deje á Ştambul; cuando me separe de ella para siempre, por espacio de mucho tiempo resonará en mi oído, durante la noche, la canción de Aziyadé.

XI

Á LOTI, DE SU HERMANA

Brightbury, Diciembre del 76.

«Querido hermano:

«He leído, y releído y vuelto á leer tu carta. Es lo único con que tengo que contentarme por ahora y puedo decir como el Sunamita que veía á su hijo muerto: «¡Todo va bien!»

«Tu pobre corazón está lleno de contradicciones, como todos los corazones doloridos que navegan al azar, sin rumbo ni brújula en el mar proceloso de la vida. Lanzas gritos de desesperación; crees que la fatalidad te persigue; diriges un llamamiento apasionado á mi ternura, y cuando no perdono medio de tranquilizarte, de animarte, resulta que olvidas á los ausentes y eres tan dichoso en ese rincón del

mundo, que no quieres verte nunca arrojado de tu Edén. Pero vuelve la vista hacia aquí: esto es lo permanente, lo inmutable; lo encontrarás de nuevo cuando esas dulces locuras hayan sido olvidadas y reemplazadas por otras; tal vez entonces lo mires con menos indiferencia.

»Querido hermano, me perteneces, perteneces á Dios, nos perteneces á nosotros. Tengo el firme convencimiento de ello; acaso un día, no muy distante, recobrarán el valor la confianza y la fe. ¡Oh ilusión mil veces bendita, la que me permite vivir y me permitirá morir sin pena y sin espanto! ¡Ilusión que anima al mundo desde hace muchos siglos, que ha dado aliento á los mártires y creado los grandes pueblos; que cambia el dolor en alegría; que grita con voz que se oye en todas partes; «amor, libertad, caridad!»

.....

XII

Hoy 10 de Diciembre, visita al Padishah.

La entrada, los patios, los corredores, el suelo, las paredes, todo es blanco como la nieve en el palacio de Dolma-Bagché. Piso de mármol, losas de mármol, gradas de mármol, los guardias del Sultán con uniforme de color escarlata;

los músicos con traje de color azul celeste, bordados de oro, los lacayos vestidos de verde manzana y amarillo capuchina se destacan, formando un contraste crudo y chillón sobre esta inverosímil blancura. En los áticos y las cornisas del palacio viven familias enteras de cornejas, de cuervos marinos y de cigüeñas.

En el interior, el golpe de vista es espléndido y magnífico. Los alabarderos forman la parada en las escaleras, tiesos é inmóviles bajo sus altos plumeros como momias doradas. Oficiales vestidos algo á lo Aladino, los mandan por medios de signos y movimientos.

El Sultán está grave, pálido, rendido, agobiado.

La recepción es corta; los saludos profundos. Retírase uno retrocediendo y encorvándose hasta el suelo.

El café se sirve en un gran salón que da al Bósforo.

Esclavos, de rodillas, encienden pipas de dos metros de longitud y boquilla de ámbar, adornadas con piedras preciosas, y cuyos cubos descansan sobre bandejas de plata.

Los *zarfs* (los pies de las tazas para el café) son también de plata cincelada, y están rodeados de gruesos diamantes tallados en rosa, de esmeraldas, rubíes y otras piedras.

XIII

En vano se buscaría en todo el Islam un esposo más infortunado que Abeddin-Effendi. El pobre viejo siempre está ausente en Asia, y sus cuatro mujeres (la de más edad tiene treinta años) viven en perfecta armonía, por rara casualidad, y se entienden como hábiles ladrones, guardándose mutuamente el secreto de sus aventuras.

La misma Aziyadé no es aborrecida, á pesar de su juventud y de su hermosura; sus compañeras no la venden.

Ella, por otra parte, tiene la misma categoría que ellas: una ceremonia cuyo alcance se le escapa, le ha dado, como á las demás, el título de *dama y de esposa*.

XIV

Decía á Aziyadé:

—¿Qué hace tu señor? ¿En qué ocupáis las largas horas del harén?

—¿Yo? respondía, me aburro; pienso en ti, Loti, miro tu retrato; toco tus cabellos, ó me

entretengo con diversos objetos de tu pertenencia que me llevo de aquí para que me acompañen en mi soledad.

Poseer el retrato y los cabellos de alguien era para Aziyadé cosa muy extraña, y en la cual no hubiera pensado sin mí; era algo contrario á sus ideas musulmanas: una innovación cristiana en la que hallaba cierto encanto, no exento de temor.

Menester fué que me amara mucho para consentirme que cortara un rizo de sus cabellos; el pensamiento de que podía morir antes de que creciesen y tener entonces que presentarse en el otro mundo con un mechón de menos, como un infiel, la hacía estremecerse.

—Pero, proseguía yo, antes de conocerme, ¿en qué te entretenías?

—Entonces, Loti, era casi una niña. Cuando te vi por primera vez no hacía aún diez lunas que estaba en el harén de Abeddin, y todavía no me fastidiaba. Encerrada en mi departamento, sentada en mi diván, fumaba cigarrillos ó hachisch, jugaba á las cartas con una sirvienta, Eminech, ú oía contar á Kadidja historias muy interesantes del país de los hombres negros.

Fenzilé-hannum me enseñaba á bordar, y nos distraíamos recibiendo á las damas de los otros harenes y devolviéndoles sus visitas.

Teníamos también algunas ocupaciones al lado de nuestro señor, y su coche para pasearnos. La carroza de Abeddin estaba á disposición de cada una de nosotras, por turno riguroso; pero preferíamos apretarnos un poco para salir y dar juntas nuestros paseos.

Relativamente, nos entendíamos muy bien. Fenzilé-hanum, que me quiere mucho, es la dama de más edad y más considerada del harén. Besmé se enoja por nada y la acometen á veces violentos arrebatos de cólera; pero se calma con facilidad y su enfado dura poco. Aiché es la más mala de nosotras cuatro; pero necesita de todo el mundo y no se atreve á chistar, porque es también la más culpable. ¡No ha tenido un día la audacia de introducir á su amante en su departamento!

Tal había sido también mi deseo más ardiente; entrar una vez siquiera en el departamento de Aziyadé para tener idea exacta del lugar en que mi bien amada pasaba su existencia. Habíamos discutido con frecuencia este proyecto, acerca del cual la misma Fenzilé-hanum había sido consultada; pero no lo habíamos puesto por obra, y cuanto mejor conozco las costumbres de Turquía, tanto más comprendo que la empresa era imposible.

—Nuestro harén, concluyó Aziyadé, se repu-

ta, sin embargo, como un modelo, por nuestra paciencia y la buena armonía que reina entre nosotras.

—¡Triste modelo de cualquier manera!

¡Y hay en Turquía otros muchos como este!

El mal ha entrado en él con la bonita Aiché-hanum.

El contagio se ha propagado rápidamente en dos años, y la casa del pobre viejo no es ya más que un foco de intrigas y enredos; no hay servidor que no haya sido sobornado. Aquella gran jaula, con tantas rejas y de aspecto tan severo, se ha convertido en una especie de caja de prestidigitador con puertas secretas y escaleras ocultas. Los pájaros prisioneros salen impunemente y vuelan en todas direcciones.

XV

Stambul 25 de Diciembre de 1876.

¡Hermosa noche de Navidad, clara, estrellada, fría!

A las once, desembarco del *Deerhound* al pie de la antigua mezquita de Foundoucli, cuya Media Luna brilla como un astro.

Achmet está esperándome, y comenzamos la

ascensión de Pera á la luz de las linternas, internándonos en las callejuelas tortuosas de los barrios turcos.

¡Gran conmoción entre los perros! Parece que se forma parte de un cuadro ilustrado por Gustavo Doré.

Estaba convidado en el barrio europeo á una fiesta de Navidad semejante á la que se celebra la misma noche en todos los hogares de la patria.

¡Ay, alegres noches de Navidad de mi infancia! ¡Qué grato recuerdo conservo de ellas todavía!

XVI

LOTI Á PLUMKETT

Eyoub 27 de Septiembre de 1876.

Querido Plumkett:

¡He aquí á esta pobre Turquía que proclama su Constitución! ¿Adónde vamos á parar? Se lo pregunto á usted, y también en qué siglo hemos visto la luz. ¡Un Sultán constitucional! ¡Fenómeno extraordinario que confunde y trastorna todas las ideas que nos han inculcado en la materia!

En Eyoub reina con este motivo verdadera

consternación. Los buenos musulmanes creen que Allah los abandona y que el Padishah se ha vuelto loco. Yo, que considero como una bagatela todas las cosas serias, y muy especialmente la política, digo tan sólo que Turquía perderá mucho de originalidad con la aplicación de este nuevo sistema.

Estaba sentado con algunos derviches en el kiosco funerario de Solimán el Magnífico. Hablábamos un poco de política, comentando, por supuesto, el Korán, y nos decíamos que ni aquel gran soberano que hizo estrangular en su presencia á su hijo Mustafei, ni su esposa Rexolana, hubiesen admitido nunca la Constitución. Turquía está perdida con el régimen parlamentario. Es cosa fuera de duda.

XVII

Stambul 27 de Septiembre.

7 Zi-ül-Hédjé 1296 de la Hégira.

Había entrado, para dar tregua á que pasase un aguacero, en un café turco situado cerca de la mezquita de Bayaceto. No se veían allí más que viejos turbantes y largas barbas blancas. Algunos ancianos (*hadjibaba*) estaban sentados, leían los periódicos ó miraban á través de los

cristales ahumados cómo corrían los transeuntes para librarse de la lluvia. Algunas damas turcas, sorprendidas por el chubasco, huían con toda la velocidad que les permitían sus babuchas y sus zuecos con patines. Reinaba en la calle una confusión extraordinaria, y la gente formaba remolinos.

Examiné á los ancianos que me rodeaban; sus trajes revelaban el minucioso cuidado con que seguían las antiguas modas: no llevaban ninguna prenda que no fuese del más riguroso *eski*; hasta sus grandes anteojos con armadura de plata, hasta el más insignificante detalle de su tocado. *Eski*, palabra pronunciada con veneración, que significa lo *antiguo*, y se aplica en Turquía lo mismo á los usos tradicionales, que á las modas seculares, que á los tejidos de otras épocas. Los turcos tienen el amor de lo pasado, el gusto de la inmovilidad y el estacionamiento.

Se oye el ruido del cañón; son salvas de artillería que se hacen en el Seraskierat; los ancianos cambian miradas de inteligencia y sonrisas irónicas.

—¡Salud á la Constitución de Midha-pachá! dice uno de ellos inclinándose con aire burlesco.

—¡Diputados, Carta! balbucea otro viejo con

turbante verde; los Califas no han tenido nunca necesidad de esas mojigangas.

—¡*Voi, voi*, Allah!...Y nuestras mujeres no correteaban las calles, mal oculto el rostro por el velo de gasa; y los creyentes recitaban con más fervor sus oraciones, y los rusos no demostraban tanta insolencia.

Las salvas de artillería anunciaban á los musulmanes que el Padishah les concedía una Constitución más liberal que todas las Constituciones europeas, y los buenos turcos se mostraban muy poco reconocidos al regalo de su Soberano.

Este acontecimiento, que Ignatief había retardado con todo su poder, estaba previsto desde hacía mucho tiempo. A partir de este día se pudo considerar la guerra como tácitamente declarada entre la Puerta y el Zar, y el Sultán impulsó con ardor sus armamentos.

Eran las siete y media en los relojes turcos (próximamente mediodía). La promulgación se verificaba en Top-Kapou (la Sublime Puerta). Fue allá á pesar del diluvio que caía.

Los visires, los pachás, los generales, los altos funcionarios, las autoridades, todos en traje de gran gala, con vistosos uniformes recargados de oro, estaban en la ancha plaza de Top-Kapou, donde se habían reunido las músicas

de la corte. El cielo estaba negro y tempestuoso; el agua y el granizo envolvían á los concurrentes como una tromba. No obstante lo cual, dábale al pueblo lectura de la Carta, y las viejas murallas dentadas del Serrallo, que cerraban el cuadro, parecían oír con asombro aquellas palabras subversivas.

Gritos, vivas y fanfarrias terminaron la singular ceremonia, y el público en masa, mojado hasta los huesos, se dispersó tumultuosamente.

A la misma hora, en el otro extremo de Constantinopla, estaban reunidos los miembros de la Conferencia internacional en el palacio del Almirantazgo.

Se había buscado el efecto; las salvas debían oírse mientras Safvet-Pachá dirigía su discurso á los plenipotenciarios, y ayudarle en su oración.

XVIII

—El Oriente, el Oriente, ¿qué vela en él, poetas?
Volved hacia el Oriente el espíritu y los ojos.
«¡Ay! han respondido sus voces, largo tiempo ha mudas,
vemos allá abajo una luz misteriosa.»

Es tal vez la tarde, que se toma por una aurora.

(VICIOM HUGO: *Cantos del crepúsculo*.)

No olvidaré nunca el aspecto que presentaba aquella noche la gran plaza del Seraskierat,

inmensa explanada en la meseta central de Stribul, desde donde, por encima de los jardines del Serrallo, se extiende la mirada á los lejos hasta las altas montañas de Asia. La elevada torre, de forma original; los pórticos árabes, se habían iluminado como los días de gran fiesta. El diluvio de la mañana había convertido la plaza en un verdadero lago, donde se reflejaban las líneas de fuego; alrededor del vasto horizonte se destacaban las cúpulas de las mezquitas y los agudos minaretes, como vástagos gigantescos, coronados de aéreas luces.

Silencio de muerte reinaba en la plaza, que parecía un verdadero desierto.

Un soplo de aire, casi imperceptible, había limpiado el cielo de nubes; sólo quedaban dos bandas negras, por entre las cuales asomaba la Luna la azulada faz. Ofrecíase á la contemplación uno de esos aspectos singulares que la naturaleza parece que se complace en tomar al ir á consumarse algún gran acontecimiento en la historia de los pueblos.

Sintióse de pronto gran alboroto, ruido de pasos y algazara de voces humanas; un tropel de softas entraba por los pórticos del centro, llevando faroles y banderas. Gritaban: «¡Viva el Sultán! ¡Viva Midhat-Pachá! ¡Viva la Constitución!» Estos hombres parecían como ebrios

ante la ilusión de ser libres. Algunos viejos turcos que se acordaban del pasado, alzaban los hombros, viendo correr á aquella multitud exaltada.

— ¡Vamos á saludar á Midhat-Pachá! gritaron los softas.

Y torcieron á la izquierda, desapareciendo por estrechas calles solitarias para ir en busca de la modesta habitación del Gran Visir, entonces tan poderoso, y que pocas semanas después debía partir para el destierro.

En número de cerca de dos mil, los softas fueron luego á orar á la gran mezquita (*la Suleimanieh*), y de allí pasaron el Cuerno de Oro para trasladarse á Dolmar-Bagtché con objeto de aclamar á Abd-ul-Hamid.

Delante de las verjas de palacio, diputaciones de todos los cuerpos y una gran masa confusa de hombres, reunidos espontáneamente, vitoreaban con entusiasmo al soberano constitucional.

La multitud regresó á Stambul por la gran calle de Pera, aclamando á su paso á lord Salisbury (que dentro de poco había de ser muy impopular), á la embajada británica y á la de Francia.

— Nuestros abuelos, decían los hodjas arrojando á la multitud, no eran más que algunos

centenares de hombres y conquistaron esta tierra hace cuatro siglos. ¿La dejaremos invadir por el extranjero nosotros, que somos centenares de miles? Muramos todos, musulmanes y cristianos, muramos por la patria otomana antes que aceptar condiciones deshonrosas.

XIX

La mezquita del Sultán Mehmed-fatih (Mehmed el Conquistador) nos ve á menudo á Achmet y á mí, delante de sus grandes pórticos de piedra gris; nos tendemos al sol, indiferentes á los cuidados de la vida, persiguiendo con la imaginación algún pensamiento indeciso, imposible de traducir en ninguna lengua humana.

La plaza de Mehmed-fatih ocupa, en la parte más elevada de la antigua Stambul, un vasto espacio, por donde circulan algunos transeuntes con caftanes de cachemir y anchos turbantes blancos. La mezquita que hay en el centro es una de las mayores y más veneradas de Constantinopla.

La extensa plaza está rodeada de murallas misteriosas; se ven filas de torrecillas de piedra, semejantes á líneas de colmenas. Son las

habitaciones de los softas, donde los infieles no son admitidos.

Este barrio es el centro de un movimiento completamente oriental; los camellos lo atraviesan con su paso tranquilo, haciendo sonar sus campanillas con ruido monótono; los derwiches acuden allí para platicar de las cosas santas, y todavía no ha llegado á él influencia ninguna del Occidente.

Cerca de esta plaza hay una calle sombría y solitaria, donde crece la verde hierba y el musgo. Allí está la casa de Aziyadé. Tal es el encanto que tiene para mí este lugar. Los largos días en que me veo privado de su presencia, los paso en aquellos sitios, menos lejos de ella, ignorado y al abrigo de todas las sospechas.

Aziyadé me contempla á veces en silencio: sus ojos están muy tristes.

—¿Qué tienes, Loti? dice: ¿por qué estás som-

brío? Soy yo quien debo estarlo, porque cuando te vayas, me moriré sin remedio.

Y fija sus ojos en los míos con tanta penetración y persistencia, que desvío la cabeza para esquivar su mirada.

Yo, triste, digo:

—¿Querida mía! Nada echo de menos cuando te tengo á mi lado; soy más feliz que un rey.

—En efecto: ¿quién es más amado que tú, Loti? ¿Hay alguien á quien puedas envidiar? ¿No eres más dichoso que el mismo Sultán?

Es verdad; el Sultán, el hombre que, según los musulmanes, debo gozar la mayor felicidad en la tierra, no es el hombre á quien, yo podría envidiar; los cuidados le envejecen, el hastío le devora, y además es un rey *constitucional*.

—Pienso, Aziyadé, la replico, que el Padishah daría todo lo que posee, hasta su esmeralda, que es tan ancha como la palma de la mano, hasta su Constitución y su Parlamento, por tener mi libertad y mi juventud...

Estoy por añadir: «Por tenerte á ti;» pero el Padishah haría bien poco caso de una joven, por hermosa que fuese, y temo, sobre todo, representar el papel de galán de ópera cómica. Mi traje se presta á ello: un espejo me envía una imagen ingrata de mi persona y me pro-

duzco á mí mismo el efecto de un joven tenor, pronto á cantar un aria de Auber.

Hay así momentos en que no consigo tomar en serio mi disfraz de turco. Loti asoma la punta de la oreja bajo el turbante de Arif, y recaigo tontamente en mí mismo con impresión de disgusto y malestar.

XXII

He sido orgulloso y poco accesible en mis relaciones con las gentes de levita y sombrero de copa. Nadie me parece bastante caballero ni gran señor. He despreciado á mis iguales y he elegido á mis amigos entre lo más selecto de la *high life*. Aquí me he convertido en hombre del pueblo y vecino de Eyoub; me adapto perfectamente á la vida modesta de los barqueros y pescadores; hasta me agrada su compañía y sus placeres.

En el café turco de Suleiman se ensancha el círculo en torno del fuego cuando llego por las noches con Samuel y Achmet. Doy la mano á todo el mundo y me siento para oír contar (así pasan aquí las veladas de invierno) largas historias, cuyo relato dura seis y ocho horas, y donde figuran duendes y genios. El tiempo se desliza sin cansancio ni remordimientos: me

encuentro muy á gusto entre estas gentes sencillas, y no me creo un extraño.

Arif y Loti son dos personajes muy distintos; bastaría que el día de la partida del *Deerhound* Arif se quedase en su casa; nadie seguramente vendría á buscarle; sólo Loti habría desaparecido, y desaparecido para siempre.

Esta idea que se le ha ocurrido á Aziyadé acude con frecuencia á mi espíritu, y me sorprende el hallarla tan admisible.

Seguir á su lado, no ya en Stambul, sino en alguna aldea turca, situada á la orilla del mar: vivir al sol y al aire libre la vida sana de la gente del pueblo, vivir al día, sin acreedores y sin cuidados respecto al porvenir. Me gusta más esta vida que la que hasta ahora he llevado: me inspira horror cualquier trabajo que no ponga en ejercicio el cuerpo y los músculos: me espanta la ciencia: aborrezco todos los deberes convencionales, todas las obligaciones sociales del Occidente.

Ser batelero con chupa dorada en cualquier puerto del mar de Turquía, donde el cielo está siempre límpido y el sol calienta todo el año.

Esto, bien mirado, sería posible, y acaso fuese yo menos desgraciado que en cualquiera otra parte.

—Te juro, Aziyadé, he dicho, que todo lo aban-

donaría sin pena; mi posición, mi nombre y mi país. Mis amigos... no los tengo, y me burlo de la amistad. Pero ¿y mi madre?

Aziyadé no replicó nada para convencerme, aunque tal vez sospechaba que no le sería imposible conseguirlo; mas comprende por intuición lo que debe ser una madre anciana, ella, la pobre, que no ha conocido á la suya; y las ideas acerca de la generosidad y el sacrificio están más arraigadas en su corazón que en los nuestros, por haber brotado espontáneamente en él, pues nadie se ha curado de inculcárselas.

XXIII

DE PLUMKETT Á LOTI

Liverpool, 1876.

«Mi querido Loti:

«Fígaro era un hombre de genio; se reía tan á menudo, que no le quedaba tiempo para llorar. Su divisa es la mejor que puede adoptarse, y, por mi parte, me propongo practicarla en la medida que las circunstancias me lo permitan.

«Por desgracia, me cuesta mucho trabajo seguir siendo durante algún tiempo el mismo individuo. Con harta frecuencia la alegría de Fí-

garo me abandona, y es Jeremías, ó el profeta de desgracia que se llama David, augusto desesperrado sobre el cual se desploma la cólera celeste, quien se apodera de mí, y me posee. No hablo ya: grito, rujo. No escribo; sólo sería capaz de romper la pluma y volcar el tintero. Me paseo á grandes pasos, amenazando con el puño á un ser imaginario, á un fantasma que creo portador de mis dolores: cometo todas las extravagancias posibles; me entrego á mis solas á los actos de desesperación más insensatos: después me siento aliviado; ó, mejor dicho, fatigado: me calmo y torno á ser razonable.

«¿Va usted á repetirme que soy un tipo raro, un loco ó cosa por el estilo? Le contestaré á usted:—Sí, sin duda; pero no soy tan loco como usted se imagina: no soy tan loco como usted, por ejemplo.

«Antes de pronunciar ningún juicio acerca de mi manera de ser, es preciso que usted me conozca, me comprenda algo más y sepa por qué concurso de circunstancias un hombre que nació razonable, ha caído en verdadera demencia. Somos, como usted sabe, productos de dos factores, que son nuestras disposiciones hereditarias ó el temperamento y carácter que traemos á la vida, y las circunstancias que nos rodean, as cuales nos modifican y moldean, cual si fué-

donaría sin pena; mi posición, mi nombre y mi país. Mis amigos... no los tengo, y me burlo de la amistad. Pero ¿y mi madre?

Aziyadé no replicó nada para convencerme, aunque tal vez sospechaba que no le sería imposible conseguirlo; mas comprende por intuición lo que debe ser una madre anciana, ella, la pobre, que no ha conocido á la suya; y las ideas acerca de la generosidad y el sacrificio están más arraigadas en su corazón que en los nuestros, por haber brotado espontáneamente en él, pues nadie se ha curado de inculcárselas.

XXIII

DE PLUMKETT Á LOTI

Liverpool, 1876.

«Mi querido Loti:

«Fígaro era un hombre de genio; se reía tan á menudo, que no le quedaba tiempo para llorar. Su divisa es la mejor que puede adoptarse, y, por mi parte, me propongo practicarla en la medida que las circunstancias me lo permitan.

«Por desgracia, me cuesta mucho trabajo seguir siendo durante algún tiempo el mismo individuo. Con harta frecuencia la alegría de Fí-

garo me abandona, y es Jeremías, ó el profeta de desgracia que se llama David, augusto desesperrado sobre el cual se desploma la cólera celeste, quien se apodera de mí, y me posee. No hablo ya: grito, rujo. No escribo; sólo sería capaz de romper la pluma y volcar el tintero. Me paseo á grandes pasos, amenazando con el puño á un ser imaginario, á un fantasma que creo portador de mis dolores: cometo todas las extravagancias posibles; me entrego á mis solas á los actos de desesperación más insensatos: después me siento aliviado; ó, mejor dicho, fatigado: me calmo y torno á ser razonable.

«¿Va usted á repetirme que soy un tipo raro, un loco ó cosa por el estilo? Le contestaré á usted:—Sí, sin duda; pero no soy tan loco como usted se imagina: no soy tan loco como usted, por ejemplo.

«Antes de pronunciar ningún juicio acerca de mi manera de ser, es preciso que usted me conozca, me comprenda algo más y sepa por qué concurso de circunstancias un hombre que nació razonable, ha caído en verdadera demencia. Somos, como usted sabe, productos de dos factores, que son nuestras disposiciones hereditarias ó el temperamento y carácter que traemos á la vida, y las circunstancias que nos rodean, as cuales nos modifican y moldean, cual si fué-

semos materia plástica que conserva el sello de cuanto la toca.

»Las circunstancias para mí han sido siempre dolorosas; me he formado (usando de la expresión consagrada) en la escuela de la desgracia. Todo lo que sé lo he aprendido á mis expensas; por esto lo expreso tan bien; por esto lo expreso á veces en forma un tanto ruda. Si en ocasiones parece que dogmatizo, es porque tengo la pretensión, yo que he padecido mucho, de saber más que aquellos que han padecido menos, y de hablar con pleno conocimiento de causa.

»No hay esperanza en el mundo para mí, y estoy privado del consuelo que conforta á las almas creyentes, sostenidas y alentadas en las luchas de la vida por una fe inquebrantable, porque confían en la justicia suprema del Creador.

»Y sin embargo, vivo sin blasfemar.

»Vencido, dolorido, magullado, ¿cómo conservar las ilusiones, el entusiasmo y la frescura moral de la juventud?

»No, usted no lo ignora: he renunciado á los placeres de mi edad, que no son ya de mi gusto: he perdido el aspecto y las maneras de un joven: vivo sin esperanzas; mi existencia carece de objetivo. ¿Es esto decir, sin embargo, que haya caído en la misma situación que us-

ted; que todo me inspire tedio, que niegue el bien, la amistad, la virtud, la belleza, cuanto, en una palabra, puede realzarnos sobre el bruto? Entendámonos, amigo mío: en esta cuestión pienso de distinta manera que usted. Confieso que, á pesar de mi experiencia de las cosas de este mundo (ojalá nunca la hubiese adquirido: ¡cuesta tanto!), creo aún en todo eso y en muchas cosas.

»En Londres, Jorge me dió á leer la carta que acababa de recibir de usted.

»¡Lindo comienzo! ¡Bonita y circunstanciada descripción de un amorcillo de puro carácter turco! Seguíamos á usted Jorge y yo á través de las mil vueltas y giros fantásticos de un estilo oriental. Nos quedábamos con la boca abierta delante de los cuadros trazados por usted; por mi parte, me imagino sus tres puñales, como me represento el escudo de Aquiles, tan *minuciosamente cantado* por Homero.

»Mas el que de pronto le entrase en los ojos un soplo de polvo, ó la lámpara comenzase á humear, ¿es causa bastante para que terminara su carta disparándonos toda esa serie de lugares comunes, hijos legítimos del siglo anterior? Creo, en verdad, que los prejuicios de las pobres beatas son superiores á los del materialismo, cuyo resultado será el anonadamiento

de todo lo que existe. Se aceptaban en el siglo XVIII esas ideas materialistas: Dios era un prejuicio; la moral, el interés bien entendido, la sociedad, vasto campo de explotación para el hombre hábil. Esto seducía á nuestras gentes por su novedad y por la sanción que recibían los actos más inmorales. ¡Dichosa época en que ningún freno os retenía: en que no había actos ilícitos, en que podía uno burlarse de todo, las cosas más graves inclusive! ¡Lástima de despertar! Cayeron tantas cabezas bajo el cuchillo de la revolución, que aquellas que se salvaron de la catástrofe no tuvieron más remedio que reflexionar. Vino en seguida una época de transición, representada por hombres atacados de tisis moral y afligidos de *sensiblería* constitucional, los cuales lloraban el pasado que no conocían, abominaban del presente, que no comprendían, y dudaban del porvenir, que no adivinaban: generación de románticos, tropel de juvenuelos que dejaban correr su vida entre risas, llantos, oraciones y blasfemias, modulando siempre, en variedad de tonos, su insípida cantilena para acabar el mejor día por saltarse la tapa del cerebro.

»Hoy, amigo mío, somos más razonables, mucho más prácticos: se apresura uno, antes de ser hombre, á ser una *especie de hombre*,

ó un animal particular, como usted quiera.

»Se forma uno acerca de cada cosa opiniones ó prejuicios en relación con el estado que abraza: se llega á ser parte integrante de un medio social, cuyas ideas nos asimilamos. Se adquiere así cierta disposición de espíritu, ó, si usted lo prefiere, cierto género de tontería que encaja perfectamente en el medio en que se vive. Se le comprende á uno: uno comprende á los demás: se entra en comunión íntima con ellos, y se convierte uno realmente en miembro de un gran cuerpo. Somos banqueros, ingenieros, empleados, comerciantes, militares... ¡qué sé yo! Pero al fin somos algo: se fija la atención en alguna cosa; no se cae en sueños ni locas imaginaciones. No hay que dudar ni vacilar; el deber que nos hemos impuesto nos traza la línea de conducta que hemos de seguir. Las dudas que podíamos abrigar en filosofía, religión y política, no faltan buenos sabios que se encarguen de resolverlas: así que no nos atormentamos por tan poca cosa. La civilización nos absorbe; las mil y una ruedas de la máquina social nos prenden en su engranaje: somos zarrandeados en el espacio; el tiempo trae la vejez, nos entontece: constituimos familia y tenemos hijos que serán tan simplotes como nosotros; morimos al cabo provistos de los Sacra-

mentos de la Iglesia: el ataúd es rociado con agua bendita: cantan en latín á tono de fabor-dón alrededor del catafalco que alumbran los cirios. Las personas que tenían costumbre de vernos, nos echan de menos, si fuimos buenos en vida, y algunas derraman lágrimas por nosotros; después nunca falta quien nos herede.

»Y así va el mundo.

»Todo esto no es obstáculo, amigo mío, para que haya en la sociedad gentes excelentes, hombres orgánicamente buenos, honrados á carta cabal, que ejecutan el bien con desinterés absoluto, llevados únicamente de la satisfacción íntima que les produce: hombres que no robarían, que no asesinarían, aunque estuvieran seguros de la impunidad, porque su conciencia, siempre alerta, es vigilante perpetuo que refrena sus pasiones; hay, sí, gentes capaces de amar, de sacrificarse en cuerpo y alma: sacerdotes que creen en Dios y practican la virtudes cristianas: médicos que desafían las epidemias y afrontan la muerte por salvar á algún enfermo pobre; Hermanas de la Caridad que acompañan á los ejércitos y cuidan con el cariño de una madre á infelices soldados heridos: banqueros á quienes podemos confiar nuestra fortuna; amigos que nos darán la mitad de la suya; gentes como yo, por ejemplo, sin ir más lejos, que, á despecho de to-

das las blasfemias que usted vierte, son capaces de ofrecerle un afecto y una adhesión sin límites.

»Olvide usted, pues, esas extravagancias de niño enfermo: reconocen por causa el que usted sueña, en vez de reflexionar: que oye la voz de las pasiones, y cierra el oído al lenguaje de la razón.

»Usted se calumnia cuando habla de esa manera. Si le dijera á usted que es verdad cuanto dice al fin de su carta y que me lo imagino á usted tal y como se pinta, le faltaría tiempo para escribirme, para protestar, para negar que crea una sola palabra de la atroz profesión de fe que nos envía: diría usted que la única falta consiste en tener un corazón más sensible que los otros; que sus imprecaciones son el esfuerzo doloroso que se hace para dar juego á los nervios contrariados por el dolor.

»No, no, amigo mío; no le creo á usted, ni usted se cree á sí mismo. Usted es bueno, usted es cariñoso, usted es sensible y delicado. Lo único que hay es que usted sufre. Por esta razón, le perdono á usted: usted ama, y es una protesta viva de las negaciones que formula contra todo lo que se llama amistad, desinterés, abnegación.

»Sus blasfemias son hijas, no de usted mis-

mo, sino de su vanidad: el amor propio herido le mueve á usted á ocultarse detrás del ser artificial creado por su orgullo y por su enojo.»

XXIV

LOTI Á WILLIAM BROWN

Eyoub, Diciembre de 1876.

«Mi querido amigo:

«Le escribo á usted para recordarle que estoy en el mundo; habito, bajo el nombre de Arif-Effendi, en la calle de Kourou Tchechmeh, en Eyoub, y me proporcionaría usted una verdadera satisfacción dándome noticias de su vida.

«Figúrese usted que desembarca en Constantinopla por la parte de Stambul; que recorre usted cuatro kilómetros de mezquitas y bazares; que llega usted al santo arrabal de Eyoub, donde su insólito sombrero se le antoja á los chicos blanco para tirar piedras; que pregunta usted por la calle de Kourou-Tchechmeh: inmediatamente se la indican; que al extremo de esta calle encuentra una fuente de mármol, rodeada de almendros... Pues bien: mi casa está al lado.

«Vivo en compañía de Aziyadé, la joven de Salónica de que en otras ocasiones he hablado á usted. Me parece que casi la amo; me falta poco para ser feliz, y olvido el pasado, olvido á los ingratos.

«No referiré á usted el concurso de circunstancias que me ha traído á este rincón de Oriente, ni cómo he llegado á adoptar el idioma y los usos de Turquía, incluso sus hermosos trajes de seda y oro.

«He aquí únicamente cuál es la situación esta noche, 30 de Diciembre: buen tiempo, aunque frío. Luna clara. Oigo desde aquí á los derviches que salmodian con voz monótona: es el ruido familiar que resuena diariamente en mis oídos. Mi gato *Kedi-bey*, y mi criado Yusuf, el primero en brazos del segundo, se han retirado á su común departamento.

«Aziyadé, sentada, á usanza oriental, sobre una pila de tapices y de cojines, está ocupada en teñirse las uñas de color de naranja, operación importantísima. Yo, por mi parte, me acuerdo de usted, de nuestra vida en Londres, de nuestros ejercicios gimnásticos, de todas nuestras tonterías, y le escribo rogándole encarecidamente que no deje de contestarme.

«No soy aún del todo musulmán, como usted podrá imaginarse por la manera de empezar mi

carta. Todo se reduce á que ostente alternativamente dos personalidades distintas. En el terreno oficial sigo siendo, aunque lo menos á menudo posible, M. Loti, oficial de marina.

«Como á usted podría costarle mucho trabajo escribir mis señas en turco, diríjame su contestación á mi verdadero nombre, al *Deerhound*, ó á la embajada británica.»

XXV

Constantinopla 1.º de Enero de 1877.

El año 77 comienza con un día espléndido, digno de la primavera.

Habiendo hecho esta mañana algunas visitas en el barrio de Pera, que un resto de condescendencia con las costumbres europeas me obligaba á considerar como un deber, regreso por la tarde á Eyoub, siguiendo el campo de los Muertos y Kasim-Pachá.

Me cruzo con el coche del terrible Ignatieff, que vuelve echando venablos de la Conferencia: le sigue una numerosa escolta de croatas, que paga de su bolsillo. Un momento después me encuentro con lord Salisbury y el embajador de Inglaterra; ambos parecen muy agitados. Ha

habido fuertes altercados en la última sesión, y todo va de mal en peor.

Los pobres turcos se defendían con la energía de la desesperación. En su concepto, se les quiere poner fuera de la ley.

Los embajadores partirán todos juntos, gritando á la colonia europea: «¡Sálvese el que pueda!» Se verán entonces cosas terribles: sobrevendrá un período de confusión y de efusión de sangre.

¡Dios quiera que esta catástrofe nos coja muy lejos!

Será preciso, mañana tal vez, dejar á Eyoub para siempre...

XXVI

Bajamos, cierta noche templada y serena, la rampa de Oun-Capán.

Stambul ofrecía un aspecto inusitado. En lo alto de los minaretes cantaban los hodjas oraciones desconocidas; su tono era singularmente extraño. Aquellas voces agudas, que resonaban en medio del espacio á hora muy avanzada de la noche, sorprendían é inquietaban. Los musulmanes, agrupados delante de las puertas, miraban al cielo como para contemplar algún objeto horripilante.

Achmet siguió la dirección de sus miradas, y me cogió las manos con terror. La luna, que habíamos visto brillar clara y despejada sobre la cúpula de Santa Soffa, parecía haberse extinguido en la inmensidad, y no era ya más que una mancha roja, empañada y sangrienta.

No hay nada que tanto sobrecoja el ánimo como los *signos del cielo*; así que mi primera impresión, más rápida que el relámpago, fué de sobresalto. Ignoraba que debía verificarse aquel eclipse, por haber olvidado, hacía tiempo, consultar el calendario.

Achmet me explicó que se trataba de un caso grave y siniestro. Según la creencia turca, la luna lucha en semejantes ocasiones con un dragón que amenaza devorarla. Puede acudir-se en su auxilio recitando oraciones á Allah y disparando tiros al monstruo.

Se reza, en efecto, en todas las mezquitas ple-garias que hay dispuestas para el caso, y comienza el tiroteo en toda la ciudad. No hay ventana, no hay tejado desde los cuales no se haga fuego, defendiendo á la Luna á fin de sacarla ilesa del peligro en que se ve.

Tomamos un *caique* en el Fanar para ganar nuestro alojamiento; se nos detuvo en el camino. En medio del Cuerno de Oro, la canoa de los *zaptíes* nos cerró el paso: está prohibi-

do, en noches de eclipse, pasearse en *caique*.

No podíamos, sin embargo, pernoctar en la calle: parlamentamos, discutimos, hablamos gordo á los *zaptíes*, y una vez más nuestra audacia nos favoreció y salimos del apuro.

Llegamos á casa, donde Aziyadé nos esperaba, presa de la mayor consternación.

Los perros aúllan á la luna con tono lastimero, lo que presta al cuadro tintas aún más sombrías.

Aziyadé y Achmet me dicen con aire místico que los perros aúllan de este modo porque piden á Allah cierto pan misterioso que él les envía en circunstancias solemnes, y que los hombres no pueden ver.

El eclipse prosigue su marcha á pesar del fuego de fusilería; el disco entero de la luna presenta un matiz rojo muy pronunciado, coloración que se debe á un estado particular de la atmósfera.

Trato de explicar el fenómeno por medio de una hujía, una naranja y un espejo, antiguo procedimiento de escuela.

En vano hago esfuerzos de lógica; mis discípulos no logran comprenderme. Ante la hipótesis (absolutamente inadmisibile para ellos) de que la tierra es redonda, Aziyadé se sienta con dignidad y se niega obstinadamente á oirme en

serio. Me produzco á mí mismo el efecto de un pedagogo: ¡imágen horrible! Suelto la carcajada, me como la naranja y abandono mi demostración.

¿Para qué, después de todo, esa ciencia insulsa?

¿A qué privarles de su superstición, que les comunica muchos encantos?

Y hénoaquí disparando nuestros fusiles desde la ventana, apuntando á la luna, que semeja una mancha sanguinolenta entre las estrellas que brillan en el más despejado de los cielos.

XXVII

A eso de las once Achmet nos despierta para decirnos que el dragón ha sido vencido, que la luna está *eyu yapilmich* (curada).

En efecto: la luna resplandecía como una lámpara argentina en el hermoso cielo del Oriente.

XXVIII

«Mi madre Behidjé» es una mujer extraordinaria, octogenaria y enferma, hija y viuda de un pachá, más musulmana que el Korán y más rígida que la ley del Sherif.

Chelket-Daoub-Pachá, esposo de Behidjé-hanun, fué uno de los favoritos del sultán Mahamud y tomó parte muy activa en el degüello de los genizaros. Behidjé-hanun, admitida en esta época á sus consejos, interpuso toda su influencia para que el sacrificio se consumase.

La anciana Behidjé-hanun habita en una calle vertical del barrio turco Djianghir, en las alturas del Taxim. En lo alto de la casa, que por su posición está ya rodeada de precipicios, hay dos miradores salientes, desde cuyo interior se abarca un vasto horizonte á través de las celosías, formadas por delgados listones de fresno.

Domínanse los barrios de Foundoucli, los palacios de Dolma-Bagché y de Teheragán, la punta del Serrallo, el Bósforo, el *Deerhound*, semejante á una cáscara de nuez, flotando en un lago azul, y más allá Scútari y toda la costa asiática.

Behidjé-hanun pasa sus largos días en este observatorio, tendida en una butaca. Aziyadé está con frecuencia á sus pies, atenta al menor ademán de su vieja amiga, devorando sus palabras como las divinas contestaciones de un oráculo.

Es una anomalía la intimidad de la joven oscura y de la vieja palatina, rígida y fiera, de noble tronco y de gran casa.

Behidjé-hanun sólo me conoce de oídas; los infieles no son admitidos en su casa.

Es bella aún, según Aziyadé, á pesar de sus ochenta años; «es bella como las hermosas tardes de invierno.»

Y siempre que Aziyadé expresa alguna noción clara, algún juicio profundo, acerca de cosas que, en mi concepto, debía ignorar, al preguntarle: «¿quién te ha enseñado eso, querida mía?» Contesta invariablemente: «ha sido mi madre Behidjé-hanum.»

Mi madre y mi padre son títulos de honor que se usan en Turquía cuando se habla de personas de edad, por más que no las conozcamos ó nos sean indiferentes.

Behidjé-hanun no es, en verdad, una madre para Aziyadé; en todo caso es una madre indiscreta que exalta terriblemente la joven imaginación de su hija.

La exalta en primer lugar desde el punto de vista religioso, y por tal manera, que la pobre niña abandonada vierte con frecuencia lágrimas amargas al recordar que ama á un cristiano.

La exalta también desde el punto de vista romántico, contándole largas historias, narradas con ingenio y elocuencia, que por las noches me repiten los labios frescos de mi bien amada.

Historias fantásticas, aventuras del gran Tchengiz ó de los antiguos héroes del desierto; leyendas persas ó tártaras, donde se ve cómo jóvenes princesas, perseguidas por los genios, ejecutan prodigios de fidelidad y de valor.

Y cuando por la tarde llega Aziyadé con la imaginación más exaltada que de ordinario, puedo decirle, sin temor de equivocarme:

«Has pasado el día, mi querida amiga, á los pies de tu madre Behidjé-hanum.»

XXIX

Enero de 1877.

Ocho días en Buyukderé, en el alto Bósforo, á la entrada del Mar Negro. El *Deerhound* se había situado cerca de los grandes acorazados turcos, que eran como perros guardianes que espían las intenciones de Rusia. Este viaje del *Deerhound*, que me aleja de Constantinopla; coincide con la estancia del viejo Abeddin en su casa: por lo tanto, nuestra forzosa separación evita las imprudencias.

Hace frío, llueve: paso los días recorriendo el bosque de Belgrado, y estas excursiones me recuerdan los días felices de mi infancia.

Hay robles antiquísimos, acebos, musgo,

helechos; casi la misma vegetación que en el Yorkshire. Si no fuera porque aquí se crían también osos, creería que estaba en los viejos bosques de la patria.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

XXX

Samuel tiene miedo de los *kédís* (gatos). Durante el día le inspiran ideas jocosas; no puede mirarlos sin reírse; pero por la noche es muy respetuoso con ellos y se mantiene á distancia.

Estaba vistiéndome para asistir á un baile de la Embajada, cuando Samuel, que se había retirado á su cuarto, llamó precipitadamente á la puerta de mi habitación. *Bir madame Kedi* (una señora gato, léase gata) que ha traído sus hijos á dormir con Samuel.

Y continuaba en el pasillo con seriedad imperturbable.

—Entre nosotros, en mi raza, los que arrojan fuera de casa á los gatos deben morir en el mismo mes; Sr. Loti, ¿qué haré?

Cuando acabé de vestirme me decidí á auxiliar á mi amigo y entré en su cuarto.

Una señora *kédi*, en efecto, había tomado posesión de las almohadas: era una gata respetable, de soberbio empaque, con magnífico pelo

rojizo. Con aire de dignidad y de triunfo, sentada sobre sus posaderas contemplaba alternativamente á Samuel, inmóvil, y á sus pequeños, que se revolcaban en las mantas.

Samuel, acurrucado en un rincón, cayéndose de sueño y de cansancio, asistía á esta escena de familia en actitud de consternación resignada: esperaba que yo acudiese en su socorro.

Aquella señora *kédi* me era desconocida. No opuso, sin embargo, ninguna resistencia; se dejó coger por el cuello y plantar en medio de la calle con sus crías.

Hecho esto, Samuel, después de sacudir cuidadosamente las mantas, hizo ademán de acostarse.

No debía volver aquella noche; no obstante, regresé de improviso á las dos de la mañana.

Samuel había abierto de par en par la ventana de su habitación y tendido cuerdas en que las ropas del lecho se purgaban al aire libre de los efluvios de los gatos. El, por su parte, se había metido en mi cama, donde dormía con el sueño tranquilo de los corazones jóvenes y de las conciencias puras: en cuanto á él, no hay duda que podía jactarse de estar en este caso.

Al día siguiente supimos que la señora *kédi* era el animal favorito, pero corretón, de un

viejo judío de la vecindad, vendedor de turbantes.

XXXI

Los griegos celebraban la Navidad: el viejo Fanar estaba de fiesta.

Los muchachos recorrían las calles en tropel, llevando farolillos de papel de todas formas y colores: llamaban estrepitosamente á todas las puertas y daban serenatas terribles, con acompañamiento de tambor.

Achmet, que venía conmigo, manifestaba el más soberano desprecio hacia este regocijo de los infieles.

El viejo Fanar, no obstante aquel alboroto, conservaba siempre su aire siniestro.

De vez en cuando, sin embargo, se abrían las pequeñas puertas bizantinas, carcomidas por el tiempo, y en sus marcos macizos aparecían algunas jóvenes, vestidas como parisien- ses, que echaban á los músicos piastras de cobre.

Lo peor fué cuando llegamos á Gálata. Nunca, en ningún país del mundo, pude imaginar una batahola semejante, ni contemplar espectáculo más miserable.

Era un conjunto cosmopolita que es difícil

de representar, en el cual predominaba por gran mayoría el elemento griego.

La inmunda población griega aflúa en masas compactas, saliendo de todos los bodegones, de todas las tabernas, de todas las casas de prostitución. Imposible figurarse nada parecido á aquella multitud de hombres y mujeres en completo estado de embriaguez, á aquellos rostros animados, á aquella gritería discordante.

Y no faltaban tampoco buenos musulmanes que habían acudido allí á reirse tranquilamente á expensas de los infieles, viendo de qué manera los cristianos de Levante, por cuya causa se interesaba Europa y se pronunciaban tan políticos discursos, celebraban el nacimiento de su Profeta.

Los griegos, á quienes inspiraba profundo terror la idea de tener que ir á batirse como turcos, desde que la Constitución les había conferido el título de ciudadanos, trataban de olvidar tan triste perspectiva cantando y emborrachándose.

XXXII

Recuerdo la noche en que el *bay-kouch* (buho) siguió á nuestro caique en el *Cuerno de Oro*.

Era una noche fría de Enero. Una neblina glacial envolvía como un sudario á Stambul y se deshacía en lluvia finísima sobre nuestras cabezas. Remábamos alternativamente Achmet y yo: nos dirigíamos á Eyoub.

Abordamos con precaución en la escala de Fanar, en medio de la oscuridad de la noche, entre estacas, objetos arrojados por el mar y millares de *caiques* encallados en el lodo.

Nos hallábamos al pie de las antiguas murallas del barrio bizantino de Constantinopla, sitio que no frecuenta á tales horas ningún ser humano. Dos mujeres nos esperaban allí, agazapadas, semejantes á dos sombras con cabeza blanca; ocultas en cierto rincón oscuro que conocíamos muy bien, bajo el balcón de una casa ruinososa... Eran Azyadé y la vieja, la fiel Radidjé.

Cuando Azyadé hubo entrado en la barca, volvimos á partir.

La distancia es grande desde el puerto de Fanar al de Eyoub.

De trecho en trecho, la luz encendida en alguna casa griega proyectaba sobre el mar una ráfaga amarillenta; fuera de esto, la oscuridad era profunda.

Al pasar por delante de una casa antigua, rodeada de una verja de hierro oímos el ruido

de una orquesta y un baile. Se trataba de uno de aquellos grandes edificios, de aspecto miserable, pero en cuyo interior suntuoso, algunos griegos fanaristas ocultaban su opulencia, sus diamantes y sus tocados parisienses.

Después perdióse en la bruma el rumor de la fiesta y nos sumimos de nuevo en el silencio y la oscuridad.

Un pájaro volaba pesadamente alrededor de nuestro *caique*, pasando y tornando á pasar.

—*Bou fena* (¡mal negocio!) dijo Achmet, meneando la cabeza.

—*Bay-kouch mi!* le preguntó Azyadé completamente encapuchada y tapada. (¿Es el buho?)

Cuando se trataba de sus supersticiones ó de sus creencias, tenían costumbre de conversar entre sí, prescindiendo de mí como si no existiera.

—*Bou tchok fena, Loti*, añadió cogiéndome la mano.

(Esta es muy mala señal, Loti; pero tú no lo comprendes.)

De cualquier modo, era cuando menos singular la aparición de aquel ave en una noche de invierno, y su insistencia en seguirnos durante más de una hora que tardamos en remontar desde el puerto de Fanar al de Eyoub.

Había una corriente terrible en el *Cuerno de Oro*; la lluvia no cesaba de caer fría y glacial: nuestro farol se había apagado, contratiempo que nos exponía á ser detenidos por las patrullas de vigilancia, en cuyo caso la pérdida de todos tres era segura.

En el paso de Balata encontramos algunos caiques llenos de judíos. Los *iaoudis* (judíos) ocupan en esta parte ambas riberas, Balata y Pri-Pachá. Se visitan por la tarde ó vuelven de la Gran Sinagoga, por lo que dicho sitio es el único en que hay de noche algún movimiento en el *Cuerno de Oro*.

Iban cantando casi todos melancólicas canciones en lengua hebrea. El buho continuaba revoloteando sobre nuestras cabezas, y Aziyadé temblaba de frío y de espanto.

¡Qué alegría tan grande cuando amarramos el *caique* silenciosamente, protegidos, por la densa oscuridad, en la escala de Eyoub! Saltar hasta el lodo, de tabla en tabla (andábamos sobre estas tablas á ciegas ¡tan bien las conocíamos!); atravesar el corto espacio desierto, correr suavemente las llaves y los cerrojos y encerrarnos los tres: registrar las habitaciones desocupadas del zaguán, debajo de la escalera, la cocina, el interior del horno; quitarnos nuestro calzado, lleno de lodo, y nuestros vestidos que

chorreaban; subir con los pies desnudos, pisando blancas alfombras; dar las buenas noches á Achmet, que se retiraba á su departamento; entrar en nuestro gabinete y cerrarlo con llave; soltar las colgaduras árabes, blancas y rojas; sentarnos en las mullidas alfombras, delante del brasero de cobre encendido desde por la mañana y que esparcía grato calor; perfumar la atmósfera con pastillas del Serrallo y agua de rosas, todo esto fué obra de un momento. Podíamos darnos por seguros durante veinticuatro horas y gozar de la inmensa felicidad de vernos juntos.

Pero el buho nos había seguido y se puso á cantar en un plátano, debajo de nuestras ventanas.

Y Aziyadé, quebrantada por la fatiga, se durmió al son de aquel canto lúgubre, derramando lágrimas ardientes.

Su *señora* era una vieja bribona que había corrido toda Europa y desempeñado toda clase de oficios: su *señora* (la *señora* de Samuel y de Achmet) así la llamaban; *Bizum-madame* no había lengua que no hablase, y tenía un café lóbrego en el barrio de Gálata.

El café de su *señora* se abría sobre la ancha y ruidosa calle; era muy profundo y muy oscuro; tenía una puerta trasera que daba á un callejón sin salida, y de muy mala fama en el barrio, el cual callejón servía de albergue á industrias nada santas. Este café era el punto de reunión de muchos marineros italianos y maldeses, dados, según la voz pública, al contrabando y á la piratería: celebraban allí contratos muy singulares, y era prudente no entrar por las noches sino con el revólver en la mano.

Su *señora* nos quería mucho á Samuel, á Achmet y á mí.

De ordinario era ella quien preparaba la comida á mis dos amigos, á quienes con frecuencia sus *negocios* les retenían en este barrio.

Su *señora* tenía para nosotros consideraciones casi maternas.

Había en casa de su *señora* un gabinetito y un cofre que me servían para mis cambios de traje. Entraba vestido á la europea por la puerta principal, y salía por la del callejón transformado en turco.

Su *señora* era italiana.

XXXIV

20 de Enero.

Ayer acabó como el rosario de la aurora la gran comedia de la Conferencia internacional. Las Excelencias se van; los embajadores también preparan su equipaje, y he aquí á los turcos fuera de la ley.

Deseo buen viaje á toda esa gente. Por fortuna, nosotros nos quedamos en Eyoub, donde hay mucha calma y resolución. En los cafés turcos, aun los más modestos, reúnen por la noche, confundidos unos con otros, los ricos y los pobres, los pachás y los hombres del pueblo. ¡Oh! ¡Igualdad desconocida en nuestras naciones democráticas, en nuestras repúblicas occidentales! No falta nunca algún erudito que explique á los circunstantes la jerga de la prensa del día; todos escuchan en silencio y con atención profunda. No estallan esas disensiones ruidosas, tan en boga en nuestras tabernas de los barrios bajos: no se bebe aguardiente ni ajenjo; en Eyoub se tratan los asuntos públicos con sinceridad y recogimiento.

No debe desesperarse de un pueblo que ha conservado tantas creencias, honradez y gravedad.

XXXV

Hoy 22 de Enero, los ministros y los altos dignatarios del Imperio, reunidos en sesión solemne en la Sublime Puerta, han resuelto unánimemente rechazar las proposiciones de Europa, por entre las cuales veían deslizarse las garras de la santa Rusia. Y de todos los ángulos del Imperio se reciben mensajes de felicitación dirigidos á los hombres que han tomado esta resolución desesperada.

El entusiasmo nacional ha sido grande en esta asamblea, donde se han visto por primera vez cosas insólitas; cristianos que se sentaban al lado de los musulmanes, prelados griegos, prelados armenios que departían amistosamente con los derviches y el *Cheik-ul-Islam*: por primera vez se ha oído salir de labios mahometanos estas palabras inauditas: «nuestros hermanos cristianos.»

Un gran espíritu de fraternidad y de unión ha acercado á las diferentes comisiones religiosas del imperio otomano, frente al peligro común, y el prelado armenio-católico ha pronunciado en plena asamblea el siguiente extraño y guerrero discurso:

«Effendis:

«Las cenizas de nuestros padres reposan desde hace cinco siglos en esta tierra de la patria. El primero de nuestros deberes es defender la tierra que nos han legado en herencia. La muerte se verifica en virtud de una ley de la naturaleza. La historia nos muestra grandes Estados que han aparecido y desaparecido sucesivamente de la escena del mundo. Si pues en los designios de la Providencia está que haya sonado ya la hora del término de nuestra existencia, no tenemos más que doblar la cabeza, acatando sus misteriosos decretos; pero es muy distinto extinguirse vergonzosamente á tener un fin glorioso. Si debemos sucumbir al golpe de una bala asesina, no renunciemos al honor de recibirla en mitad del pecho, y no por la espalda; al menos, que el nombre de nuestro país figure gloriosamente en la historia. Ha poco éramos un cuerpo inerte: la Constitución que se nos ha otorgado ha venido á verificar y consolidar este cuerpo. Hoy, por vez primera, se nos invita á hablar. ¡Gracias sean dadas á S. M. el Sultán y á los ministros de la Sublime Puerta! ¡Que no salga en adelante la cuestión religiosa del dominio de las conciencias! ¡Que el musulmán vaya á su mezquita y el cristiano á su iglesia! ¡Pero hoy, en-

frente del peligro común, ante el interés de todos, unámonos y permanezcamos unidos!»

XXXVI

Aziyadé, que era fiel á la babucha de taflete amarillo de los buenos musulmanes, sin talón ni caña, destrozaba tres ó cuatro pares por semana; así que había siempre repuesto de ellas en todos los rincones de la casa. Aziyadé escribía su nombre dentro de ellas, bajo el pretexto de que Achmet ó yo podríamos quitar-selas.

Las que habían servido eran condenadas á un suplicio horroroso. Las tirábamos por la noche, desde lo alto de la azotea, al Cuerno de Oro. Llamábamos á esto el *Kourban des papoutchi*, es decir, el sacrificio de las babuchas.

Era un placer subir, las noches claras y frescas, la vieja escalera de madera que cruja bajo nuestros pasos, y después, en la azotea, á la luz de la luna, *mahitabela*, luego de asegurarnos de que todos dormían en torno nuestro, comenzar el *Kourban*, y ver las piruetas que hacían en el aire, una tras otra, las babuchas condenadas.

¿Caerá la babucha en el agua ó en el lodo, ó sobre la cabeza de algún gato enamorado?

El ruido que su caída producía en el silencio profundo de la noche, nos indicaba quién había acertado y ganado la apuesta.

¡Que bien estábamos allí, completamente solos, tan lejos de los hombres, tan tranquilos, pisando con frecuencia una blanca capa de nieve y dominando al viejo Stambul que dormía! Estábamos privados de gozar juntos de la luz del día, que tantos otros disfrutan, paseándose del brazo al aire libre, sin saber apreciar su dicha. La azotea era el lugar de nuestros paseos; allí respirábamos el aire puro de las hermosas noches de invierno, en compañía de la luna, amiga discreta que ya descendía al Oeste, hacia el país de los infieles, ya se levantaba completamente roja en el Oriente, dibujando la distante silueta de Scútari ó de Pera.

XXXVII

¿Es el fin, Señor, ó es el comienzo?
(Victor Hugo: *Cantos del crepúsculo*.)

La animación es extraordinaria en el Bósforo. Los buques transportes llegan y parten, cargados de soldados que van á la guerra. Vienen de todos lados conscriptos y voluntarios; del fondo del Asia, de las fronteras de Persia, hasta de la Arabia y del Egipto. Se les equipa

apresuradamente para enviarles al Danubio ó á los campos de Georgia. Se saluda diariamente su partida con fanfarrias ruidosas, con gritos terribles en honor de Allah. Turquía no ha puesto nunca tantos hombres sobre las armas, tantos hombres tan decididos y tan bravos. [Sólo Allah sabe la suerte que espera á esas muchedumbres!

XXXVIII

29 de Enero de 1879.

No hubiera perdonado nunca á sus Excelencias un Carnaval diplomático si hubiesen perturbado mi vida.

Soy feliz con volverme á encontrar en esta casita perdida, que un instante experimenté el temor de tener que abandonar.

Es media noche: la luna refleja su luz azulada en el papel en que escribo, y los gallos comienzan á entonar su canción nocturna. Está uno en Eyoub, muy lejos de sus semejantes, muy aislado durante la noche, pero también muy tranquilo. Apenas creo muchas veces que Arif-Effendi sea yo; pero estoy tan cansado de mí mismo, desde hace veintisiete años que me conozco, que me gusta el poderme tomar por otro.

Aziyadé está en Asia: ha ido de visita con su harén á otro harén de Esmidt, y no volverá hasta dentro de cinco días.

Samuel está á mi lado; duerme en el suelo con sueño tan tranquilo como el de los niños. Ha visto esta tarde recoger á un ahogado, el cual, á lo que parece, estaba tan horrible, era tan feo, que Samuel tiene mucho miedo, y por precaución ha traído á mi gabinete sus mantas y sus colchones.

Mañana por la mañana, al rayar el alba, los voluntarios que parten irán á rezar sus plegarias y habrá mucha gente en la mezquita. Partiría de buena gana con ellos, á morir en cualquier parte al servicio del Sultán. Es hermoso y arrebatador el espectáculo de un pueblo que no quiere perecer, y siento por Turquía algo del entusiasmo que me inspiraría mi patria si estuviese amenazada, como ella, y en peligro de muerte.

XXXIX

Estábamos sentados Achmet y yo en la plaza de la mezquita del sultán Selim. Seguíamos con la vista los antiguos arabescos de piedra que trepan retorciéndose á lo largo de los minaretes, y el humo de nuestras pipas que se

perdía, formando espirales, en el puro ambiente.

La plaza del sultán Selim está rodeada de una muralla vieja, donde se abren de trecho en trecho puertas ojivales. Los transeuntes son raros en aquel sitio, y se ven algunas tumbas protegidas por la sombra de los altos cipreses; es este realmente un barrio turco, y es muy fácil el creer uno que vive en el siglo diecisiete.

—Yo, decía Achmet con tono de disgusto, sé perfectamente, Loti, lo que he de hacer cuando hayas partido: llevaré una vida alegre y me achisparé todos los días; pagaré un músico ambulante para que me siga con su organillo y me entretenga desde por la mañana hasta por la noche. Me comeré mi dinero... Pero no, agregaba cambiando de tono; soy como Aziyadé: cuando te vayas, todo habrá acabado para tu Achmet.

Me vi precisado á hacerle jurar que sería prudente, cosa no muy fácil en verdad.

—¿Quieres, exclamó después, jurarme á tu vez otra cosa? Cuando te hayas casado y seas rico, vendrás á buscarme y te seguiré como criado. No me pagarás más que en Stambul, pero estaré á tu lado, y esto es lo único que deseo.

Prometí á Achmet reservarle un sitio en mi casa y confiarle mis pequeños.

La perspectiva de criar á mis bebés y de vestirlos á la turca, bastó para devolverle toda su alegría, y perdimos la tarde forjando proyectos de educación, basados en métodos sumamente peregrinos.

XI.

PLUMETT Á LOTI

«Mi querido amigo:

»No le he escrito á usted, sencillamente porque no tenía nada que decirle; en tales casos mi costumbre es guardar silencio.

«¿Qué hubiera podido, en efecto, referir á usted? Que me preocupaban mucho cosas nada agradables; que estaba bajo la férula de la despótica realidad, tirano del cual es muy difícil librarse; que languidecía tristemente en medio de gentes que no me gustan; que se habían roto los lazos simpáticos, las afinidades misteriosas que en ciertos momentos me unen estrechamente con todo lo que es amable y bello.

»No me cabe duda de que usted comprenderá esto muy bien, porque es el mismo estado en que le he visto sumido con frecuencia.

perdía, formando espirales, en el puro ambiente.

La plaza del sultán Selim está rodeada de una muralla vieja, donde se abren de trecho en trecho puertas ojivales. Los transeuntes son raros en aquel sitio, y se ven algunas tumbas protegidas por la sombra de los altos cipreses; es este realmente un barrio turco, y es muy fácil el creer uno que vive en el siglo diecisiete.

—Yo, decía Achmet con tono de disgusto, sé perfectamente, Loti, lo que he de hacer cuando hayas partido: llevaré una vida alegre y me achisparé todos los días; pagaré un músico ambulante para que me siga con su organillo y me entretenga desde por la mañana hasta por la noche. Me comeré mi dinero... Pero no, agregaba cambiando de tono; soy como Aziyadé: cuando te vayas, todo habrá acabado para tu Achmet.

Me vi precisado á hacerle jurar que sería prudente, cosa no muy fácil en verdad.

—¿Quieres, exclamó después, jurarme á tu vez otra cosa? Cuando te hayas casado y seas rico, vendrás á buscarme y te seguiré como criado. No me pagarás más que en Stambul, pero estaré á tu lado, y esto es lo único que deseo.

Prometí á Achmet reservarle un sitio en mi casa y confiarle mis pequeños.

La perspectiva de criar á mis bebés y de vestirlos á la turca, bastó para devolverle toda su alegría, y perdimos la tarde forjando proyectos de educación, basados en métodos sumamente peregrinos.

XI.

PLUMETT Á LOTI

«Mi querido amigo:

»No le he escrito á usted, sencillamente porque no tenía nada que decirle; en tales casos mi costumbre es guardar silencio.

¿Qué hubiera podido, en efecto, referir á usted? Que me preocupaban mucho cosas nada agradables; que estaba bajo la férula de la despótica realidad, tirano del cual es muy difícil librarse; que languidecía tristemente en medio de gentes que no me gustan; que se habían roto los lazos simpáticos, las afinidades misteriosas que en ciertos momentos me unen estrechamente con todo lo que es amable y bello.

»No me cabe duda de que usted comprenderá esto muy bien, porque es el mismo estado en que le he visto sumido con frecuencia.

»Su naturaleza de usted se parece mucho á la mía: así se explica la profunda simpatía que usted me inspiró desde el primer momento. Axioma: lo que más ama uno en los otros, es uno mismo. Cuando encuentro *otro yo*, hay en mí así como un aumento de energía; parece que se unen las fuerzas análogas que hay en uno y en otro, y que la simpatía es sólo el deseo, la tendencia hacia esa mayor energía, que para mí es sinónima de felicidad. Si á usted le parece bien, intitularé esta proposición: «La gran paradoja de la simpatía.» Le hablo á usted en estilo poco literario, no se me oculta; la dinámica me proporciona comparaciones y palabras; esto me atraerá las censuras de nuestros buenos escritores; pero si logro expresar bien mi pensamiento, me daré por satisfecho.

»La simpatía nace en nosotros por multitud de maneras diferentes. Usted, que es músico, entenderá lo que voy á decir. ¿Qué es un sonido? Sencillamente una sensación que nace en nosotros con ocasión del movimiento vibratorio transmitido por las ondas del aire á nuestro oído, y de aquí al cerebro por conducto del nervio acústico. ¿Qué pasa en el cerebro? Me planteaba esta cuestión ayer tarde, sin acertar á resolverla, como usted comprenderá. He aquí un fenómeno curioso; nos impresiona una se-

rie de sonidos; oímos una frase melódica que nos agrada. ¿Por qué nos agrada? Porque la serie de los intervalos musicales que la componen, ó, lo que es lo mismo, porque las relaciones que existen entre el número de vibraciones de los cuerpos sonoros están expresadas por unas cifras, en vez de estarlo por otras; altere usted estas cifras, ya no sentirá usted simpatías, dirá usted que no hay impresión musical, sino una serie de sonidos incoherentes. Oye usted simultáneamente varios sonidos: la impresión que usted experimenta es de agrado ó de desagrado, según el número de vibraciones; todo es cuestión de cifras en las relaciones simpáticas de los fenómenos exteriores con nosotros mismos, seres sensibles.

»Hay verdaderas afinidades entre nosotros y ciertas series de sonidos; entre nosotros y ciertas combinaciones de colores; entre nosotros y ciertos efectos luminosos; entre nosotros y ciertas líneas, ciertas formas. Aunque las relaciones entre todo esto y nuestro organismo sean muy complicadas para poder expresarse como en el caso de la música, sentimos, sin embargo, que esas relaciones existen.

»¿Por qué se ama á una mujer? Con frecuencia depende de que la curva de su nariz, el arco de sus cejas, el óvalo de su rostro, algo,

en fin, que no puede definirse, se corresponde con otro algo, también indefinible, que hay en nosotros. No proteste usted: la mayor parte de las veces el amor no es otra cosa.

»Usted me dirá que hay en esa mujer un atractivo moral, una delicadeza de sentimiento, una elevación de carácter que son la causa verdadera del amor que usted siente por ella...

¡Ay! ¡Guárdese mucho de confundir lo que hay en ella y lo que existe en usted! Todas nuestras ilusiones provienen de esto, de atribuir lo que está exclusivamente en nosotros, á aquéllas cosas y personas que nos agradan: de imaginarse que es un ángel la mujer que se ama, y de tomar al amigo por un hombre de genio.

»He estado enamorado de la Venus de Milo y de una ninfa de Correggio; no me movían seguramente á amarlas los encantos de su conversación ni el deseo de comercio intelectual, no; no había en esto más que afinidad física, el único amor que conocieron los antiguos, el amor que creara el arte. Hoy todo se ha complicado de tal modo, que ya no se sabe en dónde se tiene la cabeza. Las nueve décimas partes de las personas ignoran lo que las pasa.

»Sentadas estas premisas, veamos lo que á usted le ocurre, Loti. Hay afinidades entre todos los órdenes de cosas, y usted posee una na-

turalidad ávida de goces artísticos é intelectuales, y sólo puede ser dichoso viviendo en un medio que satisfaga su necesidad de simpatías, que es inmensa. Privándole de estas emociones, no hay felicidad posible para usted. En cualquiera otro medio será usted un pobre des-terrado.

»Al hombre capaz de sentir esas emociones de un orden superior, que la gran mayoría de los individuos no comprenden, le impresionan muy poco los goces que están por bajo de sus deseos. ¿Qué es el atractivo de una buena comida, de una partida de caza, de una muchacha bonita, para el que ha vertido lágrimas de ternura leyendo á los poetas, se ha abandonado deliciosamente á la influencia de una suave melodía, se ha sumido en ese sueño que no es el pensamiento, que es más que la sensación, y que no hay palabra que lo exprese?

»¿Cuál será el placer de ver pasar esas figuras vulgares en cuyos rostros se reflejan todos los grados de la tontería, cuerpos mal proporcionados, embutidos en levitas y pantalones negros, hormigueando en el lodo de las calles, sin más perspectiva que altas y sucias paredes, casas que parecen jaulas, y tiendas?

»La imaginación se deprime, y el pensamiento se coagula en el cerebro.

»¿Qué gusto ha de proporcionarle el conversar con las personas que le rodean, si no hay la menor armonía entre las ideas que exponen y las que sienten?

»Si su pensamiento de usted se lanza en el espacio y en el tiempo; si abraza la supuesta simultaneidad de los hechos que se realizan en la superficie de la tierra, la que no es más que un planeta que gira alrededor del sol, el cual á su vez es sólo un centro particular en un punto del espacio; si usted considera que este infinito simultáneo es sencillamente un instante de la eternidad, que es otro infinito, el cual se nos aparece de diferentes maneras, según el punto de vista en que nos colocamos, y hay una infinidad de puntos de vista; si pensamos que la razón de todo esto, que la ciencia de tan grandes maravillas nos es desconocida, y si se agitan en nuestro espíritu estos problemas eternos, ¿qué es la vida, qué somos nosotros en medio de tanto infinito?

»Hay muy buenas razones para que no éntre usted en comunión intelectual con las personas que ve á su lado.

»Su conversación le conmoverá tan poco como la de una niña que le refiriese á usted que un moscardón invasor ha roto la tela de su bastidor de bordar, ó la de un lagarto que

le dijese que acababa de heredar un grueso trozo de muro, en el cual podrá vivir cómodamente. (Cierta señor me decía hoy que su recolección había sido muy escasa este año, y que había heredado unas tierras de labor.)

»Usted ha estado enamorado; hoy tal vez lo está. Usted ha sentido que había un género de vida completamente especial, que su ser se hallaba en un estado particularísimo, merced al cual todo cobraba á sus ojos aspectos enteramente nuevos.

»Se asiste en estos casos como á una especie de revelación. Parece que se acaba de nacer por segunda vez. Se vive más; la sangre circula más de prisa: todo el organismo se conmueve; nuestras ideas, nuestros sentimientos se despiertan y flamean como la llama del ponche que se agita. (Literatura del porvenir.)

»En suma: el corazón se ensancha, es uno feliz, y la vida anterior desaparece ante esta felicidad, como si se hundiera en la noche. Cree uno que estaba en el limbo, que vivía, relativamente á esta nueva época, como el niño respecto al joven. Los sentimientos que se experimentan cuando se está enamorado no pueden expresarse sino al hallarse bajo su imperio, y en verdad no siento nada parecido en este instante. Y, sin embargo, ¡diablo! veo que

me enfrasco al remover estas cosas, que me exalto, que pierdo la cabeza, que no sé dónde estoy... ¡Qué hermosa cosa: amar y ser amado! ¡Saber que una naturaleza privilegiada ha comprendido la de uno; que adquieren relación con nosotros todos sus actos y pensamientos; que somos un centro, un objetivo sin fin; que impulsa á vivir, á pensar y á obrar á otra naturaleza tan delicadamente complicada como la nuestra! He aquí en lo que estriba nuestra fuerza; he aquí la que crea los hombres de genio.

»Y después, esa imagen graciosa de la mujer á quien amamos; imagen que es tal vez menos realidad que el producto más puro de nuestra imaginación; y esa mezcla de impresiones, físicas y morales, sensuales y espirituales, absolutamente indescriptibles, de que no puede formar idea sino aquél que las ha experimentado; impresiones que nacen en nosotros, por misteriosa asociación de ideas, al oír pronunciar su nombre, al verlo simplemente escrito en el papel, y otras mil sublimes notadas, que son tal vez lo mejor, lo más cierto y verdadero que hay en el mundo.

»Y la amistad, que es un sentimiento más severo, asentado en cimientos más sólidos, porque descansa en nuestras facultades más ele-

vadas, en nuestra misma inteligencia. ¡Qué felicidad la de poder decir todo lo que se siente á alguien que nos comprenda por *completo*, y no *hasta cierto punto*; á alguien que termina el pensamiento expresado por nosotros con la misma palabra que está en nuestros labios; á alguien cuya réplica nos sugiere un torrente de concepciones, una ola de ideas. Media palabra del amigo es más expresiva, para nosotros, que un discurso de otro, porque estamos habituados á pensar con él. Nos son familiares los sentimientos que le animan, y él lo sabe. Se presenta el fenómeno de dos inteligencias que suman y se completan.

»En verdad que el hombre que ha conocido todo aquello de que acabo de hablar, y á quien le falta todo ello, es bien desgraciado.

»Carezco de afecciones... Nadie piensa en mí... ¡A qué pensar, si no hay nadie á quien comunicar lo que se piensa? ¡Para qué sirve el talento si no existe en el mundo ninguna persona á cuyo juicio sea el mío mayor que el de otro cualquiera? ¡Para qué esforzarme por demostrar ingenio con personas que no han de comprenderme?

»Se abandona uno: se ha visto que no hay en el mundo nada que no sea perecedero: no se cree que sea posible contar con la perma-

nencia de ningún sentimiento: se prefiere una negación absoluta. Los nervios se relajan, el pensamiento se debilita; el yo se aminora á tal punto, que cuando uno está solo, duda si está despierto ó si duerme. La imaginación se embota; se extinguen las ilusiones, que es como si dijéramos huye la esperanza. Vuélvese uno fanfarrón, y habla audaz y ligeramente de cosas que parecen causar risa, y en rigor arrancan lágrimas.

»No se ama cosa alguna, y en realidad se está constituido para amarlas todas: no se cree en nada, y se sienten deseos de creerlo todo; se es bueno para todo y no hay medio de ser bueno para nada.

»¡Es atroz esto de sentir en sí verdadera plétora de facultades, y fracasar miserablemente: poseer un excedente de sensibilidad y no saber qué destino darle! La vida en semejantes condiciones es un tormento diario: tal vez nos distraigan por un momento ciertos caprichos (como el escudero apayasado de usted, la odalisca Aziyadé, y otros amores por el estilo); pero al poco tiempo renace el tedio, más negro que nunca, y el corazón se desangra más de prisa.

»He aquí la profesión de fe de usted explicada, desenvuelta y considerablemente aumentada por el ente raro que le escribe.

»La conclusión de este largo galimatías, casi ininteligible, hela aquí: me inspira usted interés vivísimo, menos acaso por lo que usted es que por lo que podría llegar á ser.

»¿Por qué ha escogido usted como medio de aliviar su dolor el ejercicio de los músculos, que matará en usted lo único que hay capaz de salvarle? Es usted clown, acróbata y maestro de esgrima. ¡Cuánto más valdría ser un gran artista, mi querido Loti!

»Quisiera que usted se penetrase de esta idea, que profeso con verdadera fe: no hay dolor moral que no tenga su remedio. Corresponde á nuestra razón el encontrarlo y aplicarlo según la naturaleza del mal y el temperamento del sujeto. La desesperación es un estado completamente anormal, una enfermedad no menos curable que otras muchas. Su remedio natural es el tiempo. Por desgraciado que usted sea, procure ponerse siempre á cubierto de la invasión del dolor; cualquier repliegue oculto é imperceptible de su inteligencia, donde discorra acerca de ese mismo dolor; ese pequeño repliegue será su botiquín.

»PLUMKETT

»Hábleme usted de Stambul, del Bósforo, de los bajáes de cuatro colas, etc. Baso las manos

de sus odaliscas, y soy siempre suyo afectísimo.

PLUMKETT.»

XLI

LOTI Á PLUMKETT

Enero de 1877.

«Le había dicho á usted, mi querido amigo, que era desgraciado? Lo dudo, y seguramente, si se lo he dicho á usted, he debido engañarme. Precisamente esta misma tarde, al regresar á casa, me confesaba á mí mismo que era uno de los pocos seres dichosos de este mundo, el cual, en realidad, es muy digno de ser amado. Volvía á caballo, la tarde estaba hermosa; el sol poniente doraba los negros cipreses; las altas murallas almenadas de Stambul y el tejado de mi ignorada vivienda, donde me esperaba Aziyadé.

«El brasero caldeaba mi habitación, muy perfumada con esencia de rosas. Eché el cerrojo y me senté, cruzando las piernas, posición cuyos encantos ignora usted. Mi criado Achmet preparó dos pipas, una para mí y otra para él, y colocó á mis pies una bandeja de co-

bre, en la que ardía una pastilla del Serrallo. «Aziyadé entonó con voz grave la canción de los *djins*, golpeando un tambor lleno de laminillas de metal; el humo empezó á describir en el aire sus espirales azules, y poco á poco perdí la conciencia de la vida, de la triste vida humana, mirando aquellos tres rostros amigos, tan gratos de contemplar: mi querida, mi criado y mi gato.

«Por otra parte, no tengo que sufrir á los intrusos: no necesito soportar visitas inesperadas ó desagradables. Si algunos turcos vienen á verme discretamente, previa invitación que les dirijo, mis amigos ignoran en absoluto el camino de mi domicilio, y las persianas de fresno ocultan tan bien las ventanas de mi casa, que á ninguna hora del día pueden deslizarse hasta el interior las miradas de los curiosos.

«Los orientales, amigo mío, son los únicos que saben estar en su casa. En nuestros alojamientos de Europa, abiertos á todo el mundo, está uno como en medio de la calle, á merced del espionaje de amigos incómodos é indiscretos: ustedes no conocen la *inviolabilidad del domicilio* ni el encanto de este misterio.

«Soy feliz, Plumkett; retiro todas las ridículas lamentaciones que en un momento de tontería han brotado de mi pluma... Y, sin embar-

go, siento aún vivas las llagas de mi corazón; comprendo que el instante presente no es más que una tregua de mi destino, que algo fúnebre gravita sobre mi cabeza: que la felicidad de hoy producirá fatalmente la desgracia de mañana. Aquí mismo, y aunque ella esté á mi lado, me sobrecogen momentos de mortal tristeza, semejantes á las angustias inexplicables que en mi infancia se apoderaban de mí al acercarse la noche.

»Pero ahora soy feliz, Plumkett, y me siento rejuvenecer; no soy ya aquel muchachito de veintisiete años que había rodado tanto, vivido tanto, y hecho todas las tonterías posibles, en todos los países imaginables.

»Sería difícil decidir quién es más niño, Achmet, Aziyadé, Samuel ó yo. Era antes viejo y escéptico: tenía á su lado el aire de esos personajes de Bulwer, que vivían diez vidas humanas sin que el tiempo dejara huellas en sus rostros, y albergaban un alma senil en un cuerpo de veinte años. Pero su juventud ha refrescado mi corazón, y, como usted dice, quizás pueda aún creer en todo, yo que pensaba no creer en nada.»

XLII

Cierta tarde de Enero encontrábase el cielo de Constantinopla sumamente oscuro: el viento era frío; un agua finísima y la pálida luz que enviaba el sol velado, recordaban los tristes días de Inglaterra.

Seguía á caballo un ancho y largo camino, limitado á ambos lados por interminables murallas de treinta pies de altura, rectas, inaccesibles como las murallas de una prisión.

En un recodo de este camino se elevaba en el espacio un puente abovedado de mármol gris, que soportaban columnas también de mármol extrañamente esculpidas, y servía de comunicación entre la parte de la derecha y la parte de la izquierda de aquellas tristes construcciones.

Eran las murallas del serrallo de Teheragán. A un lado estaban los jardines; al otro los palacios y los kioscos, y el puente de mármol permitía á las hermosas sultanas pasar de una parte á otra sin ser vistas desde fuera.

Tres puertas tan solo, colocadas á gran distancia una de otra, se abrían en las fortificaciones del palacio; tres puertas de mármol gris

con hojas de hierro, doradas y cinceladas. Altas y majestuosas, dichas puertas dejaban adivinar las riquezas ocultas detrás de la monotonía de aquellos muros.

Soldados y eunucos negros guardaban estas entradas, cuyo acceso estaba prohibido. El mismo estilo de los pórticos parecía indicar que era peligroso franquear el dintel. Las columnas y los frisos de mármol, tallados según el gusto árabe, estaban cubiertos de dibujos extraños y misteriosos letreros.

Una mezquita de mármol blanco con cúpula, donde brillaba una media luna de oro, estaba adosada á rocas sombrías, en las cuales crecían zarzas salvajes. Se hubiera creído que la varita de un mago la había hecho surgir de repente con su nivea blancura, respetando á propósito el aspecto agreste y rudo de la naturaleza que la rodeaba.

En esto pasó un coche, donde iban tres damas turcas, una de las que dejaba entrever, bajo el velo transparente que la cubría, su extraordinaria hermosura.

El acompañamiento de dos eunucos á caballo demostraba que aquellas mujeres eran grandes damas.

Las tres turcas no manifestaban mucha compostura; todas las *hanums* de gran casa tienen

poco reparo en dirigir á los europeos miradas sobrado expresivas ó francamente burlonas.

La más bonita de las tres me había sonreído con tanta complacencia, que volví grupas para seguir las.

Entonces comenzó un largo paseo de dos horas, durante el cual la bella desconocida me envió por la abierta portezuela la colección de sus más deliciosas sonrisas. El coche iba á escape, y lo escolté en todo el trayecto, pasando delante ó detrás, conteniendo al caballo ó galopando para adelantarme. Los eunucos (que son terribles en las óperas cómicas) seguían estas maniobras sin inquietarse lo más mínimo y continuaban trotando cada uno en su puesto, con la impasibilidad más completa.

Pasamos Dolma-Batgché, Sali-Bazar, Tophané, el ruidoso barrio de Gálata, y después el puente de Stambul, el triste Fanar y el negro Balata. Al fin se detuvieron y bajaron las mujeres en Eyoub, en una callejuela turca, delante de un *conak* antiguo, de aspecto opulento y sombrío.

La bella Seniha (supe al día siguiente su nombre), antes de entrar en su morada, se volvió para enviarme su última sonrisa: le había encantado mi audacia, y Achmet auguró muy mal de esta aventura.

XLIII

Las mujeres turcas, las grandes damas sobre todo, no se muestran muy celosas de la fidelidad que deben á sus esposos. A duras penas las contienen la feroz vigilancia de algunos hombres y el temor del castigo. Siempre ociosas, devoradas por el hastío, físicamente atormentadas por la soledad del harén, son capaces de entregarse á cualquier criado con quien tropiecen, ó al barquero que las pasea, si es buen mozo y las agrada. Todas se enamoran fácilmente de los jóvenes europeos, y éstos se aprovecharían de semejante inclinación si la supiesen, si se atrevieran, ó, mejor dicho, si se hallaran en condiciones favorables de intentar la aventura. Mi posición en Stambul, mi conocimiento del lenguaje y los usos turcos, mi puerta aislada, cerrándose silenciosamente sobre sus viejos goznes, eran cosas muy á propósito para salir airoso en esta clase de empresas; y mi casa podría haberse convertido, si tal hubiese sido mi deseo, en el refugio peligroso de muchas pájaras cautivas.

XLIV

Algunos días más tarde, negra nube de tormenta descargaba en mi pacífica vivienda: una nube muy sombría se interponía entre dos seres que no habían dejado de quererse. Aziyadé se sublevaba contra un cínico proyecto que yo la exponía: resistióse á mi instancia con una fuerza de voluntad invencible, sin que acudiese una lágrima á sus ojos ni se notara el menor temblor en su voz.

Le había declarado que al día siguiente permaneciese en su casa; que otra iba á ocupar su lugar por algún tiempo, y que, pasado éste, ella volvería amorosa como siempre, sin guardarme rencor por la humillación que le había impuesto.

Aziyadé conocía á Seniha, célebre en los harenes por sus escándalos é impunidad; aborrecía á aquella criatura, de quien abominaba Behidje-hanum; la idea de ser arrojada por semejante criatura la llenaba de amargura y de vergüenza.

—Es cosa completamente resuelta, Loti, decía: cuando Seniha éntre aquí, habrá acabado todo entre nosotros; ya no te amaré. Mi alma

es tuya, y te pertenezco, Loti; quizás moriré de pena, pero no volveré á verte.

XLV

Y al cabo de una hora, subyugada por el amor, había consentido en este compromiso insensato: se iba, y juraba volver más adelante, cuando la otra se hubiese ido y á mí me pluguiese llamarla.

Aziyadé partió con las mejillas rojas y los ojos secos, y Achmet, que la seguía, se volvió para decirme que no le esperase más. La cortina árabe que protegía la puerta de mi habitación cayó detrás de ellos, y oí, hasta que llegaron á la escalera, el ruido de sus pasos en los tapices. Allí se detuvieron. Aziyadé se sentó en los escalones para deshacerse en lágrimas: sus sollozos herían mis oídos en el silencio de la noche. Sin embargo, no salí de mi cuarto y la dejé partir.

Acababa de decirle, y era verdad, que la adoraba, que no amaba á Seniha; pero la fiebre abrasaba mis sentidos, arrastrándome hacia aquella desconocida, lleno de embriaguez. Pensaba con angustia que, en efecto, si Aziyadé se negaba á volver, una vez encerrada entre las

paredes de su harén, la había perdido para siempre, y que ningún poder humano me la podía restituir. Mi corazón se oprimió terriblemente cuando oí que la puerta de la calle se cerraba, después de franquearles la salida; pero, al pensamiento de la criatura que iba á venir, mi sangre ardía; permanecí inmóvil, y no los llamé.

XLVI

Al día siguiente por la noche mi casa estaba adornada y perfumada, esperando á la gran señora que había querido visitarme en mi solitario albergue. La bella Seniha llegó á punto de dar las ocho, hora descompasada en Stambul.

Quitóse el velo y el *feredjé* de lana con que por precaución se tapaba como una mujer del pueblo, y se ofreció á mis ojos luciendo un tocado francés, cuya vista no me agradó. Aquel tocado, de gusto dudoso, más lujoso que moderno, sentaba mal á Seniha, la cual lo advirtió. Esto no obstante, sentóse con soltura y habló con volubilidad. Su voz carecía de atractivo, y ella, al hablar, paseaba sus miradas con curiosidad por mi habitación, alabando mucho la originalidad y elegancia con que estaba

adornada. Insistía acerca de mi extraño género de vida y me dirigía sin reserva multitud de preguntas, á las que, por mi parte, contestaba con evasivas.

Y yo contemplaba á Seniha.

Era, en verdad, una belleza espléndida, de carnes frescas y aterciopeladas, de labios entreabiertos, húmedos y rojos. Echaba la cabeza hacia atrás, altiva y fiera, con la conciencia de su hermosura soberana.

Ardiente voluptuosidad se aspiraba en la sonrisa de aquella boca, en el movimiento lento de sus ojos negros, semivelados bajo la franja de sus pestañas. Pocas veces había visto una mujer más hermosa, así, á mi lado, pronta á mis deseos, en la tibia soledad de una cámara perfumada, y, sin embargo, librábase en mí una lucha inesperada; mis sentidos forcejeaban contra ese algo indefinido que ha dado en llamarse alma, y el alma se resistía á los sentidos. ¡Cuánto adoraba entonces á la pobre joven á quien había arrojado! Mi corazón se anegaba en ternura y remordimientos al recordarla. La hermosa criatura sentada á mi lado me inspiraba más bien disgusto que amor; la había deseado, había venido, sólo me faltaba querer, para poseerla; no pedía más, y su presencia me era odiosa.

La conversación languidecía y la voz de Seniha vibraba con reflexiones irónicas. Yo me hacía fuerte contra mí mismo, habiendo adoptado una resolución tan firme, que aquella mujer no pudo vencerla.

—Señora, dije—siempre en turco;—cuando llegue el instante en que tenga el sentimiento de que usted me abandone (y deseo que este instante tarde mucho), me permitirá usted que la acompañe.

—Gracias, contestó; viene conmigo un criado.

Era una mujer precavida: un amable eunuco, acostumbrado sin duda á las correrías de su señora, estaba, á todo evento, muy cerca de la puerta de mi casa.

La gran señora, al atravesar el dintel de mi puerta, se sonrió con tanto sarcasmo, que estuve á punto de coger su redondo brazo para retenerla.

Me contuve, sin embargo, pensando que la aventura era graciosa, y que de los dos papeles que habíamos representado, seguramente no me correspondía el peor.

XLVII

Achmet, que no pensaba volver, se presentó al día siguiente á las ocho de la mañana.

Afectaba un aire muy serio, y me saludó con grave frialdad.

La aventura de Seniha-hanum no tardó en devolverle la alegría, y acabó diciendo, como siempre, que yo era *tchok chegtan* (muy maligno), sentándose en un rincón para reirse más á sus anchas.

Cuando más tarde, en nuestras excursiones á caballo, encontrábamos el coche de Seniha-hanum, adoptaba actitudes tan burlescas, que me vi obligado á reprenderle y sermonearle.

XLVIII

Envié á Achmet á Oun-Capán, á casa de Kadidja.

Llevaba la comisión de informar á esta criada de confianza del recibimiento hecho á Seniha, rogarla que implorase en mi nombre el perdón de Aziyadé, y manifestarla mi deseo de verla aquella misma noche en mi casa.

Tres muchachos fueron al mismo tiempo al

campo con el encargo de traer ramas frescas y olorosas, y canastos llenos de narcisos y alelíes. Quería á todo trance adornar la casa para su vuelta, como en día de fiesta y alegría.

Cuando Aziyadé entró por la tarde, desde el dintel de la puerta hasta nuestra habitación anduvo sobre un tapiz de flores; las hojas de alelí cubrían el suelo, formando espesa capa olorosa: la casa se había saturado de su fragancia, y los escalones en que ella había llorado desaparecían bajo manojos de blancas azucenas.

Ninguna reflexión, ningún reproche salió de su boca de rosa; se sonrió solamente al ver aquellas flores. Tenía bastante talento para comprender al primer golpe de vista lo que de mí parte la decían en su lenguaje silencioso, y sus ojos, velados por las lágrimas, brillaban con profunda alegría. Andaba sobre la florida alfombra tranquila y serena, como una reina despojada que vuelve á tomar posesión de su trono, ó, como Apsara, recorriendo el ameno paraíso de las divinidades indias.

Las verdaderas apsaras y las verdaderas hurfes no son seguramente ni más bonitas, ni más frescas, ni más graciosas, ni más encantadoras.

El episodio de Seniha-hanum había concluí-

do; su única consecuencia fué el que nos amásemos más.

XLIX

Era la hora de la tarde en un día de invierno. El *muezzi* cantaba su canción eterna, y estábamos ambos encerrados en nuestro misterioso alojamiento de Eyoub.

La veo aún, á la linda y querida Aziyadé, sentada en el suelo sobre un tapiz turco rosa y azul, que los judíos nos han vendido, derecha y seria, con las piernas cruzadas en sus pantalones de seda de Asia. Tenía esa expresión casi profética, que contrastaba tanto con la extrema juventud de su rostro y la ingenuidad de sus sentimientos, expresión que adoptaba siempre que quería inculcarme cualquier idea, valiéndose de razonamientos singularísimos, basados lo más á menudo en alguna parábola oriental, cuyo efecto debía ser concluyente é irresistible.

—Bah, Lotim, decía, fijando en mí sus ojos profundos: *katch tané parmak bourada var?*

Y me mostraba su mano con los dedos abiertos («Mira, Loti, y dime cuántos dedos hay aquí.»)

Yo la respondí riendo:

—Cinco, Aziyadé.

—Sí, Loti, cinco; es verdad. Y sin embargo, no son todos iguales. *Bou boundan bir partcha kutchuk* (El pulgar es un poco más corto que el índice el índice, algo más corto que el anular, etc.; en fin, éste, el meñique, es el más pequeño de todos.)

Y era, en efecto, muy pequeño el más pequeño de los dedos de Aziyadé. Su uña, muy rosada en la base, en la parte que acababa de crecer, estaba teñida, como las demás en su parte superior, de un hermoso color verde naranja.

—Y bien, prosiguió; lo mismo, y con mayor razón, Loti, las criaturas de Allah, que son mucho más numerosas, no son todas iguales; todas las mujeres no son lo mismo, ni tampoco todo los hombres.

Era una parábola que tenía por objeto el probarme que si otras mujeres me habían olvidado, ella, Aziyadé, no me olvidaría; que si otros hombres me habían abandonado, no les imitaría Achmet.

—Por tanto, Loti, quédate con nosotros.

Pensó después en el porvenir, en ese porvenir inquieto y sombrío que fascinaba su pensamiento.

La vejez—una cosa muy extraña—triste reali-

dad que ella no se representaba muy bien; amarse eternamente, en la vida y después de la vida; envejecer juntos y seguir amándose.

—*Sen kodja*, decía (serás viejo): *ben kodja* (seré vieja.)

Esta última frase casi no la articulaba, y, según su costumbre, el gesto dominaba á la palabra. Así, al decir: «seré vieja,» temblaba su voz, se replegaba sobre sí misma, encorvando aquel cuerpo tan lleno de juventud ardiente y fresca.

—*Zarar yok* (no importa): tal era siempre su contestación. ¿Qué importa, Loti? Nos amaremos siempre.

L

Febrero de 1877.

¡Singular principio, si bien se piensa, el principio de nuestra aventura!

No detenerse ante imprudencias y peligros durante un mes, en la esperanza de alcanzar un resultado imposible.

Distrazarse de turco en Salónica, vistiendo un traje que hubiese inspirado sospechas al más confiado, por la misma exactitud de los detalles; transitar así por la ciudad, cuando la

pregunta más insignificante dirigida por cualquier transeunte habría perdido al audaz cristiano; galantear á una musulmana al mismo pie de sus rejas, empresa que carece de precedente en los anales de Turquía; y todo esto ¡santo cielo! más bien para disimular el hastío de vivir, más bien para asombrar con excen-tricidades á los camaradas escépticos, más bien por lanzar un reto á la existencia que por sentir un amor verdadero.

Y el éxito, que viene á coronar tanta imprudencia; la aventura, llevada á buen término mediante procedimientos propios únicamente para procurarle un desenlace trágico.

Parece que esto tiende á probar que sólo las cosas disparatadas son protegidas por la fortuna; que hay una Providencia para los locos y un Dios para los temerarios.

En ella, la curiosidad y la inquietud fueron los primeros sentimientos que brotaron en su corazón. La curiosidad fué la causa de que fijase en mí, á través de las rejas del balcón, sus grandes ojos, que expresaban al principio antes asombro que amor.

Había temblado por él, por aquel extranjero que cambiaba de traje, como Proteo cambiaba de forma, é iba á colocarse bajo sus rejas disfrazado con albornoz resplandeciente.

Y después se había dicho que era menester que la amase mucho, á ella, la esclava vendida, la oscura Azyadé, ya que para contemplarla arriesgaba tan temerariamente su cabeza. No se figuraba la pobre niña que aquel hombre, tan joven de rostro, había abusado ya de todos los placeres de la vida, y no le trafa más que un corazón gastado, ávido de cualquier novedad original; se había dicho que debía ser muy grato el ser amada de aquel modo, y se había deslizado poco á poco por la pendiente que debía echarla en los brazos del cristiano.

No se le había inculcado ningún principio de moral que pudiera ponerla en guardia contra sí misma; y sin darse cuenta de ello, se había dejado fascinar por el encanto de aquel poema de amor, cantado en loor suyo; encanto preñado de terribles peligros. Había entregado primeramente su mano á través de las rejas, en la quinta de Monastir; después su brazo; más tarde sus labios; hasta que abrió la ventana de par en par y bajó al jardín, como Margarita—como Margarita, sí,—de quien tenía el fresco candor y la juventud.

Como el alma de Margarita, su alma era pura y virgen, aunque su cuerpo de niña, comprado por un viejo, no lo fuese ya.

LI

Y ahora que obramos de una manera segura y reflexiva, con conocimiento completo de las costumbres turcas, de todas las estratagemas que están en uso en Stambul, con todos los perfeccionamientos del arte del disimulo, temblamos en nuestras citas, y al evocar el recuerdo de los primeros meses de Salónica, se nos figura recordar un sueño.

A menudo, sentados ambos al fuego como niños ya juiciosos que conversan gravemente acerca de sus diabluras pasadas, hablamos de los días inquietos de Salónica, de aquellas calurosas noches de tormenta durante las cuales errábamos por el campo como malhechores, ó en el mar como insensatos, sin poder cambiar aún una sola palabra, ni comunicarnos un solo pensamiento.

Y lo más curioso de esta historia es que la amo: «la florecilla azul del amor ingenuo» ha vuelto á abrirse en mi alma al contacto de su pasión, joven y ardiente; esta confesión sube á mis labios desde lo más profundo de mi ser: la amo y la adoro...

LII

Una tarde del mes de Enero en que el cielo estaba despejado y el sol enviaba á la tierra grato calor, al regresar á casa vi multitud de gentes y bombas en mi barrio.

—¿Dónde es el fuego? pregunté con inquietud.

Tenta siempre, sin saber por qué, el presentimiento de que mi casa iba á arder.

—¡Corre, Arif, corre! me gritó un viejo; ¡es en tu casa!

He aquí una emoción que aún no conocía.

Me aproximé, sin embargo, con aire indiferente al modesto alojamiento que habíamos arreglado el uno para el otro, ella para mí, yo para ella, con tanto amor.

La muchedumbre se abría á mi paso, hostil y amenazadora; las viejas, furiosas, excitaban á los hombres y me injuriaban; se había percibido olor á azufre y visto llamas verdes; me acusaban de hechicería y maleficios. Las antiguas desconfianzas no estaban más que adormecidas, y ahora recogía el fruto de ser personaje inquieto é inverosímil, privado de apoyo, huérfano de protección.

Me acerqué lentamente á mi casa; habían derribado las puertas, roto los cristales: la multitud, una de esas multitudes siniestras que surgen en Constantinopla en los momentos de tumulto, había invadido y entrado á saco en mi domicilio. Entré: llovía agua negra, mezclada con hollín, piedras calcinadas y maderos inflamados...

El fuego, sin embargo, se había extinguido. Un departamento hundido, reducido á cenizas, un techo y un tabique desplomados; he aquí todo. Dominé la situación á fuerza de sangre fría. Los bachi-bozouks arrebataron su botín á los rateros; se mandó evacuar la plaza, y se dispersó la multitud.

Colocaron centinelas á la puerta. Les confié la custodia de mi ajuar, y me embarqué para Gálata. Iba en busca de Achmet, mozo de buen consejo, cuya presencia amiga hubiese sido precisa para mí en medio de aquel trastorno.

Al cabo de una hora llegué al centro del movimiento y de las tabernas: en vano fui á casa de su señora; inútilmente registré todos los tugurios: no pude encontrar á Achmet.

Y forzoso me fué dormir solo, en mi habitación sin puertas ni cristales, tiritando de frío, envuelto en mantas mojadas que oían á cha-

musquina. Mi sueño fué corto y mis reflexiones sombrías: pasé una de las noches más desagradables de mi vida.

LIII

Al día siguiente, Achmet y yo comprobábamos las pérdidas; eran relativamente mínimas y se podían reparar fácilmente. La habitación destruida no la ocupábamos, y no contenía ningún mueble. Aquel incendio parecía haber sido ejecutado de intento y por vía de distracción; los objetos más insignificantes se encontraban aquí y allá desparramados y sucios, pero intactos y presentes.

Achmet desplegaba una actividad febril: tres viejas judías sacudían las paredes, fregaban los suelos bajo sus órdenes: ocurrían escenas de gran sabor cómico.

Al otro día, todo estaba libre de escombros, lavado, seco, limpio y reluciente; un gran agujero negro reemplazaba á dos habitaciones; fuera de este detalle, la casa había recobrado su aspecto habitual, y mi sala su tono de original elegancia.

Habíamos preparado las habitaciones para la recepción solemne que debía tener lugar

aquella tarde; veíanse en numerosas bandejas pipas, bebidas y tazas de café. Hasta se llamó á una orquesta, compuesta de dos músicos, un tambor y un oboe.

Achmet me había impulsado á hacer estos gastos, combinando un verdadero plan de defensa. A las siete recibía á las autoridades y á los notables que iban á decidir de mi suerte.

Temía verme obligado á darme á conocer y tener que reclamar la protección de la embajada inglesa; me hallaba muy perplejo, esperando á mis huéspedes.

Tan singular manera de concluirse la aventura hubiera ido seguida de una orden superior que habría puesto fin á mis correrías por Constantinopla. Temía más esta solución que á la justicia otomana.

Los veo aún á todos: eran quince ó veinte personas; se habían sentado gravemente en mis tapices. Allí estaban el propietario de mi casa, los vecinos, los jueces, la policía y los derviches: la orquesta tocaba á rabiár, y Achmet no se daba tregua en servir mastic y café.

Debía justificarme de la acusación de incendiario ó de la de hechicero; ir á la cárcel ó pagar una fuerte suma por haber intentado quemar á Eyoub; en fin, indemnizar á mi propietario y reparar la casa á mis expensas.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO HILYLS"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

No puede uno contar en Turquía más que consigo mismo; pero en general se consigue todo lo que se quiere, y la insolencia es siempre seguro medio de éxito. Toda la tarde afecté humos de gran señor: estuve sublime en punto á impertinencia y audacia. Achmet seguía sirviendo café y otras bebidas, y embrollaba de intento los intereses y las cuestiones; estaba magnífico en el desempeño de su papel; la orquesta no paraba un momento, y, al cabo de dos horas, la situación había alcanzado su paroxismo: mis huéspedes no se entendían ya; nadie se acordaba de mí.

—Vamos, Loti, me dijo Achmet: ha llegado el momento crítico; no encontrarás en toda Stambul otro Achmet, y sin mí estabas perdido.

La situación era complicada y cómica. Achmet no ocultaba su alegría loca y contagiosa. Cedí á la necesidad irresistible de saltar y brincar, y dí dos volteretas de clown, delante de la concurrencia estupefacta.

Achmet, encantado ante semejante idea, sacó partido de la diversión: con muchos saludos fué entregando á todos sus zuecos, su ropón y su linterna: disolvióse la reunión sin acordarse de nada.

Fin y moraleja.—Ni fui á la cárcel ni pagué multa ninguna. Mi propietario debió reparar la

casa á su costa, dando gracias á Allah por haberle dejado la mitad, y continué siendo el niño mimado del barrio.

Cuando dos días después volví Aziyadé, lo encontré todo en orden, cada cosa en su puesto y el suelo tapizado de flores.

El fuego, prendiendo por sí solo en una casa cerrada, es fenómeno que se explica difícilmente. La causa primera del incendio es aun un misterio.

LIV

“La ciencia de esta región es el olvido...
 Todo el que ha naufragado en el océano de las pasiones, encuentra el reposo en este anonadamiento.
 El corazón no halla aquí más que el no ser...”

(FERIHEDDIN ATTAR, poeta persa.)

Había recepción en casa de Izeddín-Alí-Efendi, en el centro de Stambul; humo de perfumes y de tembaki, el tambor de cuero, relleno de hojuelas de cobre, voces de hombres que cantaban las extrañas melodías árabes; en fin, un verdadero sueño oriental.

Estas veladas me habían parecido al principio de un gusto bárbaro; pero poco á poco me fui familiarizando con ellas y más adelante

No puede uno contar en Turquía más que consigo mismo; pero en general se consigue todo lo que se quiere, y la insolencia es siempre seguro medio de éxito. Toda la tarde afecté humos de gran señor: estuve sublime en punto á impertinencia y audacia. Achmet seguía sirviendo café y otras bebidas, y embrollaba de intento los intereses y las cuestiones; estaba magnífico en el desempeño de su papel; la orquesta no paraba un momento, y, al cabo de dos horas, la situación había alcanzado su paroxismo: mis huéspedes no se entendían ya; nadie se acordaba de mí.

—Vamos, Loti, me dijo Achmet: ha llegado el momento crítico; no encontrarás en toda Stambul otro Achmet, y sin mí estabas perdido.

La situación era complicada y cómica. Achmet no ocultaba su alegría loca y contagiosa. Cedí á la necesidad irresistible de saltar y brincar, y dí dos volteretas de clown, delante de la concurrencia estupefacta.

Achmet, encantado ante semejante idea, sacó partido de la diversión: con muchos saludos fué entregando á todos sus zuecos, su ropón y su linterna: disolvióse la reunión sin acordarse de nada.

Fin y moraleja.—Ni fui á la cárcel ni pagué multa ninguna. Mi propietario debió reparar la

casa á su costa, dando gracias á Allah por haberle dejado la mitad, y continué siendo el niño mimado del barrio.

Cuando dos días después volví Aziyadé, lo encontré todo en orden, cada cosa en su puesto y el suelo tapizado de flores.

El fuego, prendiendo por sí solo en una casa cerrada, es fenómeno que se explica difícilmente. La causa primera del incendio es aun un misterio.

LIV

“La ciencia de esta región es el olvido...
 Todo el que ha naufragado en el océano de las pasiones, encuentra el reposo en este anonadamiento.
 El corazón no halla aquí más que el no ser...”

(FERIDEDDIN ATTAR, poeta persa.)

Había recepción en casa de Izeddín-Alí-Efendi, en el centro de Stambul; humo de perfumes y de tembaki, el tambor de cuero, relleno de hojuelas de cobre, voces de hombres que cantaban las extrañas melodías árabes; en fin, un verdadero sueño oriental.

Estas veladas me habían parecido al principio de un gusto bárbaro; pero poco á poco me fui familiarizando con ellas y más adelante

hubo en mi casa recepciones iguales, donde se embriagaban con humo y aromas.

Las recepciones de Izeddín-Alí-Effendi empiezan al anochecer y duran hasta bien entrada la mañana. Las distancias son muy largas en Stambul, sobre todo en noches de nieve, é Izeddín practica la virtud de la hospitalidad en grande escala.

La casa de Izeddín-Alí, vetusta por fuera, encierra entre sus ennegrecidas paredes las misteriosas magnificencias del lujo oriental. Izeddín, por otra parte, rinde culto exclusivamente á todo lo *está* (antiguo); á cuanto le recuerda los tiempos pasados; á todo lo que está marcado con el sello de otras épocas.

Llámase á la puerta férrea y pesada: dos niñas, esclavas circasianas, abren sin ruido.

Se apaga la linterna: se quita uno el calzado, costumbre muy limpia que hay que respetar en Turquía. La casa, en Oriente, no se mancha nunca con el lodo de la calle; se deja el barro á la puerta, y los preciosos tapices que el nieto ha heredado de su abuelo, no se pisan nunca sino en babuchas ó con los pies desnudos.

Las esclavas circasianas tienen ocho años. Están destinadas á ser vendidas, y no lo ignoran. Los juveniles rasgos de sus rostros son regulares y encantadores; lucen flores prendi-

das en sus altos cabellos, que están recogidos en la parte más alta de la cabeza; os cogen la mano con respeto y se la llevan á la frente.

Aziyadé, que también ha sido esclava en su niñez, conserva esta costumbre y la emplea para demostrarme su amor y sumisión.

Se suben antiquísimas escaleras, cubiertas de suntuosas alfombras de Persia: el *harenlike* se entreabre suavemente, y las mujeres, casi ocultas tras una puerta incrustada de nácar, os observan con ojos de curiosidad.

En una espaciosa sala, donde los tapices son tan tupidos que parece que se anda sobre el lomo de un carnero de Cachemira, hay sentados cinco ó seis jóvenes con las piernas cruzadas, en actitud de feliz abandono y de tranquila somnolencia. Una gran copa de cobre cincelada, llena de brasas, esparce tibio calor: la atmósfera, algo pesada, convida al sueño. Del techo de roble esculpido cuelgan arañas con bujías encerradas en tulipanes de ópalo, que sólo dejan filtrar una luz rosada, suave y discreta.

Las sillas son tan desconocidas como las mujeres en estas fiestas turcas. Sólo se ven divanes muy bajos, forrados de ricas telas de Asia; cojines de brocados de seda y de oro; jarras de plata con ramos de jazmines y elegantes mesitas donde se colocan pipas que terminan

en gruesas esferas de ámbar, incrustadas de oro.

No se admite á todo el mundo en casa de Izeddín-Ali; pocos son los que gozan de este privilegio. No tienen allí acceso esos hijos de Pachá, necios y petulantes, que se han revolcado en el lodo de los boulevares de París. Sólo se abren las puertas de la casa á los jóvenes que permanecen fieles á las tradiciones de la *vieja Turquía*, educados en *yalis* dorados, al abrigo de las ráfagas igualitarias que huelen á hulla y soplan del Occidente. No encuentra la mirada en aquellos grupos más que figuras simpáticas, ojos brillantes que respiran juventud.

Los hombres que durante el día transitan por la ciudad vestidos á la europea, vuelven á ponerse, en el sagrado inviolable del hogar, la camisa de seda y el ancho caftán forrado de pieles. El paletó gris no es más que un disfraz pasajero y sin gracia, que sienta mal á sus cuerpos asiáticos.

...El humo odorífero describe en su tibia atmósfera curvas movibles y complicadas: se conversa en voz baja, casi siempre de la guerra, de Ignatief, de Moscou, de los destinos funestos que Allah prepara al Califa y al Islam. Se llenan y desocupan muchas veces las tacitas

donde humea el rico café de la Arabia: las mujeres del harén, que esperan ansiosas el momento de presentarse, entreabren la puerta para pasar y retiran por sí mismas las bandejas de plata; se las ve la punta de los dedos, alguna vez un ojo ó un brazo que se oculta precipitadamente; esto es todo: á la hora quinta en los relojes turcos (las diez), la puerta del *harenlike* se cierra; las hermosas no vuelven á aparecer.

El vino blanco de Ismidí, que no está prohibido por el Corán, se sirve en un solo vaso; donde todos ponen los labios.

Beben tan poco, que una joven pediría más, y la libación viene á ser como un corto paréntesis de la velada.

Poco á poco, sin embargo, la cabeza se carga, y las ideas, inciertas y confusas, se embrollan como en un sueño indeciso.

Izeddín y Suleiman tocan el tambor con las manos y cantan con voz de sonámbulos antiguos aires de Asia. Se ven más vagamente el humo que sube, el nácar que brilla, las miradas que se apagan, las riquezas del alojamiento, y llega lenta y suavemente la embriaguez, el olvido deseado de todas las cosas humanas.

Los criados traen tapices, donde los concurrentes se tienden y duermen... Ha amanecido; filtra la luz á través del enrejado de fresno

de los pintados transparentes y de las colgaduras de seda.

Los huéspedes de Izeddín-Alí se van á hacer su tocado, cada uno en su gabinete de mármol blanco, sirviéndose de paños tan bordados y dorados, que en Inglaterra daría lástima arrugarlos.

Fuman después un cigarrillo reunidos en torno del brasero de cobre, y se despiden.

El despertar causa disgusto. Imagínase uno haber sido visitado por un cuento de las *Mil y una noches* al pisar el suelo tangoso de Stambul y ver ya en plena actividad calles y bazares.

LV

Todos los ruidos que se oyen en Constantinopla por las noches zumban aún en mis oídos, juntamente con el sonido de su voz, que á veces me daba extrañas explicaciones de ellos.

Era el más siniestro el grito de los *beckdjís*, la voz de alarma de los vigilantes nocturnos anunciando el incendio, el terrible *yangun var* tan prolongado, tan lúgubre, repetido en todos los barrios de Stambul, en medio del silencio más profundo.

Y después, por la mañana, oíase el canto sonoro, el saludo que los gallos dirigen al alba, seguido inmediatamente de la oración de los *muezzines*, triste para nosotros, porque nos anunciaba el día y porque á la tarde siguiente, para reunirse de nuevo, todo volvería á estar en tela de juicio, todo, hasta la vida.

Una de las primeras noches que Aziyadé pasó en el solitario albergue de Eyoub, un rumor sordo, que procedía de la escalera misma de la casa, nos hizo temblar á ambos. Creímos ver ya á nuestra puerta un tropel de diablos, ó de hombres con turbantes, subiendo los gastados escalones, con puñales y yataganes desnudos. Todo lo debíamos temer cuando estábamos juntos, y no era extraño que temblásemos.

Mas el ruido se renovó más distinto y menos terrible, y tan característico, que no dejaba lugar á dudas.

—*Setchau!* (los ratones) dijo ella riéndose y ya completamente tranquila.

En la vetusta armazón de la casa había, en efecto, ejércitos de ratones que libraban por la noche batallas en toda regla, á veces muy mortíferas.

—*Techok setchau var senin ecdé. Lolim!* decía con frecuencia (hay muchos ratones en tu casa, Loti).

Por esta causa, hízome el regalo de *Kedi-bey*.

Kedi-bey (el señor gato), que más adelante fué un enorme gatazo, tenía entonces un mes escaso; parecía una bola rojiza, con grandes ojos verdes; era muy goloso. Me lo trajo una noche, por sorpresa, en una de esas carteras bordadas de oro que usan las niñas turcas que van á la escuela.

Aquella cartera era la suya cuando iba con las piernas al aire, y sin velo, á recibir las lecciones del viejo pedagogo con turbante de la aldea de Kandidja, situada en la costa Oriental del Bósforo. Poco provecho había sacado de las explicaciones de su maestro; no leía bien del todo, y escribía muy mal; pero esto no obstante, amaba á aquella pobre cartera arrugada, que había sido la compañera de su infancia abandonada.

Kedi-bey venía envuelto además en un paño de seda; el susto del viaje le había hecho cometer en él toda clase de inconveniencias.

Aziyadé, que se había tomado el trabajo de bordarle un collar con lentejuelas de oro, se apesadumbró mucho al ver á su discípulo en situación tan lamentable. Era tal su desconsuelo, puso un gesto tan triste, que *Achmet* y yo soltamos á reír á todo trapo al ser descubierto *Kedi-bey*.

Esta presentación la recuerdo hoy como una de las escenas más cómicas de mi vida; nunca podré olvidarla.

LVI

Allah illah Allah, vé Mohammed reçoul Allah (Dios sólo es Dios, y Mahoma es su profeta).

Hace siglos que á la misma hora, con iguales notas, resuena todas las mañanas esta frase en lo alto del minarete que cae sobre mi azotea. El *muezzin*, con su voz estridente, la canta á los cuatro puntos cardinales, con monotonía automática, con la regularidad de un cronómetro.

Los que no son ya más que un puñado de cenizas, la oían en este mismo sitio, donde hoy la oímos nosotros que nacimos ayer.

Tres siglos ha que sin interrupción, en el alba indicio de los días de invierno, en las hermosas madrugadas de los días de verano, estalla en la sonoridad matinal la frase sacramental del islamismo, confundida con el canto de los gallos, con los primeros rumores de la vida que se despierta. Lúgubre diana, triste despertar de nuestras noches blancas, de nuestras noches de amor. Entonces tiene ella que par-

tir precipitadamente, sin decirme adiós, sin saber si nos volveremos á ver, temiendo que aquel día cualquier revelación súbita, cualquier acto de venganza por parte de un viejo á quien engañan sus cuatro mujeres, nos separe para siempre, ya que no esté pronto á desarrollarse uno de esos sombríos dramas del harén, contra los cuales es impotente la justicia humana é imposible todo socorro material.

Se va ella, mi querida Aziyadé, arrebujaada, como una mujer del pueblo, en su grosero ropón de lana gris fabricado en mi casa, encorvando el flexible talle, apoyada á veces en un grueso palo y ocultando su rostro con tupido velo.

Un caique la deja en el barrio populoso de los bazares, desde donde se traslada, ya bien entrado el día, al harén de su señor, después haber vuelto á vestirse en casa de Kadidja. Lleva siempre, para salvar algo las apariencias, algunos objetos que simulan compras de flores ó de cintas.

LVII

Achmet afectaba un aire solemne como quien va á desempeñar una misión muy importante.

Llevábamos ambos á cabo cierta expedición misteriosa. Achmet tenía instrucciones reservadas de Aziyadé; yo había jurado dejarme conducir y obedecer en todo.

En la escala de Eyoub, Achmet ajustó un caique para Azar-Kapou. Convenido el precio, me dijo que me embarcara; después agregó con acento grave:

—Siéntate.

Y partimos.

En Azar Kapou debí seguirle á través de inmundas callejuelas llenas de fango, negras, siniestras, donde se vendía pez, muebles devenciados y pieles de conejo: preguntábamos de puerta en puerta por un tal Dimitraki, que acabamos por encontrar en el fondo de un chiribitil indescriptible.

Era un griego viejo, harapiento, de barba blanca y aspecto de bandido; Achmet presentó un papel donde estaba escrito el nombre de Aziyadé, y pronunció un largo discurso en la lengua de Homero, del que no entendí una palabra. El viejo sacó de un cofre polvoriento una especie de caja llena de pequeños estiletos, entre los cuales eligió los más afilados; perspectiva poco tranquilizadora.

Después, dirigiéndose á Achmet, le dijo estas palabras, que ya mis recuerdos de los

autores clásicos me permitieron comprender:

—Enséñeme usted el sitio.

Y Achmet, abriéndome la camisa, colocó su dedo en el lado izquierdo, encima del corazón.

La operación concluyó sin grandes dolores, y Achmet entregó al viejo diez piastras, que procedían del bolsillo de Aziyadé.

Dimitraki ejercía el inverosímil oficio del tatuaje con los marineros griegos. Tenía una delicadeza de tacto y una seguridad en el dibujo muy notables.

Quedaba en mi pecho una pequeña placa dolorida, roja, formada por mil garabatos que, cicatrizándose, reprodujeron en hermoso color azul el nombre en griego de Aziyadé.

Según la creencia musulmana, este nombre, como cualquiera otra señal ó defecto de mi cuerpo, debía acompañarme á la eternidad.

LIX

Febrero de 1877.

¡Oh qué hermosa estaba la noche, Plumkett, y qué bello Stambul!

Había dejado el *Deerohund* á las ocho.

Después de andar largo rato, llegué á Gálata, entré en casa de su señora, recogí á mi amigo Achmet y nos encaminamos hacia Azar-Kapou cruzando los solitarios barrios musulmanes.

A la vuelta, dos caminos se presentaban siempre á nuestra vista, entre los cuales debíamos elegir para regresar á Eyoub.

Atravesar el gran puente de barcas que conduce á Stambul, irse á pie por el Fanar, Balata y los cementerios: he aquí un camino directo y distraído, pero también peligroso de noche, por lo que sólo nos aventurábamos á seguirlo cuando íbamos tres, esto es, cuando me acompañaba el fiel Samuel.

Aquella noche tomamos un caique en el puente de Karakeui, y regresamos tranquilamente por mar.

No corría el menor soplo de aire; no se observaba el menor movimiento en el agua, no

se oía el ruido más insignificante; Stambul estaba envuelta en un gran sudario de nieve.

Era aquel un panorama imponente y septentrional, que no hubiera pensado ver nunca en la ciudad del sol y del cielo azul.

Las colinas, coronadas de millares y millares de casas negras, desfilaban en silencio ante nuestros ojos, confundidas en un monótono y siniestro tinte blanco.

Por encima de aquellos hormigueros humanos, sepultados bajo la nieve, se elevaban las masas grandiosas de las mezquitas grises y las agudas puntas de los minaretes.

La luna, velada por la niebla, esparcía sobre el paisaje su luz indecisa y azulada.

Cuando llegamos á Eyoub, vimos que se filtraba tenue resplandor á través de los cristales, las persianas y las espesas cortinas de nuestras ventanas: *ella* estaba allí: había sido la primera en acudir á la cita.

Ustedes, Plumkett, en sus casas de Europa, necesariamente abiertas á todo el mundo, no pueden comprender esta *felicidad de llegar* que vale por sí sola todas las fatigas y peligros.

LX

Vendrá un día en que de este sueño de amor nada quedará; la noche profunda extenderá sobre ella, sobre mí, sobre todos nosotros, sus misteriosos velos: entonces nada sobrevivirá, ni aún nuestros nombres grabados en las piedras...

Hay un país que amo y que quisiera conocer: es la Circasia, con sus sombrías montañas y sus grandes bosques. El nombre de esta comarca ejerce en mi fantasía una fascinación que procede de Aziyadé: allí nació, allí pasó los primeros años de su vida.

Cuando veo pasar á los feroces circasianos, medio salvajes, envueltos en pieles de animales, algo me impulsa hacia esos desconocidos, porque la sangre que circula por sus venas es del mismo tronco que la sangre de Aziyadé.

Ella, por su parte, se acuerda de un gran lago; cree que vino al mundo en sus inmediaciones, en una aldea perdida entre bosques, cuyo nombre ignora, no lejos de una playa, donde jugaba al aire libre con los hijos de los montañeses.

Quisiera uno extender su imperio á toda la vida de la bien amada, ver su rostro de niña, los cambios paulatinos de su fisonomía, contemplarla en la infancia, mirarla crecer en nuestros brazos, sin que ninguna otra persona nos disputase sus caricias, ni la hubiera poseído, ni amado, ni tocado ni visto. Se tienen celos de su pasado; de lo que antes que á uno ha sido dado á otros; de los menores sentimientos de su corazón; de sus más insignificantes palabras á otros dirigidas cuando no la conocíamos. No basta el momento presente. Se pide todo el pasado y aun todo el porvenir. Cogidas las manos, juntos los pechos, palpitando acordes los corazones, se desearía que la unión se verificara en todas las partes á la vez y, mediante sentidos más sutiles, se quisiera no formar más que un solo ser y fundirse el uno en el otro...

—Aziyadé, dije, cuéntame alguna de las historias de tu infancia: háblame del viejo maestro de Kadidja.

Aziyadé se sonríe y busca en sus recuerdos alguna historia nueva, mezclada con sabrosas reflexiones y paréntesis extraños. Las preferidas entre estas historias, en que los *hodjas* (hechiceros) desempeñan generalmente el primer papel, son las más antiguas, aquellas casi bo-

rradas de su memoria, que se le presentan como reminiscencias furtivas de su primera infancia.

—Ahora te toca á ti, Loti, añade al concluir. Continúa: habíamos quedado cuando tenías dieciséis años...

¡Ay! todo cuanto le decía yo en la lengua de Tchengiz, ¡se lo había dicho á tantas otras antes que á ella! Todo cuanto le decía ¡me lo habían oído tantas otras antes que ella! Esas palabras que medio se balucean, deliciosamente insensatas, que apenas se oyen, ¡cuántas me las habían repetido antes que Aziyadé!

Sometido al encanto que otras mujeres ejercían sobre mí, mujeres cuyo recuerdo ha muerto en mi corazón, he amado otros países, otros sitios, otros lugares, y nada queda de todo ello.

Me había forjado con otra el mismo sueño de amor infinito: habíamos jurado adorarnos eternamente, no ser más que uno en tanto quedase una gota de sangre en nuestras venas; dormir en la misma fosa á fin de que de la misma tierra recogiesen nuestras cenizas y estas se mezclaran para siempre. ¡Y todo ha desaparecido, se ha borrado, se ha hundido! ¡Soy aún joven, y ya no me acuerdo!

Si hay una eternidad, ¿con quién la compar-

tiré? ¿contigo, querida Aziyadé, ó con la otra?
 ¿Quién podría separar en estos éxtasis inexplicables, en estos momentos de delirio y de embriaguez, lo que es hijo de los sentidos de lo que es hijo del corazón? ¿Es el esfuerzo supremo del alma hacia el cielo, ó el ciego poder de la naturaleza que quiere ser creada de nuevo y revivir? Cuestión perpetua que ha planteado todo el que ha vivido; á tal punto, que formularla otra vez es divagar.

Creemos casi en la unión inmaterial y sin fin, porque nos amamos. Pero ¿cuántos millares de seres, en los miles de generaciones pasadas, han creído lo mismo! ¿Cuántos que se han amado y han vivido con la luz de la esperanza, se han dormido confiados en el frío seno de la muerte! ¡Ay! Dentro de veinte años, de diez años tal vez, ¿dónde estaremos, pobre Aziyadé? Nuestros restos, ignorados, yacerán en la tierra: centenares de leguas sin duda separarán nuestras tumbas, y entonces: ¿quién se acordará de que nos hemos amado?

Llegará un día en que de este sueño de amor nada quedará. Perdidos ambos en la profunda noche del olvido, nada sobrevivirá de nosotros, todo se habrá borrado; hasta nuestros nombres escritos en las piedras.

Las niñas circasianas seguirán viniendo

desde las montañas á los harenes de Constanti-
 noplá. La triste canción del *muezzin* resonará
 diariamente en las mañanas de invierno, pero
 ¡no nos despertará!

LXI

El viaje á Angora, la capital de los gatos
 era un proyecto que abrigábamos mucho tiem-
 po hacía.

Obtuve de mis jefes la autorización necesaria para partir (una licencia de diez días), á condición de ser prudente y no meterme en ningún mal paso que exigiera la intervención de la embajada.

La banda se organiza en Scutari, con un tiempo delicioso; los derviches Riza-Effendi, Mahmud-Effendi y varios amigos de Stambul, son de la expedición. Van también damas turcas, criados y gran número de bagajes. La pintoresca caravana desfila al sol por la larga avenida de cipreses que atraviesan los grandes cementerios de Scutari. Este sitio es de una majestad fúnebre: se goza desde los puntos más altos de una incomparable vista de Stambul.

LXII

La nieve entorpece cada vez más nuestra marcha á medida que avanzamos en las montañas. Imposible llegar antes de dos semanas á la capital de los gatos.

Después de tres días me decido á despedirme de mis compañeros de viaje: vuelvo hacia el Sur con Achmet y dos caballos escogidos, á fin de visitar á Nicomedia y Nicea, las viejas ciudades de la antigüedad cristiana.

Traigo de la primera parte del viaje el recuerdo de un hermoso tiempo de invierno, de una naturaleza umbrosa y salvaje, de frescas fuentes, de valles profundos, cubiertos de robles, de arbustos y de zarzas en flor, todo salpicado ligeramente de nieve.

Dormimos en *hane*, especie de alojamiento sin nombre.

El de Mudurlu es el más notable de todos. Llegamos de noche á Mudurlu: subimos al primer piso de un viejo *hane*, á una inmensa habitación, negra, ahumada, donde duermen confundidos gitanos y domadores de osos. Sólo puede andarse en ella inclinando la cabeza. He,

aquí la comida del *hane*: una vasta marmita, donde nadan objetos incalificables, en una espesa salsa; se la coloca en el suelo y todos se sientan alrededor. Una sola y única servilleta, de varios metros de larga, dando la vuelta al público, sirve para todos.

Achmet declara que prefiere morirse de frío á dormir en el sucio pavimento del *hane*. Al cabo de una hora, sin embargo, transidos y muertos de fatiga, nos acostamos. A los pocos momentos dormíamos profundamente.

Nos levantamos antes de rayar el alba para ir á lavarnos, desde los pies á la cabeza, al aire libre, en el agua clara de una fuente.

LXIII

A la tarde siguiente, ya al cerrar la noche, llegamos á Ismidt (*Nicomedia*). NO teníamos *pasaporto*, y NOS detuvieron. Cierta bajá fué bastante complaciente para darnos dos á su capricho, y después de muchos interrogatorios logramos no dormir en el puesto de vigilancia. Nuestros caballos, sin embargo, quedaron en rehenes.

Ismidt es una gran ciudad turca, bastante civilizada, situada á la orilla de un golfo admi-

rable; sus bazares son animados y pintorescos. Está prohibido á los vecinos el pasearse después de las ocho de la noche, ni aun llevando linterna.

Conservo el vivo recuerdo de la mañana que pasamos en esta ciudad, una de las primeras mañanas de primavera; el cielo estaba azul: el sol empezaba á calentar.

Confortado con un buen desayuno que nos proporcionaron unos campesinos, desayuno fresco y bien dispuesto, y ya nuestros papeles en regla, comenzamos la ascensión de Orxhandjiami. Trepamos por callejuelas tapizadas de musgo y tan escarpadas como sendas de cabras. Las mariposas vuelan y los insectos zumban: los pájaros celebran con sus cantos el despertar de la primavera, y la atmósfera está tibia. Las viejas casas de madera, caducas é irregulares, están pintadas de flores y arabescos: las cigüeñas anidan por todas partes en los tejados, y se las inquieta tan poco, que sus construcciones impiden á muchos particulares el abrir las ventanas.

Desde lo alto de la djiami de Orxhan, la vista abarca el golfo de Ismidt, de aguas azuladas, las fértiles llanuras de Asia y el Olimpo de Brusa, que levanta allá, á lo lejos, su gran cima nevada.

LXIV

De Ismidt á Taouchandjil, de Taouchandjil á Kara-Moussar, segunda etapa; etapa en que la lluvia nos detiene.

De Kara-Moussar á Nicea (Isnik), expedición á caballo por medio de montañas sombrías, con un temporal de nieve; ha vuelto el invierno. Esta expedición ha estado sembrada de peligros. Cierta Ismael, á quien acompañaban otros tres bandidos, armados todos hasta los dientes, nos ha acometido para robarnos. Por fortuna, vino en nuestro auxilio una partida inesperada de bachi-bozouks y llegamos á Nicea sanos y salvos, aunque llenos de lodo. Presento tranquilamente mi pasaporte de súbdito otomano, obra del pachá de Ismidt. La autoridad, no obstante mi acento y mis vacunaciones al expresarme en turco, se deja engañar por mi gorro y mi traje; heme, pues, ya un indiscutible effendi.

En Nicea visitamos algunos santuarios cristianos de los primeros siglos; entre ellos, una Aya-Sophia (Santa Soffa), hermana primogénita de nuestras antiguas iglesias de Occidente.

Los domadores de osos siguen siendo nuestros compañeros de hospedaje.

Queríamos volver por Brusa y Mudania; pero, casi ya exhaustas las bolsas, regresamos á Kara-Moussar, donde, al desayunarnos, gastamos nuestras últimas piastras. Celebramos consejo, del cual resulta que entrego mi camisa á Achmet; véndela éste, y con el dinero que le dan hay bastante para pagar la vuelta, embarcándonos con el corazón alegre y los bolsillos vacíos.

Vimos reaparecer á Stambul con alegría. Los días transcurridos han cambiado el aspecto de la naturaleza: nuevas plantas han brotado en la azotea de mi casa: toda una familia de perrillos que acaba de nacer en el dintel de una puerta, ladran y menean la cola, su mamá nos recibe con grandes demostraciones de alegría.

LXV

Aziyadé vino aquella noche, manifestándome cuán inquieta había estado, y las veces que había repetido: *Allah sélamet versen Loti!* (¡Allah, protege á Loti!)

Me trafa un pequeño objeto pesado, dentro de una cajita que olía á esencia de rosa, como

todo lo que le pertenecía. Su rostro irradiaba de alegría al entregarme el pequeño y misterioso objeto, envuelto en seda.

—Ten, Loli, dijo: *bou benden sana edie.* (Es un regalo que te hago.)

Era una sortija maciza de oro batido, en la cual estaba grabado su nombre.

Desde hacía tiempo soñaba con regalarme esta sortija, con la que iría su nombre á Inglaterra. Pero la pobre niña no tenía dinero: vivía rodeada de bastantes comodidades, de un lujo relativo; le era posible traer á casa piezas de telas de seda bordada, cojines y diferentes objetos de que disponía sin cortapisas; pero sólo se le entregaban en metálico sumas insignificantes, que invertía en pagar el silencio de su criada E. ineh, y le era difícil ahorrar para comprar una sortija. Entonces pensó en sus alhajas; pero no se atrevió á venderlas ni á cambiarlas en el bazar de los joyeros, y hubo de recurrir á mil expedientes. Eran sus propias alhajas, transformadas en una enorme sortija, irregular y maciza, por un herrero de Scutari, lo que ella me trafa.

Juré que esta sortija no me abandonaría nunca; que la llevaría toda mi vida.

LXVI

Era una mañana espléndida de invierno, de ese invierno tan templado del Levante.

Aziyadé, que había dejado á Eyoub una hora antes, y bajado el Cuerno de Oro envuelta en un mantón gris, volvió á subirlo con un mantón de color de rosa para ganar el harén de su señor, en Mehmet-Fatih. Iba alegre y sonriente bajo su velo blanco: la vieja Kadidja la acompañaba, sentadas ambas cómodamente en el fondo de su esbelto caique, cuya proa estaba adornada con perlas y dorados.

Descendíamos Achmet y yo en sentido inverso, tendidos en los rojos cojines de un largo caique de dos remos.

Era el momento del esplendor matinal de Constantinopla; los palacios y las mezquitas, aún rosados bajo el sol levante, se reflejaban en las profundidades tranquilas del Cuerno de Oro; bandadas de *karabataks* (especie de cuervos) ejecutaban cabriolas fantásticas en torno de los barcos pescadores y hundían la cabeza en el agua azul y fría.

La casualidad, ó el capricho de nuestros *caiq-djis*, hizo que nuestros caiques pasaran uno

al lado del otro, tan cerca, que estuvieron á punto de chocar. Los remeros no desperdiciaron la ocasión de dirigirse sus acostumbradas injurias: «¡Perro, hijo de perro, nieto de perro!..» Y Kadidja aprovechó esta oportunidad para enviarnos disimuladamente una sonrisa, enseñándonos sus largos dientes blancos en su boca negra.

Aziyadé, por el contrario, pasó sin pestañear.

Parecía ocupada tan solo en contemplar el vuelo de los cuervos.

—*Neh cheytan haivan!* decía á Kadidja. (¡Que pájaro tan maligno!)

LXVII

«¿Quién sabe cuál de nosotros vivirá cuando acabe la bella estación?

»Alegráos: gozad, que la primavera pasa pronto.

»Oid el canto del ruiseñor: la primavera se aproxima.

»La primavera ha colgado una cuna, donde se mece la alegría, en cada bosquecillo.

»Donde el almendro abre sus nevadas flores.»

«Alegráos: gozad de la vida, que la primavera
pasa pronto (1).»

otra primavera más: florecen los almendros y
veo con terror que á cada nueva estación doy
otro paso hacia la sombría noche, hacia el
hondo abismo que ha de tragarme... ¿Adónde
voy, Dios mío? ¿Qué hay después de esto? ¿Qué
será de mí cuando beba la negra copa?

«Es la estación de la alegría y del placer, la
primavera se aproxima.»

«No ores conmigo ¡oh sacerdote! cada cosa
tiene su tiempo.»

(1) Antigua poesía oriental.

IV

MANE, THECEL, PHARES

I

Stambul 19 de Marzo de 1877.

La orden de partida me ha herido como un rayo: el *Deerhound* ha sido llamado á Southampton. He removido cielo y tierra para eludir esta orden y prolongar mi estancia en Stambul; he llamado á todas las puertas, sin olvidar las del ejército otomano, que han estado á punto de abrirse para mí.

—Mi querido amigo, ha dicho el pachá en un inglés muy puro, y con ese aire de perfecta cortesía que distingue á los turcos de buena familia; mi querido amigo ¿piensa usted también abrazar el islamismo?

—No, Excelencia, he dicho; me sería indigente naturalizarme en Turquía, cambiar de nombre y de patria; pero oficialmente seguiré siendo cristiano.

—Bien, me ha contestado, eso me agrada: el ser islamita no es indispensable: además, no nos gustan los renegados. Creo poder afirmar

«Alegráos: gozad de la vida, que la primavera
pasa pronto (1).»

otra primavera más: florecen los almendros y
veo con terror que á cada nueva estación doy
otro paso hacia la sombría noche, hacia el
hondo abismo que ha de tragarme... ¿Adónde
voy, Dios mío? ¿Qué hay después de esto? ¿Qué
será de mí cuando beba la negra copa?

«Es la estación de la alegría y del placer, la
primavera se aproxima.»

«No ores conmigo ¡oh sacerdote! cada cosa
tiene su tiempo.»

(1) Antigua poesía oriental.

IV

MANE, THECEL, PHARES

I

Stambul 19 de Marzo de 1877.

La orden de partida me ha herido como un
rayo: el *Deerhound* ha sido llamado á Sout-
hampton. He removido cielo y tierra para eludir
esta orden y prolongar mi estancia en Stam-
bul; he llamado á todas las puertas, sin olvidar
las del ejército otomano, que han estado á pun-
to de abrirse para mí.

—Mi querido amigo, ha dicho el pachá en
un inglés muy puro, y con ese aire de perfecta
cortesía que distingue á los turcos de buena fa-
milia; mi querido amigo ¿piensa usted también
abrazar el islamismo?

—No, Excelencia, he dicho; me sería indite-
rente naturalizarme en Turquía, cambiar de
nombre y de patria; pero oficialmente seguiré
siendo cristiano.

—Bien, me ha contestado, eso me agrada: el
ser islamita no es indispensable: además, no
nos gustan los renegados. Creo poder afirmar

á usted, continuó, que sus servicios no serán aceptados temporalmente: el mismo gobierno de Inglaterra se opondría á ello, pero quizás lo sean á título definitivo. Vea usted si quiere quedarse. Desde luego me parece difícil el que usted no parta con su buque; hay poco tiempo para ultimar la cuestión. Esto, por otra parte, le permitirá reflexionar maduramente acerca de una determinación tan grave, y si usted insiste, puede volver. Sin embargo, si tal es su deseo, hoy mismo haré presente su petición á S. M. el Sultán, y espero que su respuesta sea favorable.

—Excelencia, repliqué, prefiero, si es posible, que la cuestión quede resuelta inmediatamente: más adelante usted me olvidará. Sólo deseo una licencia para ir á ver á mi madre.

Rogué en seguida que me concediese una hora y salí para reflexionar.

Esta hora me pareció corta; los minutos eran como segundos, y mis pensamientos se sucedían tumultuosamente.

Marchaba al acaso por las calles del antiguo barrio musulmán que cubre las alturas del Taksim, entre Pera y Foundoucli. Me miraban mucho; iba vestido á la europea, y hasta con cierto esmero. El tiempo estaba sombrío, pesado y tibio; las vetustas casas de madera

cambiaban de colores, desde el gris sombrío hasta el negro y el rojo oscuro; las mujeres turcas circulaban calzadas con pequeñas pantuflas amarillas y envueltas hasta los ojos en mantos de seda escarlata y de color de naranja, bordados de oro. Se gozaba de una hermosa perspectiva desde aquella altura de trescientos metros: se veía el serrallo blanco y sus jardines poblados de negros cipreses, Scutari y el Bósforo, medio velados por la azul neblina.

Abandonar á su país, renunciar á su nombre, es más serio de lo que parece cuando llega el momento de elegir y no se tiene más que una hora para decidir la cuestión. ¿Me gustará Stambul cuando deba vivir aquí toda mi vida? Inglaterra, el trajín monótono de la existencia británica, los amigos molestos, las personas ingratas, todo esto lo dejo sin pena y sin remordimiento. Me uno á este país en un instante de crisis suprema: en la primavera, la guerra decidirá de su suerte y de la mía. Seré el *yuzbachi arif*: en la marina de S. M. obtendré licencias tan frecuentes como en la inglesa para ir á Brightbury á sentarme bajo los viejos tilos y abrazar á los que amo.

Sí, Dios mío, ¿por qué no? *yuzbachi turco* así viviré á su lado.

Y pensé en el instante de embriaguez, en el momento dichoso en que fuese á Eyoub, vestido de *yuzbachi*, y le anunciase que ya no partía.

Al cabo de una hora había tomado mi resolución, que era irrevocable: partir y abandonarla me desgarraba el corazón. Me presenté de nuevo al pachá para darle el sí solemne que debía unirme para siempre á Turquía y rogarle que aquella misma tarde diese cuenta de mi petición al Sultán.

II

Cuando estuve delante del pachá, sentí que temblaba, y una nube pasó por delante de mis ojos.

—Le doy á usted las gracias, Excelencia, dije: no acepto. Deseo sólo que recuerde usted mi nombre; cuando esté en Inglaterra, quizás le escriba...

III

Hay ya que hacer á escape los preparativos de marcha.

Corriendo de puerta en puerta he atravesado á Pera, dejando en todas partes mi tarjeta de despedida.

Achmet, en traje de ceremonia, me sigue á tres pasos de distancia, llevando mi capa.

—¡Ahl dice, Loti; nos dejas y te despides de tus conocidos. Y bien; si es verdad que nos amas, y que tus paisanos te causan enojo; si es cierto que no respetas las convenciones sociales, déjalos: suelta ese traje negro, que es tan feo, y ese sombrero, que es más feo todavía. Vuelve pronto á Stambul y envía á paseo á toda esa gente fastidiosa.

No he hecho muchas de mis visitas de despedida por consecuencia de este discurso de Achmet.

IV

Stambul 20 de Marzo de 1877.

Último paseo con Samuel. Nuestros instantes están contados. El tiempo inexorable no detiene su curso: dentro de pocas horas nos separamos para siempre; horas de invierno, tristes y frías, horas del mes de Marzo, en que sopla el viento.

Habíamos convenido que Samuel se embarcase para su país antes de mi partida á Inglaterra. Me había pedido, como último favor, que lo pasease en coche abierto hasta la hora de marchar.

La vista de este Achmet que había ocupado su lugar y debía algún día seguirme á Inglaterra, aumentaba su dolor; estaba inconsolable. No comprendía que mediaba un abismo entre su afección tan turbulenta, y el cariño límpido y fraternal de Mihram-Achmet; que él, Samuel, era una planta de tierra cálida imposible de ser trasladada bajo mi pacífico techo.

El *arabahji* nos pasea al trote largo de sus caballos. Samuel iba envuelto como un pachá en mi manto de pieles, que yo le abandoné: su hermoso rostro está pálido y triste: mira en silencio cómo desfilan los barrios de Stambul, las plazas inmensas y desiertas, donde crecen la hierba y el musgo; los gigantescos minaretes, las viejas mezquitas decrepitas, blancas en la atmósfera gris, los monumentos con su sello de antigüedad, medio en ruinas como el islamismo.

Stambul parece desolada y muerta bajo el azote de las últimas ráfagas del invierno: los *muezzins* cantan la oración de las tres; es la hora de partir.

Amaba, en verdad, á mi pobre Samuel; le dije, como se dice á los niños para engañarlos, que volvería pronto é iría á verle á Salónica; pero él ha comprendido que no me verá más, y sus lágrimas me han hecho mucho daño.

V

21 de Marzo.

¡Querida Aziyadé! No había tenido valor para decirla: «Me voy pasado mañana.»

Volví á casa por la tarde. El sol poniente iluminaba el tejado con sus hermosos rayos rojos. La primavera palpitaba en el aire. Los dueños de café sacaban las mesas al arroyo, como en los calurosos días de verano: los vecinos, sentados en la calle, fumaban sus pipas bajo los almendros en flor.

Achmet estaba en el secreto de mi partida. Hacíamos ambos esfuerzos inauditos para sostener la conversación; pero Aziyadé había sospechado algo, y nos miraba á uno y otro con sus grandes ojos interrogadores. Vino la noche, y nos encontró silenciosos como muertos.

A la una (las siete) Achmet trajo un cajón viejo que, puesto al revés, nos servía de mesa. Nuestras comidas eran muy modestas. (Los últimos arreglos con el judío Isaac nos habían dejado sin un maravedí.)

Era alegre de ordinario nuestra comida; divertíamos nuestra misma miseria, al vernos vestidos de seda y oro, sentados en tapices, con una caja por mesa y comiendo pan seco.

Aziyadé se había sentado como yo, pero su parte estaba intacta; fijaba en mí sus ojos con extraña insistencia, y no nos atrevíamos á romper el silencio.

—He comprendido: te vas, Loti, dijo al fin. Hoy es el último día. ¿No es verdad?

Y sus lágrimas, largo tiempo contenidas, comenzaron á caer sobre su pan seco,

—No, Aziyadé, no, querida mía. Mañana, aún no, te lo juro... Después, no sé...

Achmet vió que no comíamos, y se llevó sin decir nada el cajón y los platos de barro, retirándose en seguida, y dejándonos en la más completa oscuridad...

VI

Al día siguiente debía ser todo arrancado, todo demolido en aquella casita, amueblada poco á poco con tanto amor, donde cada objeto constituía un recuerdo.

Dos *hamals* que había llamado Achmet para que ejecutasen esta faena, esperaban mis órdenes: los envié á comer con objeto de ganar tiempo y retardar la destrucción.

—Loti, dijo Achmet: ¿por qué no dibujas tu habitación? Cuando sea viejo mirarás el dibujo y te acordarás de nosotros.

Y empleé esta última hora en sacar un croquis de mi saloncillo turco. Los años no podrán borrar el encanto de este recuerdo.

Cuando Aziyadé volvió, encontró las paredes desnudas y los objetos en desorden. Era el comienzo del fin. Cajones por todas partes, paquetes y confusión; estaba destruído para siempre el asilo de mi dicha. Las blancas telas que cubrían el suelo; los tapices en que ella se paseaba descalza, habían ido á parar á manos de vendedores judíos: la casa había recobrado su aspecto triste y miserable.

Aziyadé entró casi alegre, distraída por no sé qué idea: no pudo, sin embargo resistir el aspecto de aquellas habitaciones desmanteladas, y rompió á llorar.

VII

Me había pedido la gracia de los condenados á muerte: el de hacer aquel día todo lo que le agradase.

—Hoy, Loti, no te opondrás á ninguno de mis deseos: tengo proyectadas muchas cosas. No dirás nada, lo aprobarás todo.

A las nueve de la noche, al volver á Gálata, vi en mi casa un bullicio inusitado: se oían cantos: sonaba la música.

En el departamento recientemente incendiado se agitaba la cadena de una de esas danzas turcas que sólo cesan cuando los actores caen rendidos de fatiga: algunos hombres, marineros griegos ó musulmanes, que se había ido á buscar al Cuerno de Oro, bailaban con frenesí; les servían raki, mastic y café.

Los amigos de la casa, Suleiman, el viejo Riza, los derviches Hassan y Mahmoud, contemplaban el espectáculo estupefactos.

La música salía de mi habitación: vi en ella á Aziyadé, que daba vueltas por sí misma á una de esas grandes máquinas ensordecedoras, organillos de Berbería, que tocan las danzas turcas con notas estridentes y acompañamiento de campanillas y sombreros chinos.

Aziyadé se había despojado del velo, y la concurrencia podía divisar su rostro por la puerta entreabierta. Era esto contrario á todos los usos, y aun á la prudencia más elemental. No se había visto nunca en el santo barrio de Eyoub semejante escena, ni escándalo parecido; y si Achmet no hubiese afirmado que era armenia, estaba perdida.

Achmet, sentado en un rincón, obedecía como un perro. Me entraron ganas de reír, porque la cosa era cómica y entretenida; pero las miradas de Aziyadé me traspasaban el corazón.

A las pobres niñas que crecen sin padre ni madre, en la sombra de los harenes, pueden perdonárseles sus ideas descabelladas; no hay que juzgar sus acciones con arreglo á las leyes que regulan la conducta de las mujeres cristianas.

Volvía como una loca la manivela del organillo, y le arrancaba sonidos extravagantes.

Se ha definido la música turca, diciendo que consiste en los accesos de una alegría desgarradora y comprendí admirablemente aquella noche tan paradójica definición.

Bien pronto, asustada de su propia obra, intimidada por el escándalo que había promovido, y avergonzada de hallarse sin velo á la vista de tantos hombres, fué á sentarse en un ancho diván, único mueble que quedaba en la casa: y después de mandar al dueño del organillo que la reemplazase, rogó que le sirviesen, como á los demás, cigarrillos y café.

Respetando la forma y el color consagrados, se sirvió café á Aziyadé en una taza azul con pies de cobre, poco mayor que la mitad de un huevo.

Parecía más tranquila, y me miraba sonriendo: sus ojos límpidos y tristes me pedían perdón por aquel escándalo: como un niño que tiene conciencia de haber cometido mil tonterías, pero que saben que le quiere, imploraba gracia con sus ojos, que hablaban con más encanto y persuasión que cualquier palabra humana.

Esta última noche había puesto singular esmero en elegir un tocado que realizaba extraordinariamente su hermosura: la riqueza oriental de su traje contrastaba ahora con el aspecto, ya sombrío y miserable, de nuestra morada. Llevaba una de esas túnicas, con largas faldillas, cuyo modelo casi se ha perdido hoy entre las mujeres turcas, de seda color violeta, sembrada de rosas de oro; un pantalón de seda amarillo bajaba hasta sus tobillos y ocultaba casi sus pies, calzados con pantuflas doradas. Su camisa de gasa de Brusa, con hojas de plata, dejaba escapar sus redondos brazos de un tinte mate y marmóreo, lavados con esencia de rosas. Sus negros cabellos se dividían en ocho trenzas, tan gruesas, que dos de ellas habrían bastado á hacer feliz á cualquier *maravillosa* de París: caían sobre el diván, anudada en la punta con cintas amarillas y mezcladas con hilos de oro, según es uso entre las armenias.

Otra mata de pequeños cabellos, más cortos y más rebeldes, formaban un nimbo en torno de sus redondas mejillas, de una palidez ardiente y dorada. Tintas más oscuras rodeaban sus párpados, y sus cejas, muy juntas de ordinario, se unían aún más esta noche con expresión de dolor profundo.

Había casi cerrado los ojos, y se adivinaban bajo sus pestañas sus anchas pupilas adormiladas, dirigidas al suelo: apretaba los dientes, y sus rojos labios se entreabrían por efecto de cierta contracción nerviosa que la era familiar. Este movimiento, que hubiese afeado á otra, era en ella un nuevo encanto; indicaba la preocupación ó el dolor, y descubría dos filas de diminutas perlas blancas. Sentíase uno capaz de vender el alma por besar aquellas perlas, aquel pliegue de los labios, aquellas encías frescas y encarnadas como la pulpa de la cereza madura.

Admiraba á Aziyadé; me embebecía en la contemplación de su rostro bien amado para fijarlo en mi memoria. El ruido desgarrador de la música, el humo aromatizado que llenaba la habitación, nos sumía poco á poco en esa dulce embriaguez, en esa embriaguez ligera de los orientales, que es el anonadamiento del pasado y el olvido de las horas sombrías de la vida.

Imponíase á mi espíritu este sueño insensato: dejarlo todo; vivir á su lado hasta el día glacial del desencanto ó de la muerte.

IX

Se oyó en medio del tumulto un ligero chasquido. Aziyadé continuaba inmóvil, pero acababa de romper la taza entre sus dedos crispados, y los pedazos caían al suelo.

El mal no era grande; el espeso café, después de haber manchado sus dedos, se derramó por el piso, y el incidente pasó sin que ninguno de nosotros pareciese haberlo observado.

Sin embargo, la mancha se ensanchaba en el pavimento, y un líquido sombrío caía de la mano cerrada de Aziyadé, primero gota á gota, después en delgado hilo negro. Un farol esparcía dudosa claridad en aquella habitación. Me aproximé para mirar; había á sus pies un charco de sangre. La porcelana rota había herido cruelmente sus dedos: la cortadura llegaba hasta el hueso.

La sangre de mi amada corrió media hora: no había medio de restañarla.

Se traían cubetas de agua fría: introducíamos en ellas su mano, comprimiendo al mismo

tiempo fuertemente los labios de la herida; todo era inútil: Aziyadé, blanca como una muerta, se había desmayado, cerrando los ojos.

Achmat salió á escape para despertar á una vieja con facha de bruja, que detuvo por fin la sangre con hojas y cenizas.

La vieja, después, recomendó que se tuviera suspendido toda la noche verticalmente el brazo herido; pidió treinta piastras en concepto de honorarios, hizo algunos signos sobre la mano lastimada, y desapareció.

Fué preciso despedir á toda aquella gente y acostar á la niña enferma. Estaba tan fría como el mármol, y seguía desvanecida.

En la noche que siguió no dormimos uno ni otro.

La veía sufrir; todo su cuerpo se ponía rígido de dolor. Era necesario recurrir al consejo de la vieja, de mantener el brazo en posición vertical; esto la aliviaba. Tenía sujeto con mis manos aquel brazo, que ardía con la fiebre; sus fibras vibraban y temblaban: los estremecimientos llegaban hasta los bordes de la herida. Me parecía sufrir yo mismo; que era mi propia carne, y no la suya, la que había sido cortada.

La luna alumbraba las paredes desmanteladas, el piso desnudo, la cámara vacía: los mue-

bles ausentes, las mesas, tablas groseras despojadas de sus vestiduras de seda, despertaban ideas de fco. de soledad y de miseria; los perros aullaban en el barrio de esa manera lúgubre que en Turquía, como en Francia, se reputa presagio de muerte: el viento silbaba con furor, ó gemía dulcemente, como anciano que agoniza.

Su desesperación me hacía daño; era tan profunda y resignada, que hubiese enternecido á las piedras. Lo era yo todo para ella: el único ser á quien había amado, el único que la amaba.

—Perdón, Loti, decía, por haberte dado esta mala noche: no te dejo descansar; pero duermeme, no importa que yo sufra: la vida ha acabado para mí.

—Oye, le contesté, Aziyadé; amada mía: ¿quieres que vuelva?

X

Un momento después estábamos ambos sentados en el borde del lecho. Seguía sosteniendo su brazo herido, y también su cabeza vacilante; y empleando la fórmula musulmana de los juramentos solemnes, la prometí volver.

—No importa que te cases, Loti, decía ella.

No seré entonces tu amante; seré tu hermana. ¡Cásate, Loti, cástate! Esto para mí es secundario. Lo que yo amo es tu alma. Volverte á ver, he aquí lo único que pido á Allah. Después seré feliz: viviré esperándote otra vez; no todo habrá concluido para Aziyadé.

En seguida, se durmió lentamente. Al rayar el alba la dejé, como de costumbre, sumida en tranquilo sueño.

XI

23 de Marzo.

Fuí á bordo y volví apresuradamente. Tres horas de paseo. Anuncié á Aziyadé un aplazamiento de dos días.

Poco son dos días, cuando son los últimos de la existencia, y es necesario apresurarse á gozar uno de otro como en vísperas de la muerte.

La noticia de mi partida había ya circulado; recibí muchas visitas de despedida de mis vecinos de Constantinopla. Aziyadé se encerraba en la habitación de Samuel y la oía llorar. Mis amigos también solían verla; pero se había traslucido en la vecindad la frecuencia con que estaba en mi casa, y se la toleraba. Achmet, por otra parte, había afirmado la víspera que

era armenia, y esta seguridad, dada por un musulmán, era su salvaguardia.

—Esperábamos, decía el derviche Hassan-Effendi, que desaparecieses así, como por una trampa ó á un golpe de varilla. Pero antes de marchar, Arif ó Loti, ¿no me dirás quién eres y qué has venido á hacer aquí?

Hassan-Effendi hablaba de buena fe: aunque él y mis amigos desearan saber quién era yo, lo ignoraban absolutamente, porque no me habían espionado nunca. No se ha importado aún en Turquía el comisario de policía francés que en tres horas averigua el pasado y el presente de uno: se puede vivir en Constantinopla tranquilo y desconocido.

Revelé á Hassan-Effendi mi nombre y profesión, y prometimos escribirnos.

Aziyadé había llorado mucho, pero sus lágrimas eran menos amargas. La idea de una vuelta tomaba consistencia en su espíritu y la tranquilizaba. Decía ya: «cuando hayas regresado.»

—No sé, Loti, añadía, si volverás. Sólo Allah lo sabe. Repetiré sin cesar *Allah, selamet versen Loti!* (¡Allah, protege á Loti!) y Allah obrará según su voluntad. Sin embargo, proseguía en tono serio: ¿cómo podré esperarte un año, si no puedo pasar un día, una hora, un mo-

mento sin verte? ¿Tú no sabes que los días que estás de guardia voy á pasearme á las alturas del Taxim, ó me instalo en casa de mi madre Behidje, porque desde allí se divisa el *Deerhound*? Ya ves, Loti, que es imposible que te espere, y que cuando vuelvas habré muerto.

XII

Achmet recibe el encargo de enviarme las cartas de Aziyadé y de remitirle las mías, vía de Kadidja. Necesito, ante todo, varios sobres con sus señas.

Ahora bien: Achmet no sabe escribir, caso en que se encuentran las demás personas de su familia: Aziyadé escribe muy mal para arriesgarse á confiar sus cartas al correo y hémos á los tres, sentados en la tienda de un memorialista, formando un cuadro curioso del Oriente.

Las señas de Achmet son muy complicadas: ocupan ocho líneas.

«A Achmet, hijo de Ibrahim, que vive en Yedi-Koulé en una travesía que desemboca en Arabahdjilar-Malessi, cerca de la mezquita. Es la tercera casa, pasado un *tutundji*, y al lado

hay una vieja circasiana que vende remedios: enfrente, un derviche.»

Aziyadé mandó extender ocho sobres semejantes, que pagó con su dinero, ocho piastras blancas: me obligó luego á jurar que no dejase de utilizarlos, no obstante lo cual oculta bajo su *yachmak* sus ojos llenos de lágrimas, porque este juramento no la tranquiliza del todo. En primer término, ¿cómo suponer que un papel que ha de venir de tan lejos pueda llegar nunca á sus manos? En segundo lugar, sabe ella muy bien que antes de mucho «Aziyadé será olvidada para siempre.»

XIII

Por la tarde, remontamos en caique el Cuerno de Oro; nunca nos habíamos atrevido á ir juntos en pleno día. Pero ahora parecía despreciar toda precaución, como si el mundo hubiese acabado para ella y le fuera la vida indiferente.

Habíamos tomado un caique en la escala de Oun-Capan: declinaba la tarde; el sol se ocultaba en su cielo cubierto de nubes de tormenta.

Se ve rara vez en Europa un cielo tan negro

y tempestuoso: extendíase al Norte una de esas nubes terribles que en Africa son nuncio de grandes perturbaciones atmosféricas, y á cuyo solo aspecto se preve un cataclismo.

—Mira, dije á Aziyadé: he aquí el cielo que veía todas las tardes en el país de los hombres negros, donde viví un año en compañía de un hermano á quien perdí.

En el lado opuesto, Stambul, con sus agudos minaretes, se destacaba envuelto en una luz rojiza, de un matiz brillante y profundo, iluminación fantástica y casi fúnebre.

De pronto, sopló un viento terrible en el Cuerno de Oro; la noche se aproximaba y estábamos transidos de frío.

Los grandes ojos de Aziyadé, fijos en los mios, me miraban de hito en hito. Sus pupilas parecían dilatarse al fulgor crepuscular y leer en el fondo de mi alma. Nunca había observado en ella aquel modo de mirar que me causaba una impresión desconocida.

Me imaginaba que los repliegues mas ocultos de mi corazón eran sondeados por ella y analizados como con un escalpelo. Su mirada me dirigía á última hora esta pregunta suprema: ¿quién eres tú, á quien tanto he amado? ¿Seré olvidada muy pronto como una querida que la casualidad echó en tus brazos, ó me amas real-

mente? ¿Tus promesas son sinceras? ¿Debo esperar que vuelvas?

Al cerrar los ojos, veo aún aquella mirada, aquella cabeza que apenas se indicaba bajo los pliegues de muselina del *yachmak*, y detrás de ella la silueta de Stambul destacándose en el cielo tempestuoso.

XIV

Desembarcamos por última vez allá abajo, en las plazoleta de Eyoub, que mañana no volveré á ver.

Habíamos deseado despedirnos juntos de nuestra casa.

La entrada estaba obstruida por cajones y paquetes; Achmet encontró en un rincón su farol roto, que, encendido, iluminó tristemente nuestra cámara vacía. Tenía prisa por partir; cogí á Aziyadé de la mano y la arrastré fuera.

El cielo estaba muy negro: iba á diluviar: las casas y el pavimento, aunque negros por sí mismos, resaltaban como manchas claras en aquel fondo oscuro. La calle estaba desierta, y barrida por ráfagas de viento que hacían temblar árboles y edificios: dos mujeres turcas, acurrucadas en el quicio de una puerta, nos miraban con curiosidad. Volví la cabeza para

contemplar por última vez aquel apartado rincón, aquellas pobres paredes donde había sido feliz.

XV

Atravesamos la plazoleta de la mezquita para embarcarnos de nuevo. Un caique nos llevó á Azar-Kapou, desde donde debíamos ir á Gálata y después á Top-Hané Foundoucli y el *Deerhound*.

Aziyadé ha querido acompañarme; ha jurado ser prudente; su calma en este momento solemne es extraordinaria.

Atravesamos el tumulto de Gálata; nunca nos habían visto pasear juntos en estos barrios europeos. La señora de Achmet sale á la puerta á vernos pasar; la presencia de aquella joven velada le da la solución del enigma que hacía mucho tiempo intentaba descifrar.

Cruzamos Top-Hané para desaparecer en los barrios solitarios de Sali-Bazar, en las anchas avenidas que se prolongan á lo largo de los grandes harenes.

En fin, llegamos á Foundoucli, donde debíamos despedirnos. Allí esperaba un coche, mandado por Achmet, que conduciría á Aziyadé á su casa.

Foundoucli es todavía un rincón de la antigua Turquía, que parece arrancado del fondo de Stambul; es una plazoleta embalsada, que se extiende á orillas del mar; hay allí una antigua mezquita que corona una media luna de oro y rodean tumbas de derviches y sombríos retiros de ulemas.

La tormenta ha pasado, y el cielo está radiante: no se oye más que el ladrido lejano de los perros vagabundos, que resuena en el silencio de la noche.

Las ocho dan á bordo del *Deerhound*: es la hora á que debo volver. El silbato me anuncia que mi bote va á venir á buscarme. Hélo ya, que se separa de la masa negra del navío y que se aproxima lentamente á nosotros. ¡Es la hora triste, la hora inexorable de la despedida!

Beso sus labios y sus manos, que tiemblan ligeramente: fuera de esto, parece tan tranquila como yo: su carne está helada.

El bote llega; ella y Achmet se retiran á un ángulo oscuro de la mezquita; parto, y les pierdo de vista.

Un instante después, oigo el rápido rodar del carruaje que me arrebató á mi amada para siempre; ruido tan siniestro como el que produce la tierra al caer sobre el ataúd.

¡Todo ha concluido! Si vuelvo alguna vez

como he jurado, los años habrán extendido sus cenizas sobre este amor, ó al desposarme con otra habré ahondado un abismo entre ambos, y ya no me pertenecerá.

Siento locos deseos de correr detrás de aquel coche, de recobrar á mi amada, de echarle mis brazos al cuello para no abrirlos hasta la hora de la muerte.

XVI

24 de Marzo.

Es una mañana lluviosa del mes de Marzo; un viejo judío se ocupa en sacar los muebles de la casa de Arif. Achmet vigila esta operación con aire sombrío.

—Achmet, ¿dónde va tu señor? preguntan los vecinos que salen al amanecer á las puertas de sus casas.

—No lo sé, responde Achmet.

Cajas mojadas, paquetes empapados en agua son embarcados en un caique y van, no se sabe dónde, bajando el Cuerno de Oro en dirección del mar.

Y así muere Arif, el misterioso personaje ha dejado de existir.

El sueño oriental terminó; esta etapa de mi

vida se ha hundido para siempre en el abismo del pasado: no volverá á repetirse; mi alma ha muerto, sin duda, para el placer, y quizás el tiempo barrerá dentro de poco hasta los últimos recuerdos de esta historia.

VALERE FLAMMAM
VERITATIS

XVII

Cuando Achmet vino á bordo, escoltando mi equipaje, le anuncié que la partida se había aplazado por veinticuatro horas cuando menos. Había temporal en el mar de Mármara.

—Vamos á Stambul, le dije: será éste como un paseo póstumo que, en medio de su tristeza, no carecerá de encantos. Pero en cuanto á ella, no la volveré á ver.

Y fuí á dejar mi traje europeo en casa de su *señora*. Arif-Effendi renació por un momento y pasó los puentes con el gorro en la mano con el aire serio y la tiesura propia de los buenos musulmanes que se pasean gravemente y van á rezar sus oraciones á las mezquitas. Achmet iba á mi lado, vestido con su traje más hermoso. Había pedido ser el director en este último día, y por el momento se encerraba en triste silencio.

XVIII

Después de haber recorrido todos los escondrijos de Stambul que nos eran familiares, fumado muchas pipas y deteniendonos en todas las mezquitas, nos encontramos por la noche en Eyoub: un secreto impulso nos llevaba hacia este lugar, donde ya solo soy un extraño sin morada, cuyo recuerdo se borrará bien pronto.

Mi entrada en el café Saleiman produjo sensación; me habían considerado como un personaje desaparecido, evaporado, extinguido para siempre.

La concurrencia aquella noche era inmensa y muy heterogénea: había muchas fisonomías, completamente nuevas, de procedencia desconocida: era aquel un público de la corte de los Milagros, ó cosa así.

Achmet, sin embargo, organiza una orquesta en mi obsequio: la componen dos oboes de agrias voces, un organillo y un gran tambor.

Tolero estos preparativos á condición de que no ha de romperse nada, ni ha de correr la sangre.

Vamos á aturdirnos esta noche; por mi parte, es lo único que deseo. Se me trae mi pipa y

mi taza de café turco, que un niño renueva cada cuarto de hora, y Achmet, cogiendo á los asistentes por la mano, los forma en círculo y los invita á bailar.

Comienza á agitarse delante de mí, al fulgor vacilante de los faroles, una larga cadena de figuras extrañas: una música ensordecedora hace temblar la casa; los utensilios de cobre, colgados de las negras paredes, chocan entre sí y dejan escapar vibraciones metálicas: los oboes despiden notas estridentes y la alegría desgarradora estalla con frenesí.

Al cabo de una hora, todos sienten la embriaguez que produce el movimiento y el ruido; la fiesta está en su colmo.

No me veía á mí mismo sino al través de una nube: en mi cabeza flotaban pensamientos extraños é incoherentes. Los grupos, fatigados, jadeantes, pasaban y volvían á pasar en la oscuridad. El fantástico círculo no cesaba de girar, y Achmet, á cada vuelta, rompía un cristal con el revés de su mano.

Todos los vidrios del establecimiento caían uno tras otro y se pulverizaban bajo los pies de los bailarines: las manos de Achmet, cortadas por heridas profundas, chorreaban sangre.

Parece que los dolores turcos necesitan ruido y sangre.

Me disgustaba aquella saturnal: también me inspiraba recelos el porvenir de Achmet, que hacía tantas locuras, á pesar de sus promesas.

Me levanté para salir: lo comprendió Achmet, y me siguió silenciosamente. El aire frío de la calle nos devolvió la calma y recobramos la posesión de nosotros mismos.

—Loti, dijo: ¿dónde vas?

—A bordo, respondí: no te conocía; cumpliré mis promesas como tú las tuyas.

Y me adelanté para ajustar con un barquero rezagado el precio del pasaje á Gálata.

—Loti, dijo Achmet, perdóname: no puedes dejar así á tu hermano.

Y comenzó á suplicarme llorando.

Tampoco yo quería dejarle así; pero había juzgado que era preciso imponerle una penitencia, y permanecí inexorable.

Entonces procuró sujetarme con sus manos llenas de sangre, y se agarró á mi con desesperación. Le rechacé violentamente, y cayó sobre una pila de madera, que se vino al suelo con estrépito. Pasaba en aquel momento una patrulla de hachi-bozouks, y nos tomó por malhechores. Se acercaron, levantando en alto un farol.

Estábamos á la orilla del agua, en un sitio solitario de las afueras, lejos de los muros de

Stambul, y las manos tintas en sangre de Achmet eran para inspirar sospechas.

—No es nada, dije: este muchacho ha bebido, y lo llevo á su casa.

Entonces cogí á Achmet de la mano y le conduje á casa de su hermana Eriknaz, quien después de haberle curado las heridas, le dirigió un largo sermón, y le mandó á acostar.

XIX

26 de Marzo.

¡Aún otro día! ¡Un nuevo aplazamiento de veinticuatro horas!

Me disfrazo otra vez en casa de su *señora*, y vuelvo á entrar en Stambul.

El tiempo está sombrío y tormentoso: la brisa templada y suave. Nos sentamos á fumar bajo las arcadas moriscas de la calle del Sultán Selim. Allí pasamos dos horas. Las blancas columnatas, medio derruidas por los años, alternan con los kioscos funerarios y las filas de tumbas. Ramas de árboles cubiertas de flores pasan por encima de las murallas grises: frescas plantas crecen por todas partes y trepan alegremente por encima de los viejos mármoles sagrados.

Amo este país, y todos estos detalles me encantan: lo amo porque es el suyo, porque lo ama su presencia. Ella está aún allí, y sin embargo no la volveré á ver.

El sol poniente nos sorprende sentados delante de la mezquita de Mehmed-Fatih, en cierto banco donde antes solíamos pasar largas horas. Acá y allá, grupos de musulmanes, esparcidos en la misma plaza, fuman y conversan, gozando con abandono de las delicias de una hermosa tarde de primavera.

El cielo se despeja; cálmase el viento. Amo estos sitios: amo esta vida de Oriente: no puedo creer que estoy á punto de partir.

Miro allá abajo el viejo pórtico negro y la desierta calle que desaparece en la oscura profundidad. Allí vive ella, y avanzando algunos pasos puedo volver á ver su morada.

Achmet, que ha seguido la dirección de mi mirada, me examina con inquietud: adivina lo que pienso, y comprende mi situación.

—¡Ah! dice, Loti, ten piedad de ella, si la amas. Le has dicho adiós; déjala ya.

Pero había resuelto verla y carecía de fuerzas contra mí mismo.

Achmet aboga con las lágrimas en los ojos por la causa de la razón, por la causa del mismo buen sentido. Abeddin está allí, el viejo

Abeddín, su señor, y cualquiera tentativa para verla es una verdadera insensatez.

—Por otra parte, añade, aunque ella saliese, no tendrías donde recibirla. ¿Dónde hallarías, en Constantinopla, hospitalidad para ti y la mujer de otro? Si te ve, ó las demás le dicen que estás aquí, se perderá como una loca y mañana se quedará en medio de la calle. Esto nada te importa á ti, que vas á partir: pero Lotí, como lo hagas, te aborreceré, porque me habrás demostrado que no tienes corazón.

Achmet acabó por bajar la cabeza y golpear el suelo con el pie: era el partido que tomaba cuando mi voluntad dominaba la suya.

Le dejé y me dirigí hacia el pórtico.

Me arrimé á un pilar, mirando la calle sombría y desierta; me parecía estar en una ciudad muerta.

Ni una ventana abierta, ni un transeunte, ni el menor rumor. La hierba crecía entre las piedras, y brillaban en el empedrado las osamentas de dos perros.

Era un barrio aristocrático: las antiguas casas, construídas con piedras que el tiempo ha ennegrecido, denotan una opulencia misteriosa; balcones cerrados, miradores de gran vuelo, avanzan sobre la calle: detrás de las rejas de hierro, hay discretas celosías formadas

de listoncitos de fresno, donde artistas de otras épocas han pintado árboles y pájaros. Todas las ventanas de Stambul están pintadas y cerradas de la misma manera.

En las ciudades de Occidente, la vida interior se adivina por el aspecto exterior; los transeuntes divisan por entre las cortinas entreabiertas cabezas humanas, jóvenes ó viejas, feas ó graciosas.

La mirada no penetra nunca en el interior sagrado de una casa turca. Si la puerta se abre para dar paso á alguna visita, una mano invisible la cierra en seguida.

El interior no se vislumbra jamás.

Aquella gran casa sombría que se alza allá abajo, pintada de rojo, es la de Aziyadé. Encima de la puerta hay un sol, una estrella y un turbante pintados en tablas carcomidas. Los dibujos que adornan las celosías representan tulipanes azules, mezclados con mariposas amarillas. Ningún movimiento indica que habite allí un solo ser viviente. Nunca se sabe si alguien le mira á uno desde las ventanas de las casas turcas.

Detras de mí, en lo alto, la sombra se ha extendido ya por todas partes.

Medio oculto detrás de un lienzo de pared, contemplo la casa, y mi corazón late terriblemente.

Pienso en el día en que la vi, por vez primera en mi vida, detrás de las rejas de la casa de Salónica. No sé ya lo que quiero, ni lo que he ido á buscar allí; tengo miedo de que las demás mujeres se rían de mí; tengo miedo de caer en ridículo y, sobre todo, tengo miedo de perderla.

XX

Cuando atravesé la plaza de Mehmed-Fatih, el sol iluminaba de lleno la inmensa mezquita, los pórticos árabes y los gigantescos minaretes. Los ulemas que salían del templo, terminada la oración de la tarde, se habían detenido en la puerta, destacándose sus altas siluetas sobre las anchas gradas de mármol. La multitud corría hacia ellos y les rodeaba. En medio, un joven, que tenía una admirable cabeza mística, miraba al suelo; el turbante de los ulemas daba sombra á su ancha y hermosa frente; su rostro estaba pálido; la barba y sus grandes ojos eran negros como el ébano.

Mostraba allá arriba un punto invisible; perdida la mirada en las profundidades del espacio en actitud de éxtasis, decía:

—¡He ahí á Dios! ¡Miradle todos! ¡Veo á Allah! ¡He ahí al Eterno!

Y también nosotros, Achmet y yo, corrimos como la multitud, al lado del ulema que veía á Allah.

XXI

Nada vimos ¡ay! sin embargo de que bastante necesitábamos haber visto algo. Entonces, como siempre, habría dado mi vida por una visión de Dios, por un signo cualquiera del cielo, por una simple manifestación de lo sobrenatural.

—Mientes, decía Achmet: ¿cuál es el hombre que no ha visto nunca á Allah?

—¡Ah, Loti! dijo el ulema Izzet: ¿También tú quieres ver á Allah? Pero Allah, agregó sonriendo, no se muestra á los infieles.

—Está loco, dijeron los derviches.

Y se llevaron al visionario á su celda.

Achmet se había aprovechado de esta distracción para conducirme á la vertiente del mar de Mármara, lo más lejos posible. Vino la noche, y nos encontró medio extraviados.

XXII

Corrimos bajo los pórticos de la calle del Sultán Selim. Es ya hora muy avanzada para Stambul: los turcos se acuestan con el sol.

Van apareciendo en el cielo azul, una tras otra, las estrellas; la luna ilumina la calle ancha y desierta, las arcadas árabes y las viejas tumbas. De vez en cuando, un café turco, aún abierto, proyecta un fulgor rojizo sobre el empedrado gris: los transeuntes son escasos y pasean provistos de su linterna; aquí, allá, pequeñas lámparas alumbran tristemente los kioscos funerarios. Veo por última vez estos cuadros familiares: mañana á estas horas me hallaré bien lejos de Stambul.

—Vamos á bajar hasta Oun-Capán, dice Achmet, que es quien hoy dirige: iremos á caballo hasta Gálata, en caique hasta Priz-Pachá, y dormiremos en casa de Eriknaz, que nos espera.

Nos extraviamos al dirigirnos á Oun-Capán, y los perros ladran á nuestros faroles. Stambul, sin embargo, nos es muy conocido; pero los mismos turcos, aún los más viejos, se pierden en estos dédalos de callejuelas. A nadie encontramos que nos indique el camino. Siempre las mismas estrechas calles que suben, bajan y tuercen sin motivo plausible, como los senderos de un laberinto.

En Oun-Capán, á la entrada del Fanar, nos esperaban dos caballos.

Nos precede un guía que lleva un farol col-

gado de una vara, cuya longitud no baja de dos metros, y partimos veloces como el viento.

El sombrío é interminable Fanar duerme: todo yace en él en el mayor silencio. Por un lado se eleva la gran muralla de Stambul; por el otro altas casas, que el hierro defiende, más viejas que el Islam, que se ensanchan por la parte superior, sepultando como bajo una bóveda la húmeda callejuela. Hay que inclinar la cabeza para pasar á caballo por debajo de los balcones de las casas bizantinas, que tienden sobre uno, en la oscuridad profunda, sus gruesos brazos de piedra.

Era el camino que seguíamos todas las noches para ir á Eyoub: está á un paso: mas ¡ay! Eyoub ya no existe para nosotros.

Despertamos á un barquero que nos lleva en caique á la otra orilla. Aquí está el campo: altos y negros cipreses se yerguen en medio de los plátanos.

Comenzamos á subir, á la luz de las linternas la empinada cuesta que conduce á casa de Eriknaz.

XXIII

Eriknaz hanun es de una fealdad agradable y distinguida; blanca como la cera, con las cejas y los ojos negros como las alas del cuer-

vo. Nos recibe sin velo, como mujer franca.

El interior de la casa respira orden, comodidad y el aseo más completo; las amigas de Eriknaz, Murrah y Fencilé, que velaban con ella, huyen á nuestra vista, ocultándose el rostro. Estaban ocupadas en bordar con hilo de oro pequeñas pantuflas rojas de puntas levantadas en forma de trompetas.

Mi amiga Alemshah, hija de Eriknaz y sobrina de Achmet, viene á ocupar su sitio habitual en mis rodillas, y se queda dormida. Es una encantadora criatura de tres años, de grandes ojos color de azabache, bonita y vestida como una muñeca.

Después del café y los cigarros nos traen dos colchones blancos, dos *yatags* blancos, dos pequeños cobertores para los pies, también blancos; blanco todo como el ampo de la nieve. Eriknaz y Alemshah se retiran, dándonos las buenas noches, y dormimos con sueño profundo.

A la mañana siguiente nos despierta un sol radiante, y bajamos á saltos las cuestas que van al Cuerno de Oro. Hay allí un caique madrugador que nos espera.

La multitud de casas negras de Pri-Pachá, que se ven en lo alto en forma de pirámide, se bañan en una luz anaranjada, y todos los vidrios brillan.

Eriknaz y Alemshah nos miran partir desde la azotea de su casa, inclinadas sobre el pretil, vestidas con mantos rojos que reflejan el sol Levante.

He aquí á Eyoub que pasa, he aquí el café Suleiman, la plazoleta de la mezquita, y la casa de Arif-Effendi, que dora la luz de la mañana.

No hay nadie á la orilla del agua: todas las puertas están cerradas: todo el mundo duerme aún.

Mi casa, que he mirado tantas veces sombría y triste, azotada por el viento Norte, cubierta la azotea de nieve, deja grabada en mi alma, como último recuerdo, una imagen clara y luminosa.

En esta última mañana, la ciudad se muestra más bella, la naturaleza más espléndida, la vida más animada. A lo largo del Cuerno de Oro, desde Eyoub hasta el serrallo, las cúpulas y los minaretes se destacan sobre el cielo límpido con tintas rosas ó irisadas. Los caiques dorados comienzan á circular por centenares, llenos de hombres, vestidos con trajes pintorescos, y de mujeres tapadas.

Al cabo de una hora, estamos á bordo. Todo está allí en movimiento: ahora va de veras: partimos al mediodía.

XXIV

—Ven, Lóti, dice Achmet; volveremos á Stambul; fumaremos juntos por última vez...

Atravesamos corriendo Sali-Bazar, Top-Hane, Gálata. Hemos ya en el puente de Stambul.

Muchedumbre de gente afluye á él, sufriendo los rayos abrasadores del sol. Es ya la primavera, la primavera que viene cuando yo me voy. La luz del mediodía salta sobre el conjunto de murallas, cúpulas, minaretes que coronan á Stambul y se desparrama sobre una multitud abigarrada que ostenta los colores más brillantes del arco iris.

Los caiques llegan y parten, llevando un público pintoresco: los mercaderes ambulantes dan gritos que aturden, y circulan entre la gente.

Conocemos todos esos botes que nos han paseado tantas veces por el Bósforo; conocemos todas las tiendas portátiles que hay allí, y los mendigos estropeados, mancos, ciegos, labihendidos é impedidos, toda la truhanería turca que hoy se ha dado cita en el puente. Distribuyo limosnas y recojo un millar de bendiciones y saludos.

Nos detenemos en Stambul, en la gran plaza

de Jeni-djami, delante de la mezquita: Por última vez en mi vida gozo del placer de ser turco y sentarme al lado de mi amigo Achmet para fumar una pipa contemplando esta decoración oriental.

Celébrase la llegada de la primavera como una verdadera fiesta; hay profusión de trajes pintorescos y colores. Todo el mundo está en la calle, sentado bajo los plátanos, alrededor de las fuentes de mármol, en las laderas de las viñas, que se cubrirán bien pronto de hojas verdes. Los barberos se han instalado en medio del arroyo y trabajan al aire libre. Los buenos musulmanes se dejan rasurar gravemente la cabeza; no se salva más que un mechón de pelo, por donde ha de agarrarlo Mahoma para llevárselos al paraíso.

...¡Quién me llevará á mí á un paraíso cualquiera, á alguna parte que no sea ese mundo envejecido que me fatiga y me enoja, á un punto, donde ya nada cambie y donde no esté perpetuamente separado de la que he amado ó amo?

Si alguien pudiera inspirarme la fe musulmana, ¡con cuánta satisfacción correría, llorando de placer, á abrazar el estandarte verde del Profeta!

¡Digresión estúpida á propósito de un mechón de cabello!...

XXV

—Loti, exclama Achmet; dime algo del viaje que vas á hacer.

—Achmet, contesté, cuando haya atravesado el mar de Mármara, el Ak-Deniz (el mar viejo) como vosotros le llamáis, cruzaré otro mayor para llegar al país de los italianos, la patria de tu *señora*, y después otro más grande todavía, para alcanzar la punta de España. Si al menos me quedase en las orillas de este mar azul, el Mediterráneo, estaría más cerca de vosotros, vería algo semejante á vuestro cielo, y los barcos que hacen la carrera de Levante me llevarían á menudo noticias de Turquía. Pero entraré en otro mar, tan inmenso, que no puedes formarte idea de su extensión, y será menester navegar aún muchos días, remontando hacia la estrella (el Norte) para tocar en mi país, en mi país, donde son más frecuentes las lluvias que el buen tiempo, las nubes que el sol.

Estaré entonces muy lejos de vosotros. Aquella comarca no se parece en nada á la vuestra; todo es allí más pálido, los colores más sombríos; su cielo es semejante á éste

cuando hay bruma; pero no, es más triste todavía.

El país es tan llano, que no has visto otro igual sino cuando has ido á la Arabia para hacer el viaje de peregrinación á la Meca, deber de todo buen musulmán para con la tumba del Profeta: sólo que, en lugar de arena, hay hierba verde y extensos campos labrados. Las casas son todas cuadradas y semejantes; no hay más perspectiva que la pared del vecino, y con frecuencia la llanura le ahoga á uno, que quisiera elevarse para descubrir más horizonte.

No hay aún, como en Turquía, escaleras para subir á los tejados, y yo, que te hablo, un día que tuve la idea de pasearme por el mío, adquirí en el barrio fama de muchacho excéntrico.

Todo el mundo viste allí de uniforme, paletot gris y sombrero ó casquete: se está peor que en Pera. No hay nada que no se halle previsto, reglamentado, numerado; hay leyes acerca de todo, y la autoridad le sigue á uno donde quiera: el último de los galopines, vendedor de gorros ó mancebo de peluquería, tiene el mismo derecho á vivir que un muchacho inteligente y resuelto, como tú ó como yo, por ejemplo.

En fin, ¿creerás, mi querido Achmedín, que por la cuarta parte de lo que hacemos dia-

riamente en Stambul tendríamos en mi país conversación para más de una hora con el comisario de policía?

Achmet comprendió muy bien esta descripción de la vida occidental, y se quedó un rato pensativo.

—¿Por qué, dijo, no traerías á tu familia, después de la guerra, á Turquía de Asia?

Loti, añadió Achmet, quiero que te llesves un rosario que heredé de mi padre Ibrahim: prométeme que nunca te abandonaré. Sí, continuó llorando; que no volveré á verte. Antes de un mes estallará la guerra: entonces ¡pobre Turquía, pobres turcos, pobre Stambul! Los *moscou* todo lo arrasarán, y, cuando regreses, Achmet habrá muerto.

Su cuerpo yacerá en medio del campo, hacia el Norte: no habrá para él ni una pequeña tumba de mármol gris en el cementerio de Kassim-Pachá. Aziyadé habrá pasado al Asia: no encontrarás su huella, y nadie podrá darte noticias de ellas. Loti (concluye), quédate con tu hermano.

¡Ay! Yo también aborrezco á esos *moscou* tanto como él. Tiemblo á la idea horrible de perder sus huellas, de no encontrar á nadie en el mundo que me hable de ella.

XXVI

Los *muezzins* suben á lo alto de los minaretes: es la hora de la plegaria del mediodía, la hora de partir.

Al pasar por Gálata, voy á saludar á su *señora*. De buena gana abrazaría á esta vieja bribona.

Achmet me acompaña á bordo, donde nos despedimos en medio del desorden que reina allí con las visitas y los preparativos de viaje.

Partimos... Stambul se deja...

XXVII

En el mar, 27 de Marzo de 1877.

Asisto en el mar de Mármara á la pálida puesta del sol. La brisa es viva y fresca. Las costas, tristes y desnudas, se dejan entre las brumas del crepúsculo. ¿Se ha concluído mi dicha, Dios mío? ¿No volveré á verlo?

Stambul ha desaparecido; las cúpulas más elevadas de las más altas mezquitas se han perdido en el horizonte: todo se ha borrado.

Quisiera verla un minuto tan solo: daría la vida por tocar su mano: tengo ansias locas de su presencia.

Viva aún la impresión de la animación y movimiento del Oriente, de las muchedumbres de Constantinopla, de la agitación de la partida, esta calma del mar me ahoga.

Si ella estuviese aquí, lloraría, cosa que antes no pude hacer; pondría mi cabeza en sus rodillas y daría rienda suelta á mis lágrimas como un niño: me vería llorar y renacería su confianza en mí. He estado muy tranquilo y muy frío al despedirme de ella.

Y, sin embargo, la amo. Aparte de toda embriaguez de los sentidos, la amo con la afección más tierna y pura: amo su alma y corazón, que son míos. La amaría, perdida su juventud, ajada su frescura, muertos sus encantos, en ese porvenir misterioso que nos traerá la vejez y la muerte.

Esta calma de mar, este pálido cielo de Marzo me oprimen el corazón.

Sufro mucho, Dios mío; experimento la misma angustia que si la hubiese visto morir. Abrazo los objetos que poseo de ella; quisiera llorar, y no puedo.

Ahora estará en su harén, mi bien amada, en algún rincón de su departamento sombrío

y cerrado, echada, muda, inerte, anonadada á la aproximación de la noche.

Achmet permaneció sentado, según prometiera, en el muelle de Foundoucli, siguiéndome con la mirada. Le he perdido de vista al mismo tiempo que ese rincón familiar de Turquía, donde, por las tardes, Samuel iba á esperarme.

El también piensa que no volveré.

¡Pobre Achmet, pobre y querido amigo! también le amaba: su amistad era dulce y bienhechora.

Esta escena oriental ha concluido: terminó el grato sueño. La patria está delante de mí; en Brightbury, allí abajo, me esperan con cariño. Yo también los amo á todos; pero ¡es tan triste ese hogar que me espera!

Vuelvo á ver ese nido, querido, sí, embargo, donde pasé mi infancia; los viejos muros y la hiedra, el cielo gris del Yorksice, los antiguos tejados, el musgo y los tilos, testigos antes de mis sueños, de mis primeros y dulces momentos de dicha, que nada en el mundo me hará olvidar.

Frecuentemente he vuelto allí, al seno del hogar, con el corazón atormentado y dolorido: ha llevado muchas pasiones, muchas esperanzas, muchas ilusiones desvanecidas; está lleno de punzantes recuerdos: su calma bendita no

ejerce ya en mí su acción saludable; me ahogaré ahora en su recinto como una planta privada de sol...

XXVIII

Á LOTI, DE SU HERMANA

Brightbury, Abril de 1877.

«Querido é inolvidable hermano: Yo también quiero darte la bienvenida: ¡haga Aquel que todo lo puede, que recobres la calma entre nosotros y que nuestra ternura dulcifique tus pesares! No dudes que no omitiremos medio de conseguirlo; estamos locas de alegría con tu vuelta.

«Me repito con frecuencia que cuando una persona es objeto de tanto amor, tanto cariño; cuando tantos corazones palpitan al unisono del suyo, no hay motivo para decir que se cree condenada á una vida *maldita* y desheredada en este mundo. Te he escrito á Constantinopla una larga carta, que sin duda no recibirías. Te decía en ella cuánta parte tomo en tus angustias y dolores. Más de una vez he vertido lágrimas, pensando en la historia de Aziyadé.

«Pienso, querido hermano, que no es tuya toda la culpa, si dejas en todas partes un peda-

zo de tu pobre existencia. Es muy disputada ésta, aunque todavía sea muy corta... Pero creo que pronto habrá quien se apodere de ella por completo y acaben tus zozobras.

«El ruiseñor y el cuco, la alondra y las golondrinas, saludan tu llegada: no podías venir en época más agradable. ¡Quién sabe si nos será permitido retenerte algún tiempo para mimarte!

«Adiós, un abrazo, y hasta muy pronto.»

XXIX

Traducción de una especie de logogrifo turco, escrito bajo el dictado de Achmet por un memorialista de la plaza de Emfa-Ounou, en Stambul, y dirigido á Loti, en Brightbury:

«¡ALLAH!

«Mi querido Loti:

«Achmet te dirige sus saludos.

«He hecho llegar tu carta de Mitilene á Aziyadé por conducto de Kadidja: la ha estrechado contra su corazón y no ha podido leerla aún, porque no ha salido desde tu marcha.

«El viejo Abeddín está enterado de todo. Los últimos días obramos como niños, sin la menor prudencia. No le ha dirigido reproches,

me ha dicho Kaddija, ni arrojado á la calle, porque la amaba mucho. Se limita á no entrar en sus habitaciones: no parece cuidarse de ella lo más mínimo, y no le habla. Las demás mujeres del harén también la han abandonado, excepto Fenzilé-hanum, que ha ido á ver al *hodja* (hechicero) en su nombre.

»Está enferma desde tu partida: sin embargo, el gran *ekimé* (médico) dijo que no era nada, y no ha vuelto.

»La asiste la vieja que una noche contuvo su sangre: es su confidente, y creo que la ha vendido por dinero.

»Aziyadé me encarga te diga que no vive sin ti: que no ve el momento de tu vuelta á Constantinopla, que no cree pueda contemplar otra vez tus ojos *cara á cara*, y que le parece que no hay sol.

Loti, no olvidaré tus palabras; tampoco olvido tus promesas ¿Dudas aún de la sinceridad? Desde que te fuiste, la noche me acompaña y mi corazón está despedazado.

»Aún no me han llamado para la guerra, á causa de mi padre, que es muy viejo: sin embargo, creo que pronto tendré que ir.

»Te saluda

Tu hermano ACHMET

»P. S. Ha habido un incendio en el barrio de Fanar la semana última. El Fanar ha ardiendo por completo.»

XXX

LOTI Á IZEDDÍN-ALI, EN STAMBUL

Brightbury 20 de Mayo de 1877.

«Mi querido Izeddín-Alí:

»Heme aquí en mi país... ¡muy diferente de ese! bajo los viejos tilos que protegieron mi infancia, en este pequeño rincón de Brightbury, de que hablaba en Stambul, en medio de bosques de añosos robles. Estamos en primavera, pero es esta una primavera muy pálida: lluvias y brumas, algo como el invierno de Constantinopla.

»Amo, sin embargo, este suelo de la patria, amo el hogar de la familia, que he abandonado tantas veces: amo á los que aquí me aman, á aquellos cuya afección fué tan solícita, tan tierna para mí en los albores de la vida. Amo cuanto me rodea, este campo y estos viejos árboles que tienen un encanto inexplicable, encanto *pastoril*; algo que me es difícil precisar, y ustedes tampoco acertarían á comprender;

algo que es como la voz de otros hombres, como la herencia de otros siglos.

«Se suceden, mi querido Effendi, las noticias de la guerra. Los acontecimientos se precipitan. Esperaba que el pueblo inglés tomase partido por Turquía y no tardar en volver á Stambul. Ese país tiene mis simpatías más ardientes. Amo á Turquía, hago votos sinceros por su suerte, y de cualquier modo ustedes me verán muy pronto.

«Además, usted lo ha adivinado, la amo, amo á Aziyadé, cuya presencia usted sospechó y toleró. Su corazón de usted es grande: no se deja dominar por las convenciones, vencer por los prejuicios. Puedo confesarle á usted que la amo, y que por ella principalmente pienso en mi regreso.»

XXXI

Brightbury, Mayo de 1877.

Estaba sentado en Brightbury, bajo los viejos tilos: un abejaruco de cabeza azul cantaba á mis oídos una canción complicada y muy larga: ponía en ella toda su alma de abejaruco, y el canto evocaba en mí un mundo de recuerdos.

Era al principio una jerigonza confusa, in-

comprensible, como vaga y remota reminiscencia; pero poco á poco las imágenes fueron más claras y precisas; al cabo, el recuerdo fué completo.

Sí, era allá abajo, en Stambul: una de nuestras mayores imprudencias, uno de nuestros días de muchachos que hacen novillos, uno de nuestros actos más temerarios; pero ¡Stambul es tan grande! ¡Se vive allí tan desconocido! ¡Y el viejo Abeddín estaba en Andrinópolis!

Era una hermosa tarde de invierno, y nos paseábamos ambos, felices como dos niños que están juntos una vez por casualidad y toman el sol y corren libremente por el campo.

Era muy triste, sin embargo, el lugar que habíamos elegido: seguíamos la gran muralla de Stambul, lugar solitario por excelencia, donde todo parece haberse petrificado desde los últimos Emperadores bizantinos.

La gran ciudad se comunica con todas partes por mar, y alrededor de sus antiguos muros el silencio es tan completo como en las inmediaciones de una Necrópolis. Si de trecho en trecho se abre alguna puerta en el espesor de estas fortificaciones, puede afirmarse que nadie pasa por ella, y que si se suprimiera no se echaría de menos. Todas son, por otro lado, pequeñas puertas bajas, medio ocultas, miste-

riosas, decoradas con inscripciones doradas y adornos extraños.

Entre la parte habitada de la ciudad y sus fortificaciones, se extienden vastos terrenos baldíos, donde se ven paredones desplomados, ruinas siniestras, testigos mudos de todas las edades de la Historia. Nada interrumpe, en las afueras, la larga monotonía de estas murallas. Apenas de distancia en distancia se alza un esbelto y blanco minarete: siempre las mismas almenas, las mismas torres, las mismas tintas sombrías, obra del tiempo, las mismas líneas regulares que van rectas y fúnebres á perderse en el horizonte.

Caminábamos los dos, completamente solos, al pie de aquellas altas murallas. En torno nuestro, en el campo, había bosques de cipreses gigantescos, altos como catedrales, á cuya sombra se apiñaban por millares las sepulturas de los Osmanlíes. No he visto en ninguna parte tantos cementerios como en este país, ni tantas tumbas, ni tantos muertos.

—Estos sitios, decía Aziyadé, eran los favoritos de Azrael, que, por la noche, detenía aquí su vuelo. Replegaba sus grandes alas y echaba á andar bajo estas sombras terribles.

El campo yacía en el mayor silencio: el lugar era imponente y solemne.

Y, sin embargo, estábamos alegres y contentos: éramos felices con poder pasearnos una vez siquiera, al aire libre, bajo el cielo azul, como todo el mundo.

Su *yachmak*, muy espeso, le caía sobre los ojos hasta ocultarle la frente por completo. Apenas se veía, por la abertura del velo, rodar sus pupilas, tan límpidas y movibles: su manto, prestado, era de un color oscuro, de un corte severo, que no usan de ordinario las mujeres jóvenes y elegantes. El viejo Abeddín mismo no la hubiera reconocido.

Avanzábamos con paso breve y rápido: rozábamos las modestas margaritas blancas y la hierba corta de Enero, y nuestros pulmones se dilataban al respirar el aire vivo y fresco de los hermosos días de invierno: de pronto, en medio de aquel silencio, oímos el delicioso canto de un abejaruco; cantaba lo mismo que éste; los pajarillos de la misma especie repiten en todas las regiones igual canción.

Aziyadé se detuvo; con un gesto de cómica estupefacción me señalaba con el dedo al pequeño cantor, que saltaba cerca de nosotros en una rama de ciprés. Aquel pajarillo tan chico, tan solo, mostraba tanto afán por hacer ruido, tenía un aire tan importante y alegre, que soltamos á reír á todo trapo.

Y permanecimos allí mucho tiempo, oyendo al abejaruco, hasta que éste levantó el vuelo, asustado por el ruido que producían seis grandes camellos que avanzaban con torpe paso y llevaban atados con bramante cascabeles á la cola.

Después vimos acercarse á multitud de mujeres en actitud de duelo.

Eran griegas; dos *popes* (sacerdotes) iban delante de ellas: conducían el cadáver de un niño, colocado en unas angarillas, según el rito de su culto.

—*Bir guzel tchoudjouk* (un niño muy bonito), dijo Azyadé que se había puesto muy grave.

En efecto, era una niña de cuatro á cinco años, una hermosa niña, blanca como la cera, que parecía dormida. Iba vestida con una elegante túnica de muselina blanca, y llevaba en la cabeza una corona de flores de oro.

Había una fosa abierta á la orilla del camino. Allí se entierra á los muertos en cualquier parte, á lo largo de los caminos ó al pie de las murallas.

—Aproximémonos, dijo Azyadé, que había recobrado su animación de niño; nos darán bombones.

Al abrir la fosa, habían tropezado con un ca-

dáver de fecha no muy remota, sin duda; la tierra que habían sacado estaba llena de huesos y de pedazos de tela de diferentes tejidos. Se veía, sobre todo, un brazo, plegado en ángulo recto, cuyos huesos, aún rojizos, seguían unidos al codo por ligamentos que la tierra no había tenido tiempo de devorar.

Los dos *popes*, sucios, patibularios, iban cubiertos de miserables oropeles y ostentaban largos cabellos de mujer. Les asistían cuatro monaguillos de muy mala facha.

Murmuraron algunas oraciones sobre el niño muerto; después la madre le quitó la corona de flores y recogió con cuidado sus cabellos bajo un gorrito de dormir, tocado que nos habría hecho sonreír á no ejecutarlo una madre.

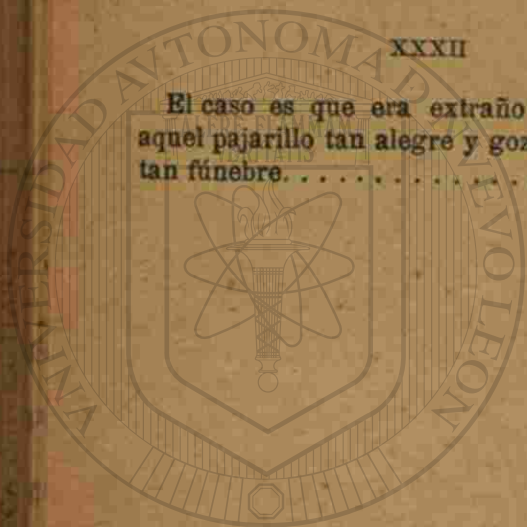
Cuando el cadáver estuvo colocado en el fondo del húmedo agujero, sin tablas, sin ataúd, se echó sobre él aquella tierra infecta. La bonita figura de cera quedó pronto sepultada: todo cayó encima de ella, incluso los huesos y el codo del otro cadáver.

Repartieron bombones, en efecto. Yo ignoraba esta costumbre griega. Una joven, metiendo su mano en un saco lleno de confituras, dió un puñado á cada uno de los asistentes. También nosotros, aunque éramos turcos, tuvimos nuestra parte.

Cuando Aziyadé tendió la mano, sus ojos estaban cuajados de lágrimas...

XXXII

El caso es que era extraño encontrarse á aquel pajarillo tan alegre y gozoso en un sitio tan fúnebre.



V

AZRAEL

I

20 de Mayo de 1877.

...Sí: es el cielo puro y el mar azul de Levante. Algo se dibuja allí abajo: el horizonte se puebla de mezquitas y minaretes. Me late el corazón. ¡Es Stambul!

Salto á tierra. ¡Que emoción tan viva me produce el volverme á hallar en este país!

Achmet no está allí, en su puesto de costumbre, caracoleando en Top-Hané con su caballo blanco. Gálata misma ha muerto: se ve que algo terrible, como una guerra de exterminio, ha llevado la vida á otra parte.

...Me visto mi traje turco; corro á Azar-Kapou. Tomo el primer caique que pasa. El *caiq-dji* me reconoce.

—¿Y Achmet? pregunto.

—Ha partido para la guerra.

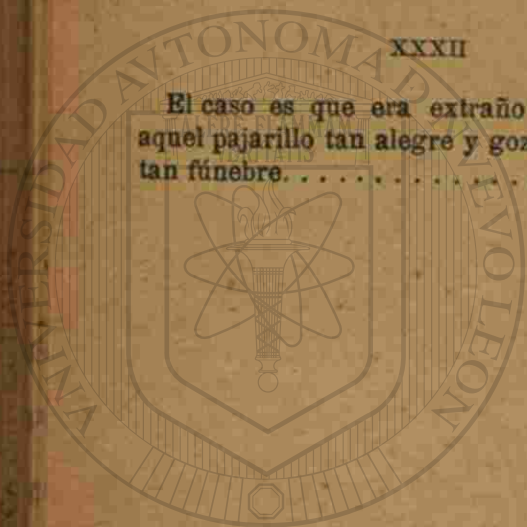
Llego á casa de Eriknaz, su hermana.

—Sí, partió, dice. Estaba en Batoum y no

Cuando Aziyadé tendió la mano, sus ojos estaban cuajados de lágrimas...

XXXII

El caso es que era extraño encontrarse á aquel pajarillo tan alegre y gozoso en un sitio tan fúnebre.



V

AZRAEL

I

20 de Mayo de 1877.

...Sí: es el cielo puro y el mar azul de Levante. Algo se dibuja allí abajo: el horizonte se puebla de mezquitas y minaretes. Me late el corazón. ¡Es Stambul!

Salto á tierra. ¡Que emoción tan viva me produce el volverme á hallar en este país!

Achmet no está allí, en su puesto de costumbre, caracoleando en Top-Hané con su caballo blanco. Gálata misma ha muerto: se ve que algo terrible, como una guerra de exterminio, ha llevado la vida á otra parte.

...Me visto mi traje turco; corro á Azar-Kapou. Tomo el primer caique que pasa. El *caiq-dji* me reconoce. ®

—¿Y Achmet? pregunto.

—Ha partido para la guerra.

Llego á casa de Eriknaz, su hermana.

—Sí, partió, dice. Estaba en Batoum y no

tenemos noticias suyas desde la última batalla.

El dolor contrae las negras cejas de Eriknaz; derrama amargas lágrimas por el hermano querido que los hombres le han arrebatado, y la pequeña Alemchah llora también, mirando á su madre.

Voy á casa de Kadidja; pero la vieja se ha mudado y nadie sabe indicarme su nuevo domicilio.

II

Entonces me dirijo á la mezquita de Mehmed Fatih, hacia la casa de Aziyadé, sin darme cuenta de lo que hago, impulsado solamente por la necesidad de acercarme á ella y de verla...

Atraveso el montón de escombros y cenizas que era antes el opulento Fanar. Ha soplado allí un viento de devastación. No queda más que una larga serie de calles fúnebres, obstruidas por ruinas negras y calcinadas. He aquí lo que es ya el Fanar, el pintoresco barrio que atravesaba alegremente todas las tardes para ir á Eyoub, donde me esperaba mi amada...

Había gran alboroto en las calles; grupos de hombres, casi desnudos, reclutados para la guerra, medio armados, con aire salvaje, agu-

zaban sus yataganes en las piedras y tremolaban viejas banderas verdes con inscripciones blancas.

Anduve mucho tiempo. Atravesé los barrios solitarios del Eski-Stambul.

Me acercaba. Estaba en la calle sombría que conduce á Mehmed-Fatih, en la calle que ella habitaba.

Las casas, los objetos todos se destacaban con aspecto siniestro, que me angustiaba el corazón. No había nadie en aquella calle triste: reinaba un silencio imponente; no se oía más que el ruido de mis pasos...

Sobre el empedrado que ocultaba la hierba, aparece un contorno de vieja, rasando la pared bajo los pliegues de su manto, pasan sus piernas flacas y desnudas, de un negro de ébano; lleva inclinada la cabeza y va hablando consigo misma. Es Kadidja...

Kadidja me ve. Lanza un intraducible *¡Ah!* con esa entonación aguda que caracteriza á los negros, y me mira con gesto burlón.

—¿Aziyadé? la pregunté.

—*Eulú, eulú*, exclama, acentuando con placer estas palabras, extrañamente salvajes, que en lengua tártara designan la muerte.

—*Eulú, eulmúch*, gritaba como á alguien que no comprende.

Y revelando en su actitud odio y satisfacción, me perseguía sin piedad repitiendo la frase fúnebre: *sí, ha muerto, ha muerto.*

No se comprenden al pronto las palabras semejantes que nos hieren como un rayo. Necesita el dolor un momento para oprimirnos y mordernos en el corazón. Seguía adelante; me inspiraba á mí mismo horror por mi tranquilidad, y la vieja venía á mis alcances, corriendo como una furia, gritando su horrible *Eulá, eulá!*

Me sentía dominado por el odio implacable de esta criatura que adoraba á su señora, muerta por mi causa. No me atrevía á volver la cabeza: tenía miedo de interrogarla, de adquirir una prueba, de estar cierto de mi desgracia: andaba, andaba como un loco.

III

Me encontré apoyado en una fuente de mármol, cerca de la casa pintada de tulipanes y mariposas amarillas que Aziyadé había habitado; estaba sentado, y mi cabeza daba vueltas: las casas, sombrías y desiertas, bailaban en mi presencia una especie de danza macabra: golpeaba el mármol con mi frente, de donde corría

la sangre. Una arrugada mano negra, mojada en el agua fría de la fuente, sostenía mi cabeza... Entonces vi á mi lado á Kadidja, que lloraba; estreché sus rígidas manos de mono; seguía echando agua sobre mi frente...

Los transeuntes no se curaban de nosotros... Conversaban con animación: leían papeles que eran repartidos en las calles, donde se daban noticias de la primera batalla de Kars. Se estaba en los primeros días del principio de la guerra, y los destinos del Islam parecían perdidos irremisiblemente

IV

"Velo noche y día; mi mente sueña e-lentoriente; por mis mejillas corren las lágrimas desde que Albaydó ha cerrado en la tumba sus hermosos ojos de gacela."

(V. HUGO: *Orientales.*)

Estrechaba en mi corazón una cosa fría: era una columnita de mármol cuyo pie se hundía en la tierra.

La columnita estaba pintada de azul celeste, y terminaba por la parte superior en su relieve de flores de oro. Veo aún aquellas flores y

aquellas letras doradas, que leía maquinalmente.

Era una de esas piedras tumulares que se colocan en Turquía, especialmente en las tumbas de las mujeres, y yo estaba sentado en el suelo, en el gran cementario de Kassin-Pachá.

La tierra roja y recién removida formaba una desigualdad de la longitud de su cuerpo humano; pequeñas plantas, arrancadas de cuajo por el azadón del sepulturero, yacían en aquel escampado, con las raíces al aire: alrededor crecía el musgo, brotaba la fina hierba, se abrían olorosas flores silvestres. No se ven ramos ni coronas en las tumbas turcas.

Este cementerio no inspiraba el horror de los cementerios de Europa: su tristeza oriental era más dulce, y también más grandiosa. Grandes soledades yermas; colinas estériles, plantadas acá y allá de negros cipreses; de trecho en trecho, á la sombra de estos árboles altísimos, manchas de tierra removida la víspera, antiguas piedras funerarias, extrañas tumbas turcas, coronadas de turbantes.

A lo lejos, á mis pies, el Cuerno de Oro, la silueta familiar de Stambul, y allá abajo... Eyoub...

Era una tarde de verano. La tierra, la hier-

ba seca, todo despedía color: sólo el mármol que enlazaba con mis brazos permanecía frío: su base se ocultaba en la tierra y se enfriaba al contacto de la muerte.

Los objetos exteriores tenían ese aspecto desusado de que se visten las cosas cuando tocan á su término las crisis decisivas de los hombres ó de los imperios, cuando el hado fatal se cumple.

Oíanse á lo lejos las fanfarrias de las tropas que partían para la guerra santa, esas extrañas fanfarrias turcas que despiden notas estridentes y sonoras, cuyo timbre no es igual al de nuestros cobres de Europa. Parecía escucharse el último y supremo grito del Islamismo y del Oriente, el canto de muerte de la gran raza de Tchengiz.

El yatagán turco pendía de mi cintura: vestía el uniforme de *yuzbachi*. Loti había muerto: el que estaba allí era Arif, Arif-Ussam; había pedido ser enviado á la frontera: partía al día siguiente...

Una tristeza intensa y grave pesaba sobre esta tierra sagrada del Islam: el sol poniente doraba los viejos mármoles verdes de las tumbas, brillando con resplandor rojizo en las copas de los cipreses, en sus troncos seculares, en sus melancólicas ramas grises. Este cemen-

terio era como un templo gigantesco erigido á Allah: tenía la calma misteriosa de las cosas eternas, é impulsaba á la oración.

Veía allí, como á través de un velo fúnebre, toda mi vida pasada con el desorden vago de los sueños; los rincones del mundo en que he vivido y amado, mis amigos, mi hermana, las mujeres de distintas razas que adoré, y después, ¡ay! el hogar abandonado para siempre, los viejos tilos, mi hermana y mi anciana madre...

Por *ella* que yace aquí, todo lo olvidé. Me amaba con el amor más puro y más profundo, y también el más humilde, y ha muerto suavemente, lentamente, detrás de las rejas doradas de su harén; ha muerto de dolor, sin enviarme una queja. Oigo aún su voz grave que me decía: «¡No soy más que una pobre esclava circasiana; pero tú, *ya lo sabes*: Loti, si quieres, hágase tu voluntad!»

Las fanfarrias seguían tocando, sonoras como las fanfarrias bíblicas del juicio final: millares de hombres gritaban al unísono el nombre formidable de Allah; su estruendo lejano llegaba hasta mí y poblaba los vastos cementerios de rumores extraños.

El sol había desaparecido detrás de la colina sagrada de Eyoub y la noche de verano empe-

zaba á envolver sus sombras transparentes, la herencia de Othmán...

...Esa cosa siniestra que está aquí, bajo mis pies, tan cerca de mí que me estremezco al pensarlo; esa cosa siniestra, ya devorada por la tierra y que amo aún... ¿es eso todo, Dios mío? ¿O bien hay algo indefinido, un alma que palpita en el aire puro de la tarde, algo que puede verme regando con mis lágrimas este suelo?

Dios mío, por *ella* estoy cerca de orar: mi corazón, que se había endurecido en la comedia de la vida, se abre al presente á los consuelos inesfables de las religiones humanas, y mi llanto cae sin amargura sobre esta tierra desnuda... Si no acaba todo en el polvo sombrío, pronto lo sabré, porque voy á morir para averiguarlo.

V

CONCLUSIÓN

Se lee en el *Djeridei-havadei*, diario de Stambul:

«Entre los muertos en la última batalla de Kars se ha encontrado el cuerpo de un joven

oficial de la marina inglesa, que había entrado recientemente al servicio de Turquía bajo el nombre de Arif-Ussam-Effendi.

»Ha sido enterrado entre los bravos defensores del Islam (que Mahoma proteja), al pie del Kizil-Tepé, en la llanura de Karadjemir.»



ÍNDICE

	Páginas
De William Brown á Plumkett.	7
I	
SALÓNICA	
Diario de Loti.	11
A William Brown.	18
Loti á Plumkett.	28
Plumkett á Loti.	33
II	
SOLEDAZ	
Loti á William Brown.	61
Karaguenz.	78
Loti á su hermana.	81
Loti á Plumkett.	83
A Loti, de su hermana.	87
III	
EYOUD PARA DOS	
Loti á su hermana.	101
A Loti, de su hermana.	109
Loti á Plumkett.	119
Plumkett á Loti.	128
Loti á William Brown.	136
Plumkett á Loti.	163
Loti á Plumkett.	174
IV	
MANI, THEGEL, PHARES	
A Loti, de su hermana.	274
Loti á Iszeldin-Ali.	277
V	
ANRAEL	
Conclusión.	293

oficial de la marina inglesa, que había entrado recientemente al servicio de Turquía bajo el nombre de Arif-Ussam-Effendi.

»Ha sido enterrado entre los bravos defensores del Islam (que Mahoma proteja), al pie del Kizil-Tepé, en la llanura de Karadjemir.»



ÍNDICE

	Páginas
De William Brown á Plunkett.	7
I	
SALÓNICA	
Diario de Loti.	11
A William Brown.	18
Loti á Plunkett.	28
Plunkett á Loti.	33
II	
SOLEDAD	
Loti á William Brown.	61
Karaguenz.	78
Loti á su hermana.	81
Loti á Plunkett.	83
A Loti, de su hermana.	87
III	
EYOUD PARA DOS	
Loti á su hermana.	101
A Loti, de su hermana.	109
Loti á Plunkett.	119
Plunkett á Loti.	128
Loti á William Brown.	136
Plunkett á Loti.	163
Loti á Plunkett.	174
IV	
MANI, THEGEL, PHARES	
A Loti, de su hermana.	274
Loti á Iszeldin-Ali.	277
V	
ANRAEL	
Conclusión.	293

